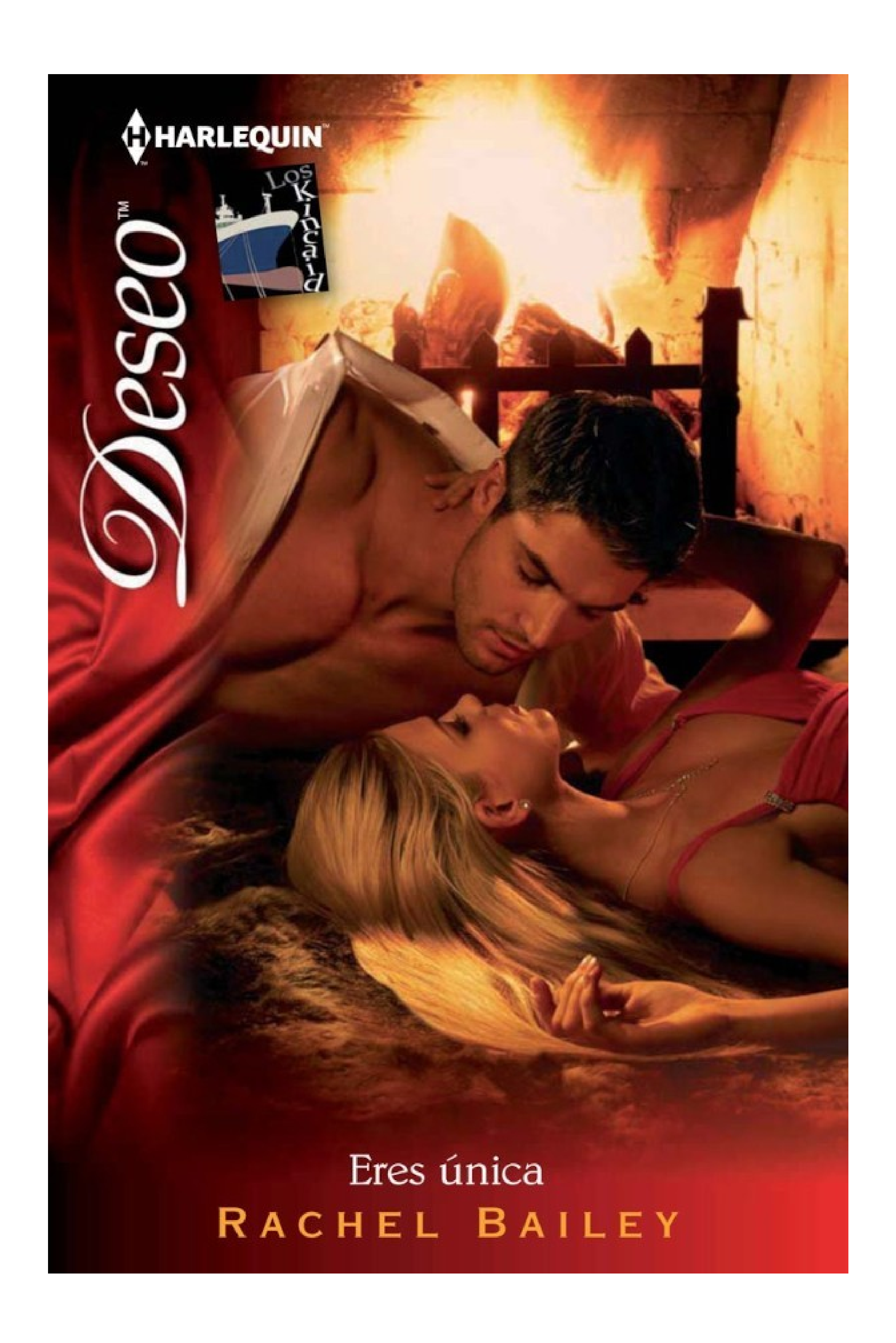

HARLEQUIN
Deseo
Los Kincaid
Eres única
RACHEL BAILEY

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

ERES ÚNICA, N.º 90 - febrero 2013
Título original: What Happens in Charleston...
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-2645-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo uno

Matthew Kincaid observaba a su hijo a través del cristal de la puerta de la habitación que les habían asignado en el hospital. El pequeño Flynn, de tres años, estaba sentado en la cama con el cabello rubio oscuro despeinado. Dos de sus tías, Lily y Laurel, estaban con él, cada una sentada en una silla a uno y otro lado de la cama, charlando y jugando con él.

Desde la muerte de su esposa un año atrás, toda la familia se había portado de maravilla con ellos, arropándolos y dándoles todo su cariño y apoyo, pero por desgracia ni su amor ni la fortuna que los Kincaid habían amasado durante tres generaciones con el negocio familiar les servirían de mucho.

A pesar de la palidez de Flynn, y de las ojeras que tenía, quien no supiera por qué estaba ingresado difícilmente podría imaginar lo delicado que era su estado de salud. Sus tías incluso habían tenido que pasar por un proceso de descontaminación antes de que les permitieran entrar en la habitación, para evitar que su debilitado sistema inmunológico pudiera ser atacado por algún germen.

Mientras veía a Lily enseñándole a Flynn un juego de manos, se le hizo un nudo en la garganta. Acababa de llegar de una reunión con los médicos que le habían expuesto de la manera más sencilla posible la preocupante situación: el cuerpo de Flynn todavía estaba luchando por recuperarse de la anemia aplásica que había sufrido, y si los resultados de los análisis de sangre no mejoraban con los tratamientos a los que le estaban sometiendo, tendrían que recurrir a otras opciones más drásticas, como un trasplante de médula ósea.

Matt sintió una punzada en el pecho de solo pensarlo. Flynn era solo un niño... que tuviera que pasar por una operación así siendo tan pequeño... Y eso dando por hecho que pudiesen encontrar a un donante compatible. Lo ideal sería que el donante fuese un hermano, pero no tenía más hijos. La segunda mejor opción era que el donante fuese él, su padre, pero los médicos le habían dicho que por su alergia a la penicilina solo recurrirían a esa posibilidad como

último recurso. Los antibióticos eran la única esperanza de Flynn si surgía una infección, y no querían arriesgarse a la posibilidad de que Flynn también desarrollase esa alergia.

Matt lo comprendía, pero se sentía impotente; querría poder hacer algo por su hijo; lo que fuera. No soportaba la idea de no poder ayudar a su hijo cuando más lo necesitaba.

Sabía que su hermano y sus hermanas insistirían en que les hicieran pruebas para ver si podían ser donantes, y él se lo agradecería, pero los médicos se habían mostrado pesimistas ante esa remota posibilidad.

Y eso solo le dejaba una opción; solo había otra persona cuya médula ósea era compatible con la de Flynn: su madre biológica.

Apretó el teléfono en la mano, miró una última vez al pequeño, que seguía jugando con sus tías, y se alejó por el pasillo para encontrar un sitio donde poder tener un poco de intimidad para llamar.

Susannah miró su reloj de pulsera y alargó la mano para tomar los folios que había terminado de escupir la impresora. Solo faltaban doce minutos para la reunión, pero la sala de juntas estaba al final del pasillo, así que llegaría a tiempo. Se había quedado haciendo horas extra toda la semana, trabajando en el nuevo plan de relaciones públicas para renovar la imagen del banco, y estaba bastante segura de que le encantaría a los directivos. De los proyectos que les habían encomendado hasta la fecha a Susannah y su equipo, aquel era el más importante.

En ese momento le sonó el móvil, y lo abrió para contestar mientras se ponía la chaqueta.

–Susannah Parrish –respondió, paseando la mirada por la mesa para asegurarse de que no le faltaba nada para la presentación.

–Buenos días, Susannah –dijo un hombre al otro lado de la línea. Por el tono de su voz parecía tenso–. Soy Matthew Kincaid.

Al oír aquel nombre se quedó quieta y sintió una punzada en el pecho. Matthew Kincaid... El marido de Grace Kincaid, la mujer a la que le había entregado su hijo recién nacido. De pronto la asaltaron los recuerdos de aquel día, echando abajo el muro que había levantado en torno a su corazón para mantenerlo a raya.

Los recuerdos de esas pocas horas que había pasado con su bebé, como el calor de su cuerpecito y la suavidad de su piel. Esas horas habían sido solo tiempo robado al tiempo antes de entregárselo a aquel matrimonio para salvar a su madre de la ruina.

Volvió al presente y respondió en un murmullo, con el corazón encogido:

–El niño… ¿Le ha pasado algo al niño?

No podían estar llamándola por ningún otro motivo.

Matthew Kincaid aspiró tembloroso.

–Está enfermo.

–¿Enfermo? –repitió ella.

El estómago le dio un vuelco. El pequeño apenas habría cumplido los tres años hacía un par de meses. Dejó sobre la mesa la carpeta que tenía en la mano y se sentó.

–¿Qué le pasa?

Aunque para sus adentros estaba rogando por que no fuera nada grave, la lógica le decía que Matthew Kincaid no la llamaría por un simple resfriado.

–Todo empezó cuando le entró un virus –explicó Matthew con voz ronca–, y no se ha recuperado como cabría esperar.

A Susannah se le hizo casi insoportable la idea de que el bebé al que había llevado en su vientre estuviese sufriendo.

–¿Y hay algo que yo pueda hacer para ayudar?

–Es posible que necesite un trasplante de médula. Lo ideal en estos casos es que el donante sea un hermano o uno de los dos padres, pero no es posible, así que… –Matthew hizo una pausa y se aclaró la garganta antes de continuar–. En fin, estoy seguro de que mi hermano y mis hermanas querrán ayudar, pero las posibilidades de que sean donantes compatibles son…

–¿Cuándo necesitas que vaya? –lo interrumpió Susannah. No necesitaba pensarlo; haría lo que fuera por el pequeño.

–Vas a venir… –murmuró él, y en su voz Susannah oyó un profundo alivio.

–Pues claro. ¿Cuándo quieres que vaya? –volvió a preguntarle ella.

–Bueno, todavía no es definitivo que vaya a necesitar ese trasplante, pero los médicos quieren hacer las pruebas de compatibilidad para estar preparados –le explicó Matthew. Vaciló

un instante antes de añadir–: En fin, el caso es que si pudieras venir lo antes posible te estaría muy agradecido.

Susannah se mordió el labio. Le debían días libres y su ayudante estaba al corriente de todo y podría cubrirla. Tomarse unos días sin haberlo notificado con la debida antelación podría hacerle perder enteros ante su jefe, pero si aquel pequeño la necesitaba no iba a amilanarse por eso. Haría la presentación, dejaría todo en manos de su ayudante y tomaría un vuelo esa misma tarde.

–¿Todavía vives en Charleston? –le preguntó a Matthew, sacando un parte de vacaciones.

–Sí. ¿Tú no?

–No, ahora vivo en Georgia. Haré los preparativos y saldré para allá esta tarde.

–Si quieres podríamos averiguar si podrían hacerte la prueba ahí en Georgia aunque preferiría que estuvieras aquí por si Flynn se pone mal y hay que hacer el trasplante.

–Lo comprendo –respondió ella. Además, sería incapaz de concentrarse en nada si se quedaba allí a esperar los resultados–. ¿En qué hospital está?

–Saint Andrew, pero si me envías los datos de tu vuelo iré a recogerte al aeropuerto.

–De acuerdo –contestó ella mientras salía por la puerta. Se pasaría por el despacho de su jefe para dejarle el parte antes de ir a la sala de juntas.

–Estupendo. Y... Susannah, gracias –dijo Matthew con la voz ronca por la emoción.

Varias horas después Susannah cruzaba con su maleta la puerta de desembarque del aeropuerto de Charleston. Vio a Matthew Kincaid casi al instante. Con su metro ochenta, y ese cuerpo de nadador enfundado en un traje de ejecutivo azul oscuro, destacaba entre la muchedumbre. Lo recordaba con claridad del encuentro que había tenido con su esposa Grace y con él para firmar el contrato por el que se comprometía a hacer de vientre de alquiler para que pudieran tener el hijo que tanto ansiaban. En ese momento, como entonces, se quedó sin aliento al verlo.

Cuando la vio acercarse Matthew la saludó con un breve

asentimiento y alargó el brazo para tomar su maleta.

–Te agradezco que hayas venido tan rápido.

Fueron en silencio hasta el coche. Ella tenía demasiadas preguntas y no sabía por dónde empezar, y Matthew parecía abstraído en sus pensamientos. Durante el embarazo había tenido mucho más contacto con su esposa, Grace. Quizá sería mejor esperar y hacerle a ella esas preguntas.

Alzó la vista hacia el cielo azul de Charleston. Llevaba tres años viviendo en Georgia, pero había nacido en Charleston, había crecido allí, y siempre sería su hogar.

Cuando se hubieron sentado en el coche, le preguntó a Matthew:

–¿Está Grace ahora con Flynn?

Matthew se estremeció, y se quedó muy quieto. Su pecho subía y bajaba, y sus ojos, ocultos tras las gafas de sol, estaban fijos en el parabrisas. Ni siquiera se volvió hacia ella cuando respondió.

–Mi madre está con él. Dos de mis hermanas estuvieron allí esta mañana, pero mi madre tomó el relevo para que se fueran a almorzar –apretó la mandíbula–. Grace murió hace un año.

Susannah se llevó una mano a la boca para ahogar el gemido que escapó de su garganta.

–¿Cómo...? –comenzó a preguntar, pero no acabó la frase.

–El avión en el que viajaba se estrelló –contestó él, aún sin girarse ni poner en marcha el coche.

–Cuánto lo siento, Matthew...

Siempre había pensado que eran la pareja perfecta, un matrimonio con el mundo a sus pies: los dos guapos, dos personas con éxito y enamorados. Resultaba cruel que la muerte los hubiese separado tan pronto.

–No lo sientas; no tuviste tú la culpa de que muriera.

Por su respuesta, Susannah tuvo la impresión de que culpaba a alguien por la muerte de su esposa.

Se sentó en el asiento del copiloto y se centró en el asunto que los ocupaba:

–Cuéntame qué le ocurre a Flynn.

Matthew tamborileó en el volante con los dedos.

–Tuvo una infección vírica. Al principio creía que era simplemente una pequeña gripe, nada fuera de lo normal.

–¿Pero...? –inquirió ella cuando Matthew se quedó callado.

Matthew se frotó la sien con el pulgar.

–No acababa de ponerse bien. Lo veía cansado, soñoliento todo el tiempo… Cuando lo llevé al médico le hicieron unos análisis y descubrieron que tenía bajo el número de glóbulos blancos en sangre. No era algo exagerado, pero cuando volvieron a hacerle otro análisis había descendido aún más. Los médicos dijeron que esperaban que fuera solo un problema transitorio, que su médula ósea volvería a producirlos… –apretó los labios–. Pero no ha sido así.

–¿Han probado con otros tratamientos? –inquirió ella.

Matthew asintió.

–Hasta el momento ninguno ha dado mucho resultado. Como te decía antes, la mayor probabilidad de compatibilidad en donantes de médula se da con un hermano y después con los padres. A partir de ahí las probabilidades se reducen.

–Y ahí es donde entro yo.

–Exacto –Matthew se quitó las gafas y se volvió hacia ella–. Flynn no tiene hermanos y los médicos han preferido dejarme a mí como último recurso por mi alergia a la penicilina.

–Así que yo, como madre biológica, tal vez podría ser compatible –murmuró ella, sintiéndose extraña.

Matthew apretó la mandíbula y suspiró.

–Dadas las circunstancias, supongo que fue una suerte que los óvulos de Grace no fueran viables y tuviéramos que recurrir a ti.

Susannah tragó saliva. Sabía que a Grace la había destrozado el enterarse de que no solo no podía concebir, sino que además no podrían utilizar sus óvulos. Le había ofrecido más dinero si permitía que la inseminasen con esperma de Matthew, pero no había sido ese dinero extra lo que había hecho que Susannah accediese. Ella misma había perdido un bebé siendo más joven, y sabía lo precioso que era el don de la vida.

Matthew se aclaró la garganta.

–Hay una cosa más.

Algo en el tono de su voz inquietó a Susannah.

–¿Es que hay algún otro problema con Flynn?

–No es eso. Mi familia, y también los padres de Grace, creen que aunque recurrimos a un vientre de alquiler… Lo que quiero decir es que creen que Grace era… –apretó la mandíbula–. Grace quería que

la gente pensara que era su bebé.

A Susannah, que sabía lo mucho que Grace ansiaba ser madre, no le sorprendió que no hubiera querido que los demás lo supieran.

–No pasa nada; lo entiendo.

Matthew frunció ligeramente las oscuras cejas, y sus ojos verdes buscaron los de ella.

–No era nuestra intención molestarte –le dijo con sinceridad.

–Tranquilo; no me molesta –respondió ella con una sonrisa–. No soy parte de la vida de ese niño, y Grace deseaba tanto tener un hijo...

–Sí, es cierto –murmuró él, con un pesar que hizo que a Susannah se le encogiese el corazón.

Se quedó mirando en silencio a aquel hombre que estaba criando solo al niño al que ella había traído al mundo. Sus anchos hombros estaban tan rígidos como si hubiesen sido esculpidos en mármol. Habría querido rodearlo con sus brazos para reconfortarlo, pero en vez de eso entrelazó las manos sobre el regazo.

–De verdad que no estoy molesta, Matthew. Os entregué ese bebé a Grace y a ti de corazón porque sabía que le daríais todo vuestro cariño. No tienes que darme ninguna explicación sobre las decisiones que tomasteis.

–Me alivia que lo veas así, porque hay algo que quería pedirte – Matthew inspiró profundamente–. Si te cruzas con algún miembro de mi familia te encontrarás con que pueden ser bastante... curiosos. Si te preguntaran... quiero que guardes el secreto de Grace.

Susannah no quería mentirles ni ocultarles que era la madre biológica del pequeño, pero comprendía los motivos de Matthew; lo último que necesitaba Flynn en esos momentos era inestabilidad, o confusión.

–Por supuesto –respondió esbozando una sonrisa para que supiera que podía contar con ella.

Su respuesta pareció aliviar un poco la tensión de Matthew, y una sonrisa triste pero agradecida asomó a sus labios. Volvió a ponerse las gafas y giró la llave en el contacto para poner el coche en marcha.

Susannah se sentía mal por la angustia que había visto en sus ojos, pero se obligó a girar la cabeza hacia la ventanilla. Estaba allí

para ayudar al chico, no a su padre. Bastante complicada era ya la situación como para complicarla aún más.

Ya estaba oscureciendo fuera cuando Susannah se dirigía por el pasillo del hospital hacia la habitación de Flynn. Matthew le había dicho que lo encontraría allí cuando acabase de hacerse las pruebas de compatibilidad como posible donante.

Al llegar a la puerta se detuvo y se quedó mirando unos instantes a padre e hijo a través del cristal. Sentado en una silla junto a la cama en la que yacía su hijo, Matthew parecía un hombre distinto. Sus facciones, más relajadas, le otorgaban un aspecto más amable, y sus sonrisas eran más sinceras. El corazón le latía de pronto más deprisa, y se encontró con que no podía apartar la vista.

El pequeño estaba girado hacia su padre, así que no podía verle la cara, solo el cabello revuelto y los bracitos extendidos hacia Matthew.

Cuando alzó la mirada y la vio, la tensión pareció volver a apoderarse de su cuerpo hasta el punto de que la sonrisa que había en sus labios se tornó rígida. Le dijo algo al pequeño antes de levantarse y señalarle a ella la pared opuesta. Susannah vio que había una puerta y comprendió que Matthew estaba indicándole que se reuniría con ella en la habitación contigua. La habitación era una especie de antesala con un lavabo, había estanterías con batines de hospital doblados junto a unas cajas con mascarillas y otras cosas.

La puerta lateral se abrió y por ella salió Matthew.

–Como tiene bajas las defensas hay que lavarse las manos y los antebrazos y ponerse un batín antes de entrar en la habitación –le explicó antes de que ella pudiera siquiera preguntar. La preocupación debió traslucirse en su rostro porque Matthew encogió un hombro y añadió–: Por lo menos no hace falta que usemos mascarilla como con la niñita que está en la habitación de enfrente.

A través del cristal de la puerta Susannah miró a Flynn, acurrucado en la cama hablando con un osito de peluche.

–Se le ve tan pequeño, tan vulnerable... No es justo que tenga que pasar por algo así –murmuró.

Matthew no contestó, pero por el rabillo del ojo lo vio contraer el rostro. Debía ser muy frustrante para él ver sufrir a su hijo y no poder hacer nada. Sus dedos rozaron el esparadrapo y el algodón que le habían puesto en el antebrazo después de sacarle sangre, y rogó por que sirviera de donante si Flynn necesitase ese trasplante.

–La mujer que me ha hecho las pruebas me ha dicho que intentarán tener los resultados lo antes posible –le dijo a Matthew.

Él asintió y permaneció a su lado un buen rato en silencio, mirando a su hijo de tres años, que estaba teniendo lo que parecía una solemne conversación con su osito.

A Susannah se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Quieres conocerlo? –le preguntó Matthew.

Susannah sintió que un cosquilleo de excitación en el pecho. Cuando le había entregado el bebé a Matthew y a Grace no había esperado volver a verlo, pero allí estaba.

–Gracias; me encantaría.

Capítulo dos

Susannah entró vacilante en la habitación después de Matthew. Flynn parecía tan pequeño sentado en la cama con su pijama estampado con dibujos de osos de peluche... Tenía una vía en la manita, y aunque en ese momento no tenía conectado ningún tubo, se le encogió el corazón al verlo.

El pequeño alzó la pálida carita y extendió los brazos hacia Matthew.

–¡Papiiii!

Matthew se inclinó para darle un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

–¿Ves como no he tardado nada en volver? –le dijo con cariño.

Los ojos de Flynn se posaron en Susannah, que contuvo el aliento. Era como una versión en miniatura de Matthew, con rasgos muy parecidos, pero tenía un hoyuelo en la barbilla igual que el que tenía ella. De pronto se sentía como si el suelo estuviese temblando bajo sus pies.

La había hecho tan feliz haber podido dar a Grace y a Matthew el hijo que ansiaban, y había estado tan decidida a racionalizar sus sentimientos respecto a aquel niño, que nunca se había parado a pensar en que era sangre de su sangre.

Los solemnes ojos azules de Flynn la estudiaron en silencio y le preguntó a su padre en un susurro audible:

–¿Quién es, papá?

A Susannah le robó el corazón en ese instante y tuvo que pestañear para contener las lágrimas.

–Es una amiga mía; se llama Susannah.

–Hola, Flynn –lo saludó ella tras tragar saliva.

–Hola, *Suda*... –el pequeño frunció el ceño cuando se le trabó la lengua al intentar repetir su nombre–. *Suta*...

–A lo mejor podríamos probar con un diminutivo –le propuso Matthew a Susannah enarcando una ceja.

Ella no habría sabido decir por qué, pero ese simple gesto hizo

que le pareciera aún más guapo y se apresuró a bajar la vista hacia Flynn, decidida a no dejarse llevar por esa atracción. Esbozó una sonrisa y le dijo al chiquillo:

–Bueno, cuando era pequeña mi padre me llamaba Suzi.

–*Sudi* –dijo Flynn.

Susannah sonrió con dulzura.

–Perfecto.

Matthew la llevó aparte y se inclinó hacia delante para decirle en voz baja al oído.

–Voy a salir un momento; tengo que llamar a la oficina. Seguramente será una conversación tensa y no quiero preocupar a Flynn, que nota esa clase de cosas enseguida.

El fresco olor del *aftershave* de Matthew la envolvió, distrayéndola momentáneamente de sus palabras. De hecho, aunque sus labios estaban a varios centímetros de su rostro, notaba un cosquilleo en la mejilla, junto a la oreja, como si estuvieran rozándola. Tragó saliva.

–Claro, no hay problema.

–Gracias –Matthew se acercó a la cama y besó en la frente a su hijo antes de decirle en un tono despreocupado–: Tengo que salir un segundo a llamar al tío R. J. pero Suzi se va a quedar contigo. ¿De acuerdo, campeón?

Flynn la miró con esos ojos enormes que tenía y asintió.

Matthew se detuvo al llegar a la puerta y sonrió, aunque era palpable la tensión en esa sonrisa y en su mirada.

–No tardaré.

Cuando se hubo marchado, Susannah miró al pequeño. Sintió un fuerte impulso de abrazarlo con fuerza, pero se contuvo y, tras tomar asiento en la silla que había junto a la cama, le preguntó:

–Bueno, Flynn ¿qué podríamos hacer para entretenernos? ¿Tienes algún libro divertido?

–Tengo un cuento sobre un osito de peluche –le contestó él, como si estuviesen hablando de un tema muy serio.

–¡Vaya, qué bien, me encantan los ositos de peluche! ¿Te apetece que te lo lea un rato?

El chico asintió y se bajó de la cama para ir a por un gran libro de tapa dura que había en una mesita baja con algunos juguetes y otras cosas. Cuando volvió a subirse a la cama se lo puso a

Susannah en el regazo. La portada tenía un bonito y colorido dibujo de unos ositos de peluche.

–Es de mi tía Lily –le dijo Flynn.

Susannah al principio no comprendió, pero luego vio que debajo del nombre de la autora ponía: «Ilustrado por Lily Kincaid».

Flynn había apoyado la espalda en el cabecero de la cama y estaba esperando. Susannah comenzó a leerle la historia, lanzándole miradas furtivas de vez en cuando, y cuando terminó el pequeño le regaló una sonrisa radiante.

–Gracias, *Sudi*.

El corazón de Susannah pareció detenerse un momento, como aturdido por la belleza de esa sonrisa inocente, y esa vez no pudo reprimir el impulso de abrazarlo y darle un beso en la frente. El cuerpecillo de Flynn se relajó contra el suyo, y los ojos de Susannah se llenaron de lágrimas, pero había cerrado los ojos con fuerza y no dejaría que se escapara ninguna. No necesitaba pasar una eternidad con él; pero iba a atesorar cada segundo de ese momento.

Como no quería que Flynn se sintiese incómodo, inspiró y lo liberó de su abrazo. Sin embargo, el pequeño no se había revuelto en sus brazos, y se quedó mirándola con una expresión curiosa. Susannah le sonrió y le preguntó:

–¿Qué te apetece que hagamos ahora? –miró los juguetes que había sobre la mesita–. ¿Quieres que te lea otro cuento? O también podríamos hacer un puzzle.

Flynn se mordió el labio inferior, como si estuviera pensando.

–Ven, siéntate aquí a mi lado –dijo dando un par de palmadas en el colchón. Cuando ella se hubo sentado junto a él, le preguntó–: ¿Podrías cantarme una canción?

Susannah no cantaba muy bien, pero suponía que a un niño de tres años no le importaría demasiado cómo cantase.

–Pues claro –respondió ella sonriente–. ¿Qué tal *Brilla, brilla, linda estrella*?

Sin apartar sus ojos de los de ella, Flynn sacudió la cabeza. Por la expresión de su carita parecía que tenía algo en mente, así que Susannah esperó en silencio a que hablara de nuevo.

–¿Conoces a Elvis?

Una sonrisa divertida pugnaba por aflorar a los labios de Susannah, pero Flynn estaba tan serio que la reprimió como pudo.

–Bueno, no en persona, pero conozco sus canciones. ¿Quieres que te cante una?

Flynn asintió.

–¿Alguna en particular?

–Me gustan todas.

Susannah parpadeó sorprendida, preguntándose cuántas canciones de Elvis podía conocer un niño de tres años.

–De acuerdo, está bien.

Repasó mentalmente las canciones de Elvis y decidió probar con *Love Me Tender*, porque era muy conocida y también sencilla.

En la carita de Flynn se dibujó una sonrisa de oreja a oreja cuando empezó a cantar.

Cuando terminó la primera estrofa, hizo una pausa.

–¿Quieres que siga, o te canto otra?

–Sigue con esa –respondió Flynn–. Tú la cantas bien, *Sudi*.

–¿Conoces a alguien que no la canta bien?

Flynn lanzó un vistazo hacia la puerta, como preocupado de que alguien pudiera oírlos, y al ver que seguía cerrada, le dijo en un susurro:

–Mi tía Lily. La canta muy rápido; y baila cuando la canta.

Susannah se tuvo que contener para no reírse. Su tía Lily parecía una persona divertida.

–O sea que no queremos una versión bailonga de la canción.

Flynn frunció el ceño, como si aquello fuera evidente.

–De acuerdo; nada de versiones bailongas –dijo Susannah.

–Tampoco me gusta cómo canta papá las canciones de Elvis.

–¿Y eso?

–Cuando las canta papá suenan tristes.

Por alguna razón a Susannah se le encogió el corazón al oír eso. Tal vez alguna de las canciones de Elvis había tenido un significado especial para Grace y para él.

–¿Puedes seguir cantándola? –le pidió Flynn, interrumpiendo sus pensamientos.

–Pues claro, cariño.

Siguió con la segunda estrofa, teniendo cuidado de no cantar muy rápido, y de que no sonara triste, y el corazón se le enterneció cuando Flynn se acurrucó contra ella.

Cuando volvía a la habitación de su hijo, Matt aminoró el paso y se detuvo ante la puerta, sorprendido por lo que estaba viendo a través del cristal. Susannah estaba sentada en la cama, junto a él, y Flynn estaba acurrucado junto a ella, que parecía estar cantándole una canción.

No podía oír lo que estaba cantando pero conociendo a Flynn seguramente le habría pedido que le cantase una de las canciones de Elvis que Grace solía cantarle. Sintió una punzada de nostalgia en el pecho al recordar aquello.

Lo que lo había sorprendido de aquella escena no era que Susannah estuviera cantándole. Flynn tenía una habilidad especial para conseguir que la gente hiciera lo que les pidiera. Lo que lo había sorprendido había sido ver a su hijo acurrucado en el regazo de Susannah relajado, confiado.

Desde la muerte de Grace no lo había visto comportarse de un modo tan afectuoso con una persona a la que apenas conocía. ¿Qué le habría dicho Susannah para ganárselo tan rápido?

Una parte de él se alegraba de que Flynn hubiera recobrado la capacidad de confiar en los demás, pero había otra que quería apartar a Susannah de él y llevársela lejos antes de que su hijo se encariñase demasiado con ella. Lo último que necesitaba el pequeño era sentirse abandonado cuando Susannah saliese de sus vidas.

Quizás había sido un error dejar que su hijo la conociera. Se pasó una mano por el cabello y exhaló un suspiro. Ya pensaría luego en ese problema.

Pasó a la antesala, se lavó los antebrazos, se puso un batín nuevo y, cuando entró en la habitación, vio que no se había equivocado. Susannah estaba cantándole *Love Me Tender*, y sus cristalinos ojos azules brillaban. Por alguna razón su dulce voz le hizo pensar en un verde prado bañado por el sol, y se imaginó yaciendo con ella en la hierba y besando cada centímetro de su blanca piel.

Apretó los puños y apartó esos inapropiados pensamientos de su mente. No estaba bien que fantasease con aquella mujer; desear a Susannah Parrish era traicionar el recuerdo de su esposa.

Además, no iba a ser tan idiota como para complicar aún más las cosas con lo complicadas que estaban ya: la hospitalización de

Flynn, el haber descubierto que su padre, al que habían asesinado, había llevado una doble vida y que tenía un hijo ilegítimo al que le había legado la mayor parte de las acciones del negocio familiar... No, tenía que mantener la cabeza fría.

Susannah alzó la vista en ese momento y lo vio, pero no dejó de cantar. Flynn había cerrado los ojos, y cuando se acercó sin hacer ruido se dio cuenta, por su suave y acompasada respiración, de que se había quedado dormido. Se lo indicó con gestos a Susannah, que dejó de cantar y tumbó al pequeño en el centro de la cama y lo arropó.

Matthew la llevó al otro extremo de la habitación.

–Acabo de hablar con el médico –le dijo metiéndose las manos en los bolsillos–. Espera tener los resultados de tus pruebas mañana por la mañana.

Ella asintió.

–De acuerdo; me reuniré contigo aquí a primera hora. Por cierto que mi maleta está en tu coche; ¿podrías llevarme al hotel que esté más cerca?

Matthew inspiró profundamente. La hospitalidad que su madre le había inculcado no le permitiría dejar que se alojase en un hotel. No cuando había viajado hasta allí para ayudar a su hijo. Pero tampoco sabía si se sentiría cómoda alojándose en su casa cuando para ella era un perfecto desconocido. Ni estaba seguro de que fuera una buena idea teniendo en cuenta la atracción que sentía hacia ella.

Lo más lógico sería que la llevase a casa de su madre. Su madre disfrutaba enormemente teniendo huéspedes, y Pamela, la mujer que llevaba años ocupándose de las tareas del hogar y era como de la familia, también estaría encantada.

Solo que había un problema. Su madre... toda su familia, en realidad, creían que Grace era la madre biológica de Flynn. No podía decirles el motivo por el que Susannah estaba allí, ni por qué le estaban haciendo pruebas para ver si podía ser una donante de médula compatible con el pequeño.

Tenía pensada una excusa por si se encontraban con ellos en algún momento, lo cual sería más que probable si finalmente resultaba ser compatible como donante y tenía que quedarse más tiempo. Claro que eso, y que se alojase en casa de su madre, eran

dos cosas completamente distintas. ¿Podría confiar en que Susannah no se iría de la lengua o metería la pata en esas circunstancias? No sabía mucho de ella, y no sabía si se le daba bien mentir. Sería mejor no tentar a la suerte, se dijo. Y eso le dejaba una única opción. Se aclaró la garganta.

–Puedes quedarte en mi casa.

–Oh, no querría molestar; estaré bien en un hotel –replicó ella agitando la mano–. De verdad.

–Tonterías. No puedo permitir que te alojes en un hotel cuando hay sitio de sobra en mi casa.

Susannah frunció ligeramente el ceño.

–No sé. Yo...

Matthew, que no estaba dispuesto a ceder en ese aspecto, irguió los hombros.

–No aceptaré un no por respuesta –le dijo–. Mi hermana Kara llegará dentro de unos diez minutos para quedarse con Flynn y nosotros nos marcharemos –añadió mirando el reloj de la pared.

Susannah ladeó la cabeza.

–¿Habéis hecho turnos para quedaros con él?

Matthew asintió.

–Flynn es el único sobrino y nieto que hay por ahora en la familia. Todos están preocupados por él.

Matthew querría poder estar todo el día junto a su hijo, pero el negocio familiar estaba atravesando serios problemas, y por suerte contaba con su madre, sus hermanas y su hermano, que adoraban a Flynn. No podía agradecerles lo bastante que se hubieran ofrecido a turnarse para quedarse con él.

Por el rabillo del ojo vio que su hermana ya estaba en la antesala; puntual como siempre.

–Ahí está Kara –le dijo a Susannah.

Cuando su hermana entró en la habitación Matthew fue a recibirla con un abrazo.

–Le he comprado plastilinas a Flynn, y le he traído unos rotuladores para colorear –le dijo Kara levantando una bolsa que traía.

Matthew sonrió.

–¿Te he dicho alguna vez que eres mi hermana favorita?

Kara se rio y miró a Susannah:

–Eso nos dice a todas –le dijo poniendo los ojos en blanco.

Susannah sonrió.

–¿Cuántas hermanas sois?

–Tres –contestó Kara–. Matthew y nuestro otro hermano solo son dos, así que están en minoría.

Sin embargo, tan pronto como dijo esas palabras se puso tensa, y Matthew también. Hasta hacía poco solo habían sido dos hermanos, hasta que a raíz de la muerte de su padre habían descubierto que tenían un hermanastro.

Apartando esos pensamientos de su mente, Matthew procedió a hacer las presentaciones.

–Kara, esta es Susannah, una vieja amiga de Grace.

No había tenido tiempo para hablar con Susannah de la historia que pensaba contarle a su familia, pero por suerte ella comprendió la intención de su mentira y ocultó su sorpresa.

Se dieron la mano.

–Un placer –dijo Kara–. ¿Has venido a ver a Flynn?

–Sí –respondió Susannah con naturalidad y sin un ápice de nervios–. Estoy de paso por la ciudad y cuando llamé a Matthew para ver cómo les iba me dijo que Flynn estaba en el hospital.

–Qué amable por tu parte.

–Matthew me ha dicho que os estáis turnando para no dejar solo a Flynn. Si hiciera falta, como tengo que estar aquí unos días no me importaría quedarme un rato con él.

Matthew sintió como si una fuerza invisible le oprimiera el pecho. Cuanto más tiempo pasara Susannah con Flynn, mayor riesgo corría su hijo de encariñarse con ella y de llevarse un disgusto cuando se marchara.

–Sería estupendo poder contar con alguien más –dijo Kara–. Con las noches y los fines de semana no hay problema, pero si pudieras cubrirnos en algún momento durante las horas de trabajo… Aparte de nuestra madre, Lily es la única que tiene un horario flexible porque es *freelance*, así que en esas horas es cuando tenemos más problema para organizarnos.

Matthew se masajeó los tensos músculos de la nuca con la mano. ¿Cómo podría rechazar la ayuda de Susannah sabiendo que eso le daría un descanso a su familia, que estaba desviviéndose por Flynn y por él? Dejó caer la mano y se la metió en el bolsillo del pantalón.

Solo serían unos días, y si veía que su hijo se estaba encariñando demasiado hablaría con él.

–Pues si queréis podría venir mañana mismo –dijo Susannah.

–Genial –Kara sacó una agenda electrónica de su bolso y empezó a pulsar botones–. Solo necesito que me des un número para poder contactarte.

Antes de que Susannah pudiera volver a su idea de alojarse en un hotel, Matthew intervino en la conversación.

–La he invitado a quedarse conmigo mientras esté aquí; puedes llamarla a mi casa.

Kara parpadeó, como sorprendida, pero no hizo ningún comentario al respecto.

–Perfecto, pues estaremos en contacto –dijo–. Ah, pero si se está despertando el bello durmiente... –añadió acercándose a la cama, donde Flynn se estaba desperezando–. ¿Cómo estás, pequeñajo?

Veinte minutos después Susannah y Matthew estaban en el coche, camino de su casa.

–Perdona la mentira que le he dicho antes a Kara –se disculpó él.

Ella se encogió de hombros.

–Matthew, es tu familia, tu vida... y la de Flynn. Yo solo estoy aquí para ayudar; tú haz lo que consideres que tienes que hacer.

Matthew no estaba acostumbrado a un apoyo tan incondicional. Grace a menudo le había llevado la contraria, y a su familia la adoraba, pero les encantaba dar su opinión sobre todo. El que Susannah estuviese dispuesta a dejarle llevar las riendas era una novedad para él, y algo de agradecer.

Le lanzó una mirada de reojo. Sus facciones relajadas le confirmaron que no había una intención oculta tras sus palabras. Tenía la sensación de que era una persona bastante transparente.

–Gracias.

–No hay de qué. Aunque para la próxima, sería mejor que me pusieses antes al corriente de lo que vas a decir.

–Perdona, tienes razón –asintió él mientras giraba el volante para tomar una curva–. Debería haber hablado de ello contigo antes de que apareciera Kara.

–No importa –le insistió Susannah–. Entonces... ¿se supone que

soy una vieja amiga de Grace?

–Bueno, no es exactamente una mentira.

Al detenerse en un semáforo giró la cabeza hacia Susannah, y sus ojos se encontraron con los de ella, azules como un cielo de verano. Era en lo primero que se había fijado cuando se había acercado a él en el aeropuerto. Podría mirarse en ellos durante horas. Frunció el ceño y volvió la vista al frente.

–Al fin y al cabo Grace y tú os visteis bastante cuando estábamos con los trámites de la inseminación artificial y demás. Y Grace nunca le dijo tu nombre a mi familia, así que no sospecharán nada. Quería que se supiera lo mínimo; veía como un fracaso el no poder tener hijos.

Por más que lo había intentado no había logrado sacarla de su error. Había sido una madre excelente para Flynn.

Al ver ponerse en verde el semáforo, pisó suavemente el acelerador.

–Además, si les dijéramos que eres la madre de alquiler, sin decirles también que eres la madre biológica de Flynn, se preguntarían qué estás haciendo aquí.

–Pero... ¿Y si los resultados de las pruebas son positivos y se diera el caso de que Flynn necesitara el trasplante de médula? ¿No sería muy difícil que siguieras ocultándoselo a tu familia?

Matthew tragó saliva y apretó el volante.

–Si llega el momento ya nos preocuparemos de eso –él estaba rezando con todas sus fuerzas por que Flynn no necesitase ese trasplante–. Ni mi familia ni nadie debe saber que Grace no era la madre biológica de Flynn.

Le había prometido a Grace que nadie lo sabría nunca, y estaba decidido a mantener esa promesa. Se lo debía; eso y mucho más. La culpa de que hubiera muerto en aquel accidente había sido suya; había sido él quien había hecho que tomase ese avión.

Mientras cruzaban Charleston camino de casa de Matthew, una multitud de recuerdos del tiempo que había vivido allí asaltaron a Susannah. Una dulce nostalgia inundó su alma al ver las elegantes casonas por las que tanta fama había adquirido la ciudad, y los majestuosos árboles que se alzaban junto a las aceras.

Minutos después Matthew aparcaba frente a una casa de dos pisos con grandes ventanas. Uno de los muros estaba casi cubierto

de madreselva.

Se bajaron del coche y subieron hasta la entrada. Cuando hubo abierto la puerta, Matthew se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella inspiró nerviosa antes de entrar. Solo iban a ser unos días, se dijo. Y si estaba allí era por Flynn. Entonces... ¿por qué se sentía como si estuviese adentrándose en la guarida del lobo?

¿Por qué? Porque era tan tonta que su subconsciente fantaseaba con que aquel hombre tan atractivo la había invitado a su casa porque estaba interesado en ella, lo cual era ridículo. ¡Vaya si era ridículo!, se dijo cuando nada más cruzar el umbral vio una gran fotografía enmarcada de Grace en la pared, con una sonrisa beatífica y Flynn de bebé en sus brazos.

Y cuando la condujo a través de la casa vio más fotos de ella en las paredes: con Flynn, con Matthew, fotos de los tres juntos... Salía en fotos grandes y pequeñas, en instantáneas y retratos, sonriente o con expresión dulce y soñadora.

Aquella no era la casa de un hombre que invitaba a una mujer a su casa porque quería acostarse con ella; era la casa de un viudo que seguía profundamente enamorado de su esposa.

Matthew se detuvo frente a la primera puerta del pasillo del segundo piso por el que acababan de entrar, la abrió y encendió la luz. Era un dormitorio decorado en tonos rosas y malvas.

–Este es el cuarto de invitados. El cuarto de baño está justo ahí –le dijo señalándole una puerta que había a un lado–. Cuando hayas descansado un poco baja y veré qué tengo en la nevera para cenar.

Susannah había almorzado en el avión, pero desde entonces no había tomado nada, y al oír la palabra cenar le sonaron las tripas.

–Si quieres puedo preparar yo algo –le dijo.

Matthew bajó la vista a su estómago y luego volvió a levantar la mirada con una sonrisa divertida en los labios.

–No hace falta. Pamela, la empleada del hogar de mi madre, me llena cada semana la nevera con comida casera que ella prepara.

–Qué amable.

–Ha estado haciéndolo desde que Grace murió. Creo que le preocupa que esté demasiado ocupado como para cocinar.

–¿Y no lo estás?

Él esbozó una media sonrisa.

–Por desgracia sí, con demasiada frecuencia –admitió–; por eso

tengo siempre a Pamela en mis oraciones.

–De todos modos, si al final tuviera que quedarme más tiempo me gustaría poner mi granito de arena; podría cocinar, si te parece bien.

–Susannah, con lo que te has ofrecido a hacer por Flynn es más que suficiente –le dijo él con una sonrisa–. Te espero en la cocina; está bajando las escaleras y luego a la izquierda.

Ella lo siguió con la mirada mientras salía al pasillo, y no pudo evitar fijarse en lo tenso que parecía. Debía ser agotador tener que criar él solo a Flynn, y más si aún echaba de menos a su esposa. ¡Si ella pudiera...!

Puso freno a ese pensamiento y fue a cerrar la puerta antes de lavarse un poco la cara y cambiarse de ropa. Flynn y Matthew no eran parte de su vida, se recordó. Solo iba a estar allí un tiempo. Se recogió el largo cabello rubio con una pinza y bajó las escaleras.

Al entrar en la cocina se encontró a Matthew sin corbata, con el cuello de la camisa desabrochado y las mangas dobladas. Estaba removiendo algo en una cacerola que tenía puesta en el fuego.

Los ojos de Susannah se posaron en sus fuertes antebrazos, cubiertos por una ligera mata de vello castaño, y le costó apartar la vista.

–Espero que te gusten las alubias con chile –le dijo Matthew alzando la mirada hacia ella–. Es una de las especialidades de Pamela.

Susannah volvió a poner los pies el suelo.

–Me encantan –respondió acercándose–. Huele bien. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

Matthew le pasó una manopla.

–Puedes sacar los panes de maíz del horno; ya deben estar calientes.

–Por cierto, lo de antes iba en serio –dijo Susannah mientras colocaba la bandeja con los panes sobre la encimera de mármol–. Si me quedo más de lo previsto no me sentiré cómoda durmiendo y comiendo bajo tu techo a menos que pueda echar una mano de alguna manera. Además, he pedido una semana y aun con el tiempo que pase con Flynn en el hospital, si no tengo nada que hacer me volveré loca.

–Bueno, desde luego no quiero que pierdas la cordura por mi

culpa –contestó él divertido, enarcando una ceja–. En fin, si te empeñas puedes cocinar, si quieres. Te dejaré las llaves del Cadillac de Grace y una tarjeta de crédito para que puedas comprar los ingredientes que necesites –tomó un cuenco, sirvió en él una ración generosa de alubias y se lo pasó–. Además, necesitarás el coche para ir y venir del hospital.

Tomó otro cuenco y lo llenó. Luego tomó también la cesta donde Susannah había colocado los panes de maíz y le señaló la mesa, donde había puesto dos manteles individuales, servilletas, cubiertos, dos pares de copas, una jarra con agua y una botella de vino.

–¿Te importa que cenemos aquí, en la cocina, en vez de en el comedor?

–No hay problema –respondió ella, yendo a sentarse con su cuenco. Probó las alubias y dejó escapar un «ummm»–. Estas alubias están buenísimas.

–Sí que lo están –asintió él tomando un bollo de pan–. Mis hermanos y yo nos criamos con la comida casera de Pamela.

Mientras seguían comiendo en silencio, Susannah recordó algo.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Matthew alzó la vista, y mirándola con cierto recelo, respondió:

–Claro.

–¿Por qué le canta todo el mundo canciones de Elvis a Flynn?

Matthew frunció el ceño y volvió a bajar la vista a su cuenco.

–A Grace le gustaba mucho su música. En vez de cantarle canciones de cuna le cantaba canciones de Elvis.

Era extraño que una simple palabra pudiese contener tanto dolor, pensó ella observándolo. Sintiéndose algo culpable por haber hecho aflorar un recuerdo que lo entristecía, esbozó una sonrisa traviesa y dijo para distender el ambiente.

–Según me ha dicho Flynn no todo el mundo las canta bien.

Él alzó el rostro con brusquedad, y vio contrariedad en sus ojos verdes.

–¿A qué te refieres?

–Dijo que su tía Lily canta las canciones de Elvis demasiado rápidas y que a veces baila cuando las canta.

Matthew no pudo evitar que una sonrisilla asomara a las comisuras de sus labios.

–Sí, eso es muy propio de Lily.

«Y cuando papá la canta suena triste»… El recordar esas palabras hizo que se le encogiera el corazón. Era natural que a Flynn las canciones de Elvis le sonaran tristes cuando se las cantaba su padre.

–Susannah, yo… quería pedirte algo, pero…

Cuando se quedó callado, como vacilante, ella lo instó a continuar.

–Lo que esté en mi mano lo haré –le dijo–; no tienes más que decirme cómo puedo ayudar.

Para eso había ido allí, para ayudar.

–No se trata de eso –Matthew dejó la cuchara en el cuenco y entrelazó las manos bajo la barbilla–. Esta tarde, cuando volví de hacer esa llamada y encontré a Flynn dormido en tu regazo… –alcanzó su copa de vino y tomó un sorbo, dándose tiempo para escoger bien las palabras–. Normalmente Flynn no se muestra afectuoso con los desconocidos, pero contigo ha sido diferente, y si pasas más tiempo con él…

–Temes que cuando me marche se sienta dolido –lo interrumpió Susannah. A ella también le atormentaba ese pensamiento.

Matthew asintió y se puso a remover con la cuchara lo que quedaba en su cuenco, abstraído, antes de soltarla y alzar la vista de nuevo hacia ella.

–Ya sé que no puedo tenerlo en una urna de cristal, pero no quiero que sufra.

¡–Intentaré que no se encariñe demasiado conmigo –le prometió–. Yo tampoco quiero verlo sufrir.

–Lo sé; lo vi en tus ojos cuando estábamos con él. Sé que te importa.

Susannah bajó la vista a su regazo y se alisó la falda con las manos mientras buscaba las palabras adecuadas.

–Cuando os entregué a Flynn a Grace y a ti, hace tres años –dijo finalmente, alzando la vista para mirarlo a los ojos–, me alegré de corazón de haber podido ayudaros a tener un hijo. Grace ansiaba tanto ser madre… y estaba segura de que seríais unos padres estupendos. Pero sí, por supuesto que Flynn me importa. Quiero lo mejor para él. Por eso no tienes que preocuparte; lo último que haría sería alentarlo para que se encariñe conmigo y causarle dolor cuando me marche.

La tensión en las facciones de Matthew pareció disiparse, al

menos en parte. Asintió y siguió comiendo.

Capítulo tres

A la mañana siguiente Susannah estaba en la cocina preparando unas tostadas cuando entró Matthew por la puerta. Llevaba unos pantalones azul oscuro y una camisa color caramelo pero no se había puesto todavía ni la corbata ni la chaqueta. Tampoco se había abrochado aún los dos primeros botones de la camisa, dejando entrever la mata de vello oscuro de su pecho, y Susannah se notó de pronto la boca seca. No podía apartar la vista.

–Buenos días –la saludó Matthew–. ¿Has dormido bien?

Ella tragó saliva y se apresuró a bajar la vista a la tostadora.

–Buenos días. Sí, he dormido como un bebé.

–¿Quieres decir que te has estado despertando cada dos horas porque tenías hambre?

Cuando lo miró, Susannah vio un brillo travieso en sus ojos verdes, y esa chispa de humor inesperado la ayudó a relajarse un poco.

–Flynn no os dejaba dormir demasiado, ¿eh? –le preguntó con una sonrisa.

–Hasta que los ocho meses no durmió una noche entera del tirón –Matthew se acercó a la cafetera–. Voy a preparar café; ¿te apetece una taza?

–Sí, gracias.

Al bajar la vista se fijó en que Matthew estaba descalzo, y por alguna razón absurda se le cortó el aliento. Resultaba extrañamente íntimo. Eran unos pies fuertes, con largos dedos y uñas bien recortadas, y sin saber por qué de repente se los imaginó frotándose en la cama contra los suyos.

–¿Cómo te gusta?

Levantó la cabeza aturdida al oír la pregunta de Matthew, que tenía levantada la mano con una taza.

–Solo; con un terrón de azúcar –contestó con voz ronca.

Matthew se volvió de nuevo hacia la cafetera para ponerla en marcha, dándole la oportunidad de recobrar la compostura. ¿Por

qué tenía ese efecto en ella?

–Mañana haré un desayuno en condiciones –le dijo, como si no pasara nada–, pero entretanto… ¿te apetece algo más aparte de tostadas?

–No, con eso está bien –respondió él girándose hacia ella–. Cuando preparo el desayuno para Flynn y para mí suelo hacer huevos revueltos, pero yo con unas tostadas o un café me apaño.

Se apoyó en la encimera, cruzó los brazos sobre el musculoso pecho, y un pie sobre el otro. Ella se volvió de nuevo hacia la tostadora para no seguir mirándolo, metió otras dos rebanadas y fue hasta la nevera para sacar la margarina y la mermelada.

–Kara llamó hace un rato –le dijo Matthew–. Quería saber si podrías ir esta mañana a quedarte con Flynn. Iba a ir ella, pero parece que han surgido no sé qué problemas con los preparativos de la boda, y tiene que ocuparse personalmente de ellos.

Ella se volvió sonriente con la margarina en una mano y un bote de mermelada de fresa en la otra.

–¿Va a casarse?

Con la situación por la que estaba atravesando la familia no les iría mal algo que celebrar.

–No, la que se casa es Laurel, otra de mis hermanas. Kara se dedica a organizar bodas y otros eventos –le explicó Matthew–. Si te va mal ir esta mañana puedo ir yo –añadió–. Había pensado ir por la tarde, pero…

–No, no hay problema –replicó ella, alegrándose de poder ser de ayuda–. Lo único que tenía pensado hacer esta mañana era ir de compras, y puedo hacerlo más tarde.

La sonrisa de gratitud que le dirigió Matthew hizo que se le arrebolaran las mejillas y que esa ola de calor descendiese luego por su cuerpo, extendiéndose hasta sus pies. Por esa sonrisa haría lo que fuera.

–¿Desayunamos aquí? –le preguntó Matthew.

Susannah miró las puertas acristaladas que daban a un pequeño patio bañado por la luz del sol. Había una mesa redonda y un par de sillas metálicas.

–¿Y si salimos fuera?

–Bueno. No debería hacer mucho frío ahora que está dando el sol –dijo Matthew yendo a abrir las puertas–. La verdad es que

hemos tenido unas temperaturas bastante cálidas este año.

Susannah tomó una bandeja de la encimera, la puso sobre la mesa de la cocina y colocó en ella los platos con las tostadas, la margarina y la mermelada. Matthew se acercó por el otro lado de la mesa para poner también en la bandeja las dos tazas de café, y cuando se inclinó para levantarla el olor fresco de su piel y su ropa limpia envolvieron a Susannah, que cerró los ojos un instante para saborearlo.

Cuando Matthew se incorporó volvió a abrir los ojos y, aliviada de que él no pareciera haberse dado cuenta, sacó cubiertos de uno de los cajones y lo siguió fuera.

Una suave brisa jugaba con las hojas de los arbustos que rodeaban el pequeño patio. Era como un rincón mágico, aislado de la realidad. Con los cubiertos en la mano Susannah se giró hacia el sol, dando la espalda a la mesa, y extendió los brazos. Le encantaba sentir el calor del sol en su piel y la suave caricia de la brisa en su pelo. Podría permanecer así durante horas. Sin embargo, no estaba sola.

Dejó caer los brazos y, al volverse hacia Matthew, lo encontró mirándola con una intensidad que la dejó sin aliento, pero se dijo que no tenía por qué avergonzarse y se encogió de hombros.

–Me gusta el aire fresco –dijo dejando los cubiertos sobre la mesa.

Él esbozó una sonrisilla divertida.

–Ya lo veo.

–Es lo que tiene trabajar todo el día encerrada en una oficina y vivir en un bloque de apartamentos –se explicó ella–. Siempre que puedo intento sacar tiempo para que me den el aire y el sol. Me gusta sentirlos en la piel; es... revitalizante.

–Suena bien –dijo Matthew en un tono despreocupado que no se correspondía con la intensidad de su mirada.

–Cuando paso mucho tiempo entre cuatro paredes me siento como si estuviera marchitándome –continuó ella, consciente de que su voz sonaba de pronto algo ronca.

Se hizo un profundo silencio entre ambos, y pronto la tensión que había en el aire se convirtió en algo casi físico. Los ojos de Matthew se oscurecieron, y un escalofrío le recorrió la espalda a ella.

Matthew se aclaró la garganta.

–Eres una mujer curiosa.

–¿Por qué?, ¿a ti no te gusta estar al aire libre? –inquirió ella casi en un hilo de voz. Hasta sus cuerdas vocales parecían estar haciéndole boicot.

–Me encanta –respondió Matthew, yendo a retirarle la silla para que se sentara–, aunque nunca he pensado en ello como algo que necesite. Llevo a Flynn a jugar al parque, pero lo hago por él.

Susannah se sentó y lo observó mientras rodeaba la mesa para sentarse también. Le parecía que estaba empezando a comprender qué clase de persona era Matthew Kincaid. Tomó su taza de café y bebió un sorbo.

–No puedes vivir solo para tu trabajo y para Flynn –le dijo–; tú también tienes necesidades.

Él se quedó mirándola, y de pronto Susannah lamentó el modo en que lo había expresado. No era quién para opinar sobre su vida.

En ese momento le sonó el móvil a Matthew, que apartó la mirada para sacárselo del bolsillo del pantalón. Cuando vio el número en la pantalla se disculpó y entró en la casa.

Aquella interrupción alivió a Susannah, aunque de pronto el patio parecía frío y vacío sin su presencia. Era algo que había notado desde que había llegado a Charleston, pensó frotándose los brazos con las manos: cuando Matthew entraba en una habitación era como si la iluminase por completo. Incluso allí fuera, al marcharse, fue como si el aire cambiase y los colores de todo lo que la rodeaba perdiesen fuerza.

Al poco rato volvió a salir Matthew.

–Me llamaban del hospital.

El corazón le dio un vuelco a Susannah.

–¿Le ha pasado algo a Flynn?

–No, era del laboratorio.

Las manos de Susannah se aferraron a la mesa.

–Ya tienen los resultados de las pruebas, ¿no? –inquirió. Él asintió–. ¿Y qué te han dicho?

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Matthew transformó por completo su expresión.

–Eres compatible. Es la primera buena noticia que me han dado desde que Flynn ingresó en el hospital –fue a sentarse frente a ella

de nuevo y tomó su mano entre las suyas. Aquel simple contacto hizo que un cosquilleo eléctrico recorriese el cuerpo de Susannah–. Gracias.

–¡Cuánto me alegro! –murmuró ella aliviada.

–Todavía no están seguros de que vaya a necesitar el trasplante –Matthew inspiró profundamente, y Susannah pensó que probablemente estaría rogando a Dios en silencio por que no lo necesitara–, pero los médicos quieren que te quedes en la ciudad durante los próximos días, por si acaso.

Ella asintió.

–He pedido una semana en mi empresa; no voy a irme a ninguna parte.

Cuarenta minutos después Susannah estaba en el hospital, más nerviosa de lo que lo había estado el día anterior. La primera vez que había estado a solas con Flynn solo habían sido unos minutos, mientras Matthew hacía esa llamada. Esa vez serían varias horas, y se esperaba de ella que durante ese tiempo fuese capaz de mantener entretenido al pequeño. Y no solo sería difícil, teniendo en cuenta lo limitada que era su experiencia cuidando niños, sino que además se suponía que no debía hacer que Flynn se encariñase con ella.

Una mujer alta de pelo corto pelirrojo oscuro se levantó de la silla junto a la pared y se llevó un dedo a los labios para indicarle que Flynn estaba dormido. Susannah se acercó de puntillas.

Los ojos de la mujer eran verdes como los de Matthew, pero era demasiado mayor para ser una de sus hermanas.

–Debes de ser Susannah –le dijo–. Yo soy Elizabeth, la abuela de Flynn. Gracias por ofrecerte a quedarte unas horas con él.

–No hay de qué.

Cuando miró a Flynn se enterneció al verlo acurrucado con su osito de peluche, y fue tan fuerte el impulso de sentarse a su lado y abrazarlo que la asustó. Quizá fuese ella la que debiera tener cuidado de no implicarse demasiado emocionalmente.

–Se ha dormido hace un rato –le dijo Elizabeth–, así que probablemente siga durmiendo un buen rato. Por la anemia está cansado todo el tiempo.

–Comprendo –respondió ella sin apartar la vista del pequeño–.

Dejaré que sea él quien marque el ritmo y si lo veo cansado intentaré que se eche una siesta.

–Kara me ha dicho que eras amiga de Grace.

Susannah no se sintió ofendida por el tono de Elizabeth, que, aunque educado, era ligeramente inquisitivo. Era la abuela del pequeño, y estaba a punto de marcharse y dejar a su único nieto en compañía de una extraña.

–Sí –respondió midiendo sus palabras. Ya que tenía que mentir, lo mejor sería ceñirse lo más posible a la verdad, se dijo–. Nos conocimos hace algunos años. La última vez que la vi Flynn acababa de nacer.

–¿Ya conocías a Flynn? –le preguntó la otra mujer, ladeando la cabeza–. Perdona mi curiosidad, pero es que no recuerdo haberte visto en la fiesta de la canastilla que organizaron Matt y Grace.

–Solo lo vi una vez –respondió Susannah. El día que lo trajo al mundo–. Me perdí la fiesta porque por esas fechas me mudé a Georgia y luego Grace y yo perdimos el contacto. Lo sentí mucho cuando supe que había fallecido.

Elizabeth miró con pesar a su nieto.

–Todos lo sentimos; era tan joven... Y fue tan duro para Matthew y Flynn... –murmuró enjugándose una lágrima con disimulo después de colgarse el bolso.

A Susannah se le encogió el corazón al verlo.

–Ha sido un placer conocerte –le dijo Elizabeth tendiéndole la mano–. Espero volver a verte otro día, antes de que vuelvas a Georgia.

–Lo mismo digo –contestó Susannah estrechándole la mano, y la siguió con la mirada mientras salía de la habitación.

Cuando se quedó sola Susannah se permitió quedarse mirando al pequeño unos minutos. Era sencillamente perfecto. Se sentó en la silla junto a la cama, sacó del bolso una libreta y un bolígrafo, y se puso a anotar una serie de cosas que quería decirle a su ayudante por correo electrónico más tarde.

En un momento dado dejó de escribir y se quedó pensando, dándose golpecitos en la barbilla con el bolígrafo. Hacía una semana su trabajo había sido lo más importante en su vida, pero ahora... sus ojos se desviaron hacia el pequeño, que seguía dormido, antes de que se obligara a bajar de nuevo la vista a la libreta.

Tenía que mantener la cabeza fría. Pronto abandonaría Charleston, y cuando lo hiciera tendría que volver a centrarse en su carrera. Le encantaba su trabajo, y estaba orgullosa de haber alcanzado el puesto que había alcanzado cuando solo tenía veintiséis años, se recordó. Y tenía allí a su madre, y también tenía un estrecho grupo de amigas en Georgia, a las cuales no había tenido ocasión de explicarles el motivo de su viaje a Charleston. Solo había podido mandarles un mensaje rápido al móvil diciéndoles que iba a estar fuera unos días y que se lo explicaría todo a su regreso.

Cuando acabó de escribir sus notas pensó en la cena de esa noche. No solía preparar comidas muy elaboradas, ya que vivía sola, pero cuando tenía una excusa la verdad era que disfrutaba cocinando.

Claro que lo único que sabía acerca de los gustos de Matthew era que le gustaban las alubias con chile. ¿Le gustaría más lo dulce o lo salado? ¿Los sabores suaves o especiados? Tendría que arriesgarse y ver si acertaba. Empezaron a ocurrírsele unas cuantas ideas, y fue apuntándolas para ir luego al supermercado a comprar lo que iba a necesitar.

Por el rabillo del ojo vio movimiento, y al alzar el rostro vio a Flynn desperezándose antes de abrir sus grandes ojos, aún medio pegados por el sueño.

–Hola, cariño –le dijo levantándose para sentarse al borde de la cama–. Tu abuela ha tenido que irse y he venido a estar un rato contigo.

Estaba segura de que su abuela se lo habría dicho, pero como acababa de despertarse, seguramente estaría algo desorientado.

El pequeño asintió.

–Hola, *Sudi* –murmuró antes de acurrucarse en su regazo y bostezar de nuevo.

Susannah lo rodeó con sus brazos y apoyó la mejilla en su sedoso cabello. Sin pretenderlo, lo besó en la frente. No quería soltarlo; su cuerpecillo estaba tan calentito y se mostraba tan cariñoso y confiado… Inspiró profundamente, queriendo grabar el recuerdo de ese instante en su mente. Cuando finalmente lo soltó, el pequeño se echó hacia atrás y parpadeó, mirándola con ojos curiosos.

–¿Eres mi nueva mamá?

Su pregunta la dejó tan anonadada que durante un buen rato no logró articular palabra. Flynn siguió mirándola con esos ojos que enternecerían a cualquiera.

–¿Qué te hace pensar eso, cariño?

–Porque besas como una mamá –le dijo el niño.

Ella inspiró temblorosa.

–Bueno, yo siempre beso a todos los niños así.

A Matthew no le convenció esa respuesta.

–Y ayer me cantaste como una mamá.

Susannah no sabía qué decir.

–Bueno, puede que eso simplemente signifique que algún día tendré un hijo y seré una mamá –dijo esbozando una sonrisa–. Y con un poco de suerte a lo mejor será un chico estupendo, como tú –él seguía mirándola como si no le convenciera su razonamiento–. Verás, Flynn, la cosa es que a veces un niño sí que puede tener una nueva mamá, pero es su papá quien la elige.

Él se quedó pensativo y sacudió la cabeza.

–Pues yo creo que deberían ser los niños los que eligieran.

–No te falta razón –admitió ella, intentando contener una sonrisa–. ¿Sabes?, la verdad es que no sé muy bien cómo funcionan esas cosas, pero sé de alguien que sí lo sabe.

–¿Quién? –le preguntó él, abriendo mucho los ojos.

–Tu papá. Es un hombre muy listo. Creo que deberías preguntarle a él.

Flynn se quedó mirándola un momento, y Susannah se sintió como si tuviera un montón de mariposas revoloteándole en el estómago mientras esperaba para ver si había picado el anzuelo o no.

Finalmente pareció que sí, porque Flynn dejó el tema, y se puso de rodillas para alcanzar el cuento del osito de peluche de la mesilla que le había leído el día anterior. Se lo tendió con ojos esperanzados.

–¡Ah, qué bien! –exclamó ella, respirando aliviada–. Justo ahora estaba pensando que me apetecía leer otra vez este cuento.

Flynn sonrió y se acurrucó a su lado.

A la hora del almuerzo, cuando Matthew entró en la antesala para lavarse, Susannah justo salía de la habitación de Flynn. Aunque estaba sonriendo, pudo ver de inmediato la preocupación en sus ojos.

Él le devolvió la sonrisa mientras Susannah cerraba tras de sí, por si acaso Flynn los estuviera observando desde la cama a través del cristal.

–¿Ha ocurrido algo? –le preguntó.

–Ocurrir, lo que se dice ocurrir no ha ocurrido nada –contestó ella. Se quedó callada un momento y se mordió el labio, como vacilante.

Matthew no pudo evitar bajar la vista a su boca. Tenía unos labios tan carnosos, y parecían tan suaves... ¿En qué estaba pensando?, se reprendió apartando la mirada.

–Lo que pasa es que quería ponerte sobre aviso respecto a una pregunta que probablemente te hará.

Matthew respiró aliviado, y se inclinó sobre el lavabo para lavarse los antebrazos y las manos.

–Bueno, estoy acostumbrado; hace unas preguntas francamente difíciles.

–Antes me ha preguntado si era su nueva mamá.

Matthew cerró el grifo y alzó el rostro hacia ella.

–¿Por qué te ha preguntado eso?

–Te juro Matthew que yo no le he dado motivo alguno para que pensara eso –le aseguró Susannah, rodeándose la cintura con los brazos.

Matthew sabía que era verdad; no la conocía bien, pero estaba seguro de que Susannah, tal y como ella misma le había dicho, no quería hacerle daño al pequeño.

Alcanzó una toallita de papel para secarse.

–Te creo –dijo arrojándola a la papelera. Inspiró profundamente–. ¿Pero se te ocurre de dónde ha podido sacar esa idea?

Susannah lanzó una mirada furtiva a Flynn a través del cristal de la puerta.

–Cuando lo besé en la frente me dijo que besaba como una mamá, y que ayer cuando le canté, también lo hice como lo haría una mamá.

Matthew contrajo el rostro. Sin duda eran pruebas de peso para un niño de tres años.

–¿Y tú que le has dicho?

–Que es el papá el que escoge a la nueva mamá y que debería preguntarte a ti –aunque la preocupación permanecía en sus ojos, una sonrisa divertida asomó a las comisuras de sus labios–. Cree que deberían ser los niños los que escogieran.

Matthew no pudo evitar reírse.

–Eso es típico de él. Gracias por decirle que lo hable conmigo. Yo me ocuparé –respondió.

Aunque no tenía ni idea de qué le iba a decir. Flynn era un niño muy listo, y aunque había intentado que no le afectase demasiado la muerte de Grace, aquello había cambiado a su hijo, que ahora pensaba demasiado y entendía demasiado.

Se merecía algo mejor que un padre que estaba aprendiendo sobre la marcha. Grace era la que sabía cómo tratar a los niños. Incluso cuando habían hablado de divorciarse, había tenido la esperanza de que compartieran la custodia, porque no había estado seguro de poder criarlo él solo. Y ahora estaba en esa situación y era lo único que tenía Flynn. Miró a través del cristal a su hijo, que estaba mirando las ilustraciones de su libro favorito. Tenía que esforzarse más, se dijo; tenía que hacerlo por él.

Capítulo cuatro

Mientras observaba a Matthew terminar la porción de tarta de queso con café y avellanas que había servido de postre, se sintió contenta cuando dejó el tenedor en el plato con un «ummm». Cocinar le resultaba muy relajante, y si además había alguien que apreciaba su comida, hacía que el esfuerzo mereciera la pena.

–Estaba delicioso –dijo Matthew, echándose hacia atrás en la silla–. Y no solo el postre; esta cena se merece un diez.

–Es una de las muchas recetas de mi madre.

–O sea que tu padre y tú estaríais encantados con las comidas de tu madre.

–Bueno, mi padre murió cuando yo era muy niña, así que estábamos solas mi madre y yo.

Como siempre que recordaba a su padre, Susannah sintió una punzada en el pecho. Habían pasado muchos años, pero seguía echándolo muchísimo de menos. Echaba de menos sus abrazos y el amor con el que las había colmado a su madre y a ella.

–Vaya. Lo siento mucho –le dijo él con sinceridad–. Yo perdí al mío no hace mucho.

Susannah ya lo sabía. En el supermercado, al llegar a la caja, había visto los titulares del periódico local, que anunciaban las últimas novedades en el caso del asesinato de Reginald Kincaid.

No había podido dejar de pensar en ello, en lo mal que debía estar pasándolo Matthew. Primero la muerte de su esposa, que había hecho que tuviera que afrontar el criar a Flynn él solo, luego la enfermedad del pequeño, y por si eso era poco, perder también a su padre y descubrir que había sido asesinado.

Sintió un impulso casi irresistible de alargar la mano y apretar la de él. ¿Habría tenido a alguien a su lado para reconfortarlo? Al fin y al cabo su esposa ya no estaba, y los demás miembros de la familia tenían sus propios problemas. Miró a Matthew, fijándose en sus anchos hombros, y se preguntó cómo sería abrazarlo. De solo imaginarlo sintió que una ola de calor la invadía, y apartó esos

pensamientos de su mente.

–¿Estabais muy unidos tu padre y tú? –le preguntó.

Él asintió, y sus labios se curvaron en una sonrisa amarga.

–Hasta ahora creía que toda la familia estaba muy unida.

Ella frunció el ceño.

–¿Y qué ha hecho que te lo cuestiones?

Cuando Matthew, que había bajado la vista a la mesa, volvió a hablar, Susannah tuvo la impresión de que sus ojos no estaban viendo el plato vacío que tenía delante, que su mente estaba en otra parte.

–Tras la muerte de mi padre, descubrimos que tenía otra familia –Matthew apretó la mandíbula–. Se trata de una mujer con dos hijos, uno de los cuales es hijo ilegítimo de mi padre. Parece que hace varias décadas se reencontró con esa mujer, su primer amor, y descubrió que había tenido un hijo suyo, que se había casado, y que había tenido otro hijo de ese matrimonio. Como su marido había fallecido mi padre se ocupó de que a sus hijos y a ella no les faltara de nada, y cada cierto tiempo se ausentaba durante varias semanas para estar con ellos con la excusa de que tenía que viajar por motivos de negocios.

Susannah se echó hacia atrás en su asiento, sorprendida por aquella revelación. No le resultaba difícil imaginar lo traicionados y furiosos que debían haberse sentido Matthew, su madre y sus hermanos con su padre.

–¿Y no sabíais nada? –inquirió en un murmullo–. ¿Ni siquiera lo sospechabais?

Matthew sacudió la cabeza.

–Debió ser terrible para vosotros –musitó ella–; enteraros de esa manera...

–No fue un plato de buen gusto –asintió Matthew, tomando su copa de vino para tomar un largo trago.

–Y, pasado el shock inicial, ¿cómo te sientes con respecto a lo de tener un hermanastro?

Matthew se pasó una mano por el rostro.

–No lo sé, y no creo que él esté ansioso por jugar a la gran familia feliz. Y luego está el modo en que mi padre dispuso en su testamento que se repartieran las acciones de la empresa familiar entre nosotros y su hijo ilegítimo. Ha dejado a la empresa en una

situación muy precaria.

–Lo siento. A veces la vida no es justa.

Él esbozó una sonrisa ambigua y se levantó para empezar a recoger los platos.

–Háblame de tu madre –le pidió.

Susannah comprendió que había cambiado de tema a propósito, probablemente porque tenía la sensación de que le había contado demasiado para ser una extraña.

–Pues es... divertida –dijo, siguiéndole para llevar las copas hasta el fregadero–, vivaracha... siempre encuentra algo ingenioso que decir. Supongo que no le debió resultar fácil seguir adelante sola cuando mi padre murió, pero nunca me lo dejó entrever.

Matthew, que estaba metiendo los platos en el lavavajillas, la miró con curiosidad cuando se incorporó y le preguntó:

–¿Cuántos años tenías cuando murió tu padre?

–Ocho –respondió ella–. Mis padres estaban muy enamorados, pero mi madre se esforzó por sobreponerse a su muerte para que yo no notara su falta, igual que tú estás haciendo con Flynn.

Una expresión extraña cruzó por el rostro de Matthew antes de que se volviera para alcanzar una cacerola que enjuagó en el fregadero y metió en el lavavajillas.

–¿Teníais más familia?

–Mis abuelos maternos nos ayudaban siempre que podían; mis abuelos paternos eran harina de otro costal.

Sintió cómo le quemaba el estómago el resentimiento que aún albergaba hacia ellos, pero lo refrenó. No iba a dejar que los malos recuerdos la pusiesen de mal humor después de tantos años.

Matthew se irguió y, entornando los ojos, le preguntó:

–¿Qué quieres decir con que eran «harina de otro costal»?

Por un instante Susannah consideró cambiar de tema o darle una repuesta evasiva, pero después de que se hubiera abierto a ella como lo había hecho, lo menos que debía hacer era ser sincera también con él.

–Quisieron arrebatarle la custodia a mi madre cuando mi padre murió.

Él dejó los cubiertos en el fregadero y se secó las manos con un paño.

–¿Y tenían algún motivo?

–Solo en su imaginación. Nunca habían sentido el menor aprecio por mi madre, ni aprobaron jamás que se casara con mi padre. Pertenecían a clases sociales distintas.

La familia de su padre tenía dinero e influencias, una combinación letal. Siendo muy niña todo lo que había ocurrido le había enseñado que las familias ricas que estaban acostumbradas a conseguir lo que querían eran peligrosas.

Su madre había estado cegada por el amor que había sentido por su padre, pero Susannah había aprendido de su error. Familias como la de su padre, como los Kincaid, tenían muchos secretos y tejemanejes.

–¡Qué miserables! –exclamó Matthew frunciendo el ceño–. Poméroslo aún más difícil con lo mal que debíais estar pasándolo por la muerte de tu padre...

Ella asintió.

–Y no solo cuando estábamos de duelo. Cuando perdieron la demanda por la custodia le hicieron el vacío a mi madre. Hacían como si no existiera. Mi madre me llevaba de visita una vez al mes, y entonces me colmaban de regalos y trataban de convencerme para que me quedara a vivir con ellos.

–¿Se lo dijiste a tu madre alguna vez?

–No. Yo... me limitaba a seguirles la corriente. Hasta que fueron demasiado lejos.

–Y les hiciste frente –adivinó él–. ¿Qué fue lo que agotó tu paciencia?

Era algo en lo que Susannah no había querido recordar en todo ese tiempo, y que no le había contado a nadie, pero por algún motivo le pareció algo natural compartirlo con Matthew, aunque prácticamente eran dos extraños el uno para el otro.

–Hace cuatro años... –Susannah hizo una pausa para humedecerse los labios–. Hace cuatro años mi madre lo perdió todo porque fue víctima de una estafa despreciable. Se había fiado de alguien con quien trabajaba, y esa persona desapareció cuando se destapó la estafa.

Engañaron a un montón de gente y mi madre nunca llegó a recuperar lo que había invertido. Estaba a punto de perder la casa en la que vivíamos. Su familia no tenía mucho dinero, así que aunque lo lógico hubiera sido pedirles ayuda, me hizo prometer que

no les diría nada. Y mantuve mi promesa. Sin embargo, la familia de mi padre era rica, y éramos parientes independientemente de que les gustara mi madre o no.

–Y les pediste ayuda –adivinó Matthew.

–Sí.

–¿Y tu madre se enteró de que lo habías hecho?

Susannah sacudió la cabeza.

–¿Y qué te dijo la familia de tu padre cuando acudiste a ellos?

–Me dijeron muy educadamente que sentían muchísimo no poder ayudarme, pero que... –se estremeció al recordar su falsa compasión–. El fondo de la cuestión era que no estaban dispuestos a prestarle ni un céntimo a una mujer que no les importaba y a la que nunca habían querido en su familia.

Matthew dio un paso hacia ella y le deslizó las yemas de los dedos por el brazo en un gesto que solo pretendía reconfortarla, pero que consiguió que se le acelerara el pulso.

–Lo siento –murmuró.

–Bueno, al menos salió algo bueno de aquello –respondió ella intentando ignorar sus dedos–. Volví a casa, fui al registro a cambiar mi apellido por el apellido de soltera de mi madre, y no he vuelto a ver a mi familia paterna desde entonces.

Le había sabido mal renunciar al apellido de su padre, pero sabía que había detestado el modo en que su familia había tratado a su madre, y estaba segura de que entendería por qué lo había hecho. Además, siempre llevaría a su padre en el corazón, y eso era mucho más importante que llevar un apellido.

–Bien por ti –dijo Matthew, arqueando las comisuras de los labios–. ¿Y qué pasó con tu madre?

–Había tenido que hipotecar la casa para pedir un préstamo al banco, pero como no podía hacer frente a los pagos, decidí ofrecerme como vientre de alquiler para ayudarla. Fue entonces cuando conocí a Grace. Gracias al dinero que me pagasteis mi madre pudo salir adelante. Puso en alquiler la casa para pagar el resto de los pagos del préstamo y nos mudamos a Georgia para que viviera con su familia hasta que se liquiden los pagos.

Las yemas de los dedos de Matthew comenzaron a acariciar su piel de nuevo, haciendo que volviera a acelerársele el pulso.

–¿Tan importante es esa casa para que llegaras a ofrecerte como

vientre de alquiler?

–Mi madre ha trabajado toda su vida –dijo ella con un nudo de emoción en la garganta, y cuando murió mi padre se buscó un segundo empleo para que yo pudiera ir a la universidad. No podía dejar que perdiera la casa, donde siempre había querido envejecer, la casa que había compartido con el hombre al que amaba.

Matthew la atrajo hacia sí. Al principio ella se resistió porque no quería la lástima de nadie y porque apenas se conocían, pero cuando sus brazos la rodearon y la estrechó suavemente contra sí no pudo evitar derretirse por dentro y relajarse en su abrazo. Solo quería mostrarle su apoyo, se dijo.

Y sin embargo… sin embargo había algo más que eso, algo que palpitaba entre ellos, un ansia peligrosa que siempre parecía aguardar en silencio bajo la superficie cuando estaban juntos. Sabía que para alejar esa ansia debería apartarse de él, pero no lo hizo.

Desde la muerte de Grace Matthew no había abrazado a ninguna mujer aparte de su a madre y a sus hermanas. Y Susannah Parrish no era ni lo uno ni lo otro. Sin embargo, la mezcla de fortaleza y de dolor que había visto en sus ojos había sido su perdición. Se había rendido al impulso de abrazarla, y aunque cuando abrazaba a su madre o a sus hermanas para reconfortarlas también les frotaba la espalda con la mano, no podía engañarse diciéndose que aquello era solo algo platónico. No cuando se sentía como si estuviera ardiendo por dentro.

Nunca había sabido el motivo por el que se había ofrecido a hacer de vientre de alquiler, para qué había usado el dinero. No podía sino sentir admiración por ella. ¿Habría sido él capaz de hacer lo mismo en esas circunstancias?

–Si lo hubiéramos sabido te habríamos pagado más.

–Fue suficiente para ayudar a mi madre, pero gracias –dijo ella apartándose de él.

–Noble además de generosa y de bonita –murmuró Matthew poniéndole una mano en la mejilla.

Las pupilas de Susannah se dilataron y su respiración se tornó más rápida. Se moría por besarla. Se inclinó hacia delante, ansioso por…

–Matthew –dijo Susannah cuando su rostro estaba solo a unos centímetros del de ella–. Esto no es una buena idea.

–Pues a mí me lo parece –replicó él sin apartarse ni un milímetro.

En ese momento no podía pensar en otra cosa que no fuese cómo sería besar la dulce boca de Susannah.

–Las cosas… –comenzó a decir ella. Hizo una pausa para tragar saliva–. Las cosas ya están bastante complicadas.

–Es solo un beso –le dijo Matthew. O quizá se lo estaba diciendo a sí mismo–. No tiene por qué significar nada –rozó ligeramente sus labios contra los de ella–. Solo… –besó una de las comisuras de sus labios–… un… –besó la otra–… beso.

Los labios de Susannah se entreabrieron con un suspiro, y Matthew se estremeció igual que una hoja a merced del viento. Había estado intentando negar que la había deseado desde el momento en que la había visto aparecer por la puerta de llegadas del aeropuerto.

A lo largo del año anterior el más mínimo atisbo de deseo hacia una mujer lo había hecho sentirse desleal hacia el recuerdo de Grace, y también culpable.

A pesar de que habían hablado de divorciarse, todavía estaban casados cuando ella murió. Y lo peor era que si él no hubiera sugerido que deberían divorciarse aún seguiría con vida. Se sentía tan culpable y tan confundido que durante todo un año se había negado siquiera a considerar la posibilidad de dejar que otra mujer entrara en su vida.

Sin embargo, el deseo que sentía por Susannah era demasiado fuerte como para intentar negarlo.

¡Su boca sabía tan dulce…!, pensó enredando los dedos en sus cabellos de seda. Las húmedas caricias de su lengua eran increíblemente eróticas.

Sus manos encontraron las caderas de Susannah y la atrajo más hacia sí. La ropa era la única barrera que los separaba. Las manos de ella subieron a sus hombros y descendieron luego por su espalda. Matthew ansiaba poder sentir esas manos en su piel desnuda, acariciar con las suyas la piel desnuda de ella. La deseaba de tal manera que sentía que estaba a punto de enloquecer.

Iba a desabrocharle la blusa, pero ella se echó hacia atrás.

–Matthew, no... –jadeó apoyando las manos en su pecho–. Por favor.

–¿Por favor qué? –inquirió él con una sonrisa.

–Si vuelves a besarme así de nuevo... –Susannah hizo una pausa, como si necesitara tomar aliento antes de continuar– no podré resistirme.

A Matthew se le aceleró el pulso.

–Bien –dijo, y comenzó a inclinar la cabeza para volver a besarla.

–Pero es que Flynn...

–¿Qué pasa con él?

Matthew dejó caer un brazo para tomar su mano. Susannah bajó la vista a sus dedos entrelazados, y se quedó mirándolos tanto rato que él empezó a pensar que no iba a decir nada. Sin embargo, finalmente alzó la vista y se mordió el labio, como vacilante.

–Cuando era niña –dijo apoyándose en la encimera– y mis abuelos paternos me pedían que viviera con ellos, me decían que era lo que mi padre habría querido. Yo lo echaba muchísimo de menos, y ellos utilizaban eso para intentar conseguir lo que querían. Sé que esta situación es completamente distinta, pero no he olvidado lo confundida que me sentía, ni esa impresión de que estaba debatiéndome entre dos cosas entre las que no podía elegir.

Matthew parpadeó sin comprender muy bien por qué habían pasado de estar besándose a que ella se pusiera a hablar de su infancia. Ladeó la cabeza.

–Estoy seguro de que tú jamás te comportarías de un modo tan despreciable con Flynn.

–Jamás –asintió ella con una expresión fiera, soltando su mano–, pero sí creo que deberíamos mantener una postura clara para no confundir a Flynn y que crea que voy a convertirme en su nueva mamá. Aunque sea pequeño es muy listo.

Matthew se pasó las manos por el cabello. Susannah tenía razón. Flynn era muy perceptivo para su edad. Había veces que lo dejaba atónito con las cosas que decía. Y con todo por lo que estaba pasando, como la muerte de su abuelo y la aparición de dos nuevos «tíos» a los que aún no había conocido, lo último que necesitaba Flynn era más inestabilidad.

Suspiró con pesadez y le dijo a Susannah:

–Está bien, hay química entre nosotros, y eso es algo que no se puede negar. Y supongo que tienes razón en que no deberíamos dejarnos llevar.

–Exacto –murmuró ella.

–Pero si vamos a intentar ignorar la atracción que sentimos el uno por el otro ayudaría bastante que no me miraras así –apuntó Matthew enarcando una ceja–. No soy de hielo, ¿sabes?

Susannah, al darse cuenta de que sus ojos estaban fijos en los sensuales labios de Matthew, bajó la vista al suelo, azorada.

–Perdona.

Matthew le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

–No hay nada que perdonar –dijo acariciándole el cabello–. No llevaremos esto más allá, pero prométeme que nunca te arrepentirás de desearme.

–Te lo prometo –murmuró Susannah.

–Y yo te prometo que jamás me arrepentiré de desearte –añadió él, y abandonó la cocina antes de que olvidara su promesa y volviera a besarla.

***

En la antesala junto a la habitación de su hijo en el hospital, Matthew observaba a Susannah a través del cristal mientras se lavaba las manos y los antebrazos. Se le cortó el aliento. La noche anterior habría querido que llegasen hasta el final, pero sin duda Susannah había hecho lo correcto al poner fin al beso. Había sido una estupidez por su parte besarla. ¡Como si las cosas no fuesen ya lo bastante complicadas!

Primero estaba el hecho de que no quería que su familia supiese que era la madre biológica de Flynn. Luego, como Susannah había dicho, no debían confundir a su hijo ni poner en riesgo la estabilidad emocional que necesitaba. Y también estaba la cuestión de lo celosa que se había sentido Grace de Susannah durante el embarazo porque no solo había hecho de vientre de alquiler, sino que además no habían podido utilizar óvulos suyos. ¿Cómo se habría sentido Grace si hubiese descubierto que se sentía atraído por Susannah?

Pero entonces... ¿por qué su cuerpo se obstinaba en rebelarse

contra su mente? Irritado consigo mismo, alargó la mano para tomar una toallita de papel, y al incorporarse vio que acababa de entrar un hombre en la antesala; un hombre que lo hizo apretar los dientes y los puños: Jack Sinclair.

El primogénito de su padre; el hombre al que su padre le había legado el cuarenta y cinco por ciento de las acciones del Grupo Kincaid; el hombre que había evidenciado sin tapujos que no sentía la menor simpatía hacia su familia y hacia él.

Hasta ese momento había estado jugando con cuidado para que no pudieran ver sus cartas, pero todos estaban seguros de cuáles eran sus intenciones: hacerse con el Grupo Kincaid y fusionarlo con su propia compañía: Carolina Shipping.

–¿Qué diablos te ha hecho pensar que tenías derecho a venir aquí? –le espetó poniendo los brazos en jarras y frunciendo el ceño.

Jack lo miró a los ojos y se irguió.

–Dejando a un lado la antipatía que nos tengamos, ese chico es mi sobrino. Cuando era niño yo también pasé un par de meses en el hospital, y por eso he querido venir a hacerle una visita.

¿Una muestra de humanidad por parte del enemigo, o tal vez una artimaña?, se preguntó Matthew.

–Podías haber llamado antes de venir.

–¿Acaso me habrías invitado a venir si lo hubiese hecho?

Antes de que Matthew pudiera contestar volvió a abrirse la puerta, y un tercer hombre entró en la antesala: su hermano R. J, que se paró en seco y los miró a uno y a otro antes de preguntarle furioso a Matthew:

–¿Qué diablos está haciendo aquí?

–Yo le estaba preguntando lo mismo.

Los dos se giraron hacia el intruso. Jack se encogió de hombros y levantó una bolsa de papel que llevaba en la mano.

–Le he traído un juguete. Soy pariente suyo y quiero conocerlo.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y salió Susannah. La tensión de Matthew prácticamente se evaporó al verla, pero fue reemplazada por una fuerte ráfaga de deseo. Incapaz de controlarse, fue junto a ella y le puso una mano en el hueco de la espalda, sintiéndose como un macho cuyo territorio hubiera sido invadido.

–Susannah, te presento a mi hermano R. J. –le dijo–. Susannah

es una vieja amiga de Grace que está pasando unos días en la ciudad y se ha ofrecido a ayudarnos con los turnos –le explicó a su hermano.

R. J. apartó la mirada de Jack y le estrechó la mano.

–Un placer –le dijo con una sonrisa.

–Lo mismo digo –respondió ella.

Matthew miró a Jack con los ojos entornados.

–Y este es Jack Sinclair, el otro hijo de nuestro padre.

Susannah estrechó la mano que Jack le tendió.

–Encantada de conocerte –balbució ella vacilante–. Sé que acabamos de conocernos y que esto puede parecer un poco entrometido por mi parte, pero hay tanta tensión en esta sala que es sofocante, y estoy segura de que Flynn también lo notará. No podéis entrar los tres juntos en la habitación.

Estaba mirándolos como una leona dispuesta a defender a su cría, y Matthew dio por seguro que si su hermano y su hermanastro hubieran intentado entrar, se habrían interpuesto en su camino.

Jack volvió a levantar la bolsa que llevaba.

–Yo solo quiero darle esto y hablar con él unos minutos para darle ánimos.

Susannah miró a Matthew con una ceja enarcada, y supo que estaba pidiéndole permiso para permitir entrar a Jack con ella en la habitación. Matthew miró a su hijo a través del cristal. Se había despertado y estaba observándolos. Si intentaba echar a Jack de allí discutirían, y no quería que Flynn lo viese y se alterara.

Además, por poco que le gustase aquel hombre, era cierto que era pariente de Flynn.

–Solo por esta vez, Sinclair –le advirtió a Jack, mirándolo furibundo–. Entras, le saludas, le das el regalo, te largas, y no vuelves a poner un pie por aquí.

Jack le sostuvo la mirada y apretó la mandíbula.

–Entendido.

Matthew miró a Susannah y asintió con la cabeza. Mientras la dejaba explicándole a Jack cómo tenía que lavarse y que tenía que ponerse una bata de hospital, él llevó a R. J. al pasillo y se plantó delante del cristal de la habitación de su hijo. Había accedido a que Jack entrase, pero si en algún momento veía que hacía que su hijo se disgustara o que se sintiese incómodo, entraría él y lo sacaría de

allí.

–¿Cómo va el pequeñajo? –le preguntó su hermano.

–El número de glóbulos blancos ha subido un poco –le contestó Matthew, que había estado hablando con el médico.

Flynn no estaba fuera de peligro ni mucho menos, pero cualquier mejoría, por pequeña que fuese, era una buena noticia. Con un poco de suerte no necesitaría ese trasplante de médula.

–Me alegra oír eso –dijo R. J. dándole una palmada en la espalda–. Espero que siga mejorando.

Matthew se permitió esbozar una media sonrisa. No quería ser demasiado optimista. Ya había pasado antes que el número de glóbulos blancos había aumentado para luego descender de nuevo.

Observaron a Jack entrar en la habitación del pequeño y a Susannah haciendo las presentaciones. Por el rabillo del ojo vio a R. J. tensarse y fruncir el ceño, igual que él.

–¿Se sabe ya quién es el propietario del otro diez por ciento de las acciones? –le preguntó Matthew.

Su padre les había dejado a ellos, sus hijos legítimos, el cuarenta y cinco por ciento de las acciones, y otro cuarenta y cinco por ciento a Jack Sinclair, pero el abogado no les había revelado quién tenía el otro diez por ciento de las acciones y necesitaban averiguarlo cuanto antes para intentar poner a ese accionista de su parte.

Matthew volvió a sentir una vez más ira hacia su padre, tanto por haberles ocultado que tenía otra familia, como por haberle dado a Jack acciones de la compañía. El abogado les había entregado a cada uno una carta de su padre. La mayoría de ellos ya la habían abierto, esperando encontrar una explicación a sus actos, pero hasta donde él sabía ninguno de ellos la había hallado.

Él no había querido ni tocarla, ni tampoco la había abierto. Si su padre apareciera delante de él en ese momento le daría la espalda y se alejaría. Todavía estaba demasiado enfadado con él. Lo último que quería era escuchar de nuevo la voz, aunque solo fuera a través de las líneas de una carta, de un hombre que los había tenido engañados a su madre y a ellos durante décadas.

Había resistido a duras penas la tentación de estrujar la carta y tirarla sin abrirla a la papelera, pero al final la había guardado en un cajón de su escritorio, por si un día cambiaba de opinión y

decidía leerla. Tendría que haberla quemado, se dijo.

En cualquier caso, tenían que dejar a un lado sus emociones y crear una estrategia si no querían perder la compañía. R. J. era el director en funciones, y Laurel, Kara, Lily y él iban a votar para que siguiera siéndolo, pero necesitaban hacerse con el voto del accionista que tenía el otro diez por ciento de las acciones para imponerse a Jack en la votación.

R. J. resopló.

–No, por desgracia no, pero he puesto a Nikki Thomas a trabajar en ello. Me ha asegurado que encontrará a nuestro misterioso accionista antes de que se produzca esa junta.

Matthew asintió.

–Si alguien puede encontrarlo es Nikki.

Su padre había contratado a aquella detective corporativa poco antes de ser asesinado, y los había impresionado con los resultados que habían obtenido con ella.

–¿Y qué me dices de Jack? –le preguntó Matthew–. No me extrañaría que ya lo hubiera localizado y que le haya comprado las acciones.

R. J. resopló de nuevo.

–Si fuera así no va a dejar que lo sepamos hasta el último momento.

–¿Crees que pueda tratarse de su hermanastro Alan? –sugirió Matthew. En cierto modo parecía que su padre había tomado bajo su protección al otro hijo de su amante.

–Lo dudo. Si nuestro padre le hubiese dejado esas acciones no veo por qué el abogado nos lo iba a ocultar. Aunque yo también lo había pensado.

–Alan parece el mejor de los dos –dijo Matthew observando a través del cristal a Jack charlando con su hijo.

–Me he estado preguntando si tal vez Alan querría un empleo. En la próxima junta Jack podría utilizar sus acciones para exigir que le demos un puesto a su hermanastro.

–Bueno, según dijo el propio Alan, había dejado el trabajo que tenía, así que es posible que sí –dijo Matthew.

–Jack en cambio no se conformaría solo con un puesto en la compañía; él lo quiere todo.

A través del cristal vieron a Jack tendiéndole la bolsa de papel

con el regalo a Flynn, que la tomó vacilante.

–Pero una cosa sí que te prometo –dijo R. J.–. No voy a dejar que ese hombre eche a perder la compañía.

La inusual fiereza en su voz hizo que Matthew girara la cabeza hacia él. R. J. siempre había sido tenido un carácter afable, aun en su faceta de ejecutivo agresivo. Estaba a punto de preguntarle si todo iba bien cuando Jack regresó a la antesala. Hablaría con R. J. de eso en otra ocasión, pensó. Necesitaba hablar con su hijo y asegurarse de que estaba bien después de la visita de su nuevo «tío». Y tenía que ver a Susannah, darle las gracias por haber intercedido. Lo del cambio de actitud de R. J. podía esperar.

Capítulo cinco

Cinco días después, Flynn mostraba signos claros de mejoría, pero aún no estaba fuera de peligro, y ante la posibilidad de que pudiera necesitar el trasplante, Susannah, que en ese momento estaba en casa de Matthew, paseándose por la bodega, había decidido extender su estancia una semana más.

Le había tomado gusto a bajar allí de cuando en cuando para darse un respiro: era la única parte de la casa que no estaba dominada por la presencia de fotos de Grace. Aunque eso era lo normal: aquella, al fin y al cabo, había sido la casa de Grace. Se odiaba un poco a sí misma por sentir celos.

Allí abajo hacía fresco y había un ambiente marcadamente masculino. Las estanterías eran de madera oscura, sin adorno alguno. Con una taza de té entre las manos, se paseaba entre ellas leyendo las etiquetas: Möet, Dom Pérignon, Krug, Veuve Clicquot...

–¿Estás pensando en hacer tu propia colección de vinos? –resonó divertida la voz de Matthew.

Susannah dio un respingo y se volvió para encontrarlo apoyado en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos del pantalón.

El corazón le palpitó con fuerza. Era extraño: había salido con varios hombres, y en una ocasión incluso se había planteado casarse con un novio con el que había tenido una relación larga, pero ninguno de esos hombres había tenido sobre ella el efecto que tenía Matthew Kincaid.

Aun sin tocarla, a varios metros como estaba en ese momento de ella, su mirada la hacía sentirse acalorada, y ansiaba sus besos casi con desesperación. Tragó saliva.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí?

–El suficiente para ver lo relajada que estás, curioseando en mi colección –se apartó de la puerta y fue hacia ella–. No es la primera vez que bajas aquí, ¿no?

Un cosquilleo eléctrico le subió por la espalda a Susannah.

–La verdad es que no te he pedido permiso y a lo mejor no

querías que bajara.

Él sacudió la cabeza y se detuvo a unos pasos de ella. La penumbra ocultaba su rostro, pero su respiración sonaba ligeramente agitada.

–No me molesta en absoluto; aunque me parece curioso que te atraiga tanto la bodega y no, por ejemplo, el invernadero.

Su proximidad hizo que un nuevo cosquilleo la recorriera de arriba abajo. Se frotó los antebrazos para tratar de disipar esa sensación, pero no sirvió de nada.

–Pues... no sé, me gusta este espacio: no es nada recargado, hay mucha paz... Aquí abajo todo parece más... simple –dijo intentando explicarse.

Matthew se volvió hacia ella, y la tenue luz de la lámpara que tenían encima iluminó su rostro en un claroscuro que resaltaba sus apuestas facciones y le daba un aire peligroso, de depredador.

–¿Prefieres las cosas simples? –le preguntó en un susurro.

–¿Tú no?

–Supongo que sí –murmuró él, observando sus labios mientras hablaba.

–Por eso hemos acordado lo que hemos acordado –le recordó Susannah–. Porque las cosas entre nosotros nunca podrían ser simples.

–Tal vez no, pero yo creo que sería increíble.

Susannah no podía negar lo que estaba diciendo; ella también estaba segura de que hacer el amor con él sería una experiencia maravillosa, igual que lo había sido besarse con él. Lo decía su ardiente mirada; lo decía el modo en que estaba acortando la escasa distancia que los separaba, con unos andares casi felinos.

–Acordamos que no nos dejaríamos llevar por la atracción que sentimos el uno hacia el otro –le recordó con voz temblorosa.

Matthew se detuvo a solo unos centímetros de ella y tragó saliva.

–Pues cometimos un error.

–No; lo acordamos pensando en Flynn –replicó ella, intentando parecer segura de sus palabras–. No queremos confundirlo.

Matthew deslizó un dedo por su mejilla.

–Pero Flynn no está aquí; está con Lily.

La tentación era demasiado fuerte, pensó Susannah. Sus labios

parecían llamarla, y en esos cinco días no había podido dejar de rememorar el beso que habían compartido. La deliciosa presión de sus labios contra los suyos, el suave erotismo de su lengua entrelazándose con la suya. Con solo inclinarse un poco podría experimentar de nuevo ese placer.

Sin embargo, tampoco había podido dejar de recordar el momento en que Flynn, con ojos solemnes y esperanzados, le había preguntado si era su nueva mamá. Y cada vez que lo recordaba se le partía el corazón.

–Si nos acostamos, nuestro modo de interactuar el uno con el otro cambiará. Aunque Flynn no esté aquí ahora, lo notará cuando volvamos al hospital; se dará cuenta de que algo ha cambiado.

Matthew cerró los ojos con fuerza, como si hubiese recibido un golpe, antes de abrirlos de nuevo.

–Y ya está demasiado pendiente de ti –murmuró.

Ella asintió.

–Soy la última mujer con la que te convendría tener un romance.

Matthew se quedó callado un momento y dio un paso atrás.

–Es una lástima que siempre vayas varios pasos por delante y pienses en todo.

–Es lo que tiene ser relaciones públicas; deformación profesional.

–Bueno, pues si vamos a portarnos bien y ya que estamos aquí... ¿quieres ayudarme a escoger una botella de vino para la cena?

Susannah miró a su alrededor.

–Me temo que no sé nada de vinos.

–Yo te enseñaré lo que hay que saber –respondió él con una voz demasiado profunda y aterciopelada para una conversación sobre vinos. Le puso una mano en la cintura y la condujo a otro pasillo–. Estabas en la sección del champán. Esta es la sección de los tintos –tomó una botella y se la tendió–. Este es un borgoña de 1929.

Susannah, al oír el año pensó que debía costar una fortuna, y le devolvió la botella.

–¿Todos los vinos que tienes son tan viejos?

–Prefiero bebérmelos a guardarlos, pero tengo algunos, como este, que merece la pena reservarlos –dejó la botella en su sitio y sacó otra que estaba un poco más allá–. Este es un pinot noir del año 2004. Es uno de mis favoritos, así que cuando lo encuentro

siempre compro varias botellas –dijo encogiendo un hombro, como si estuvieran hablando de coleccionar objetos que no costasen más que la taza que ella tenían en las manos–. ¿Qué sueles beber tú?

–Si estoy en un restaurante le pido al camarero que me aconseje sobre qué vino va mejor con lo que voy a comer.

–Podríamos hacer eso. Dime, ¿qué eso que huele tan bien en la cocina?

–Es el postre que estoy preparando para esta noche: *crème brûlée*.

Era su postre favorito, tan cremoso, tan pecaminoso...

–Pues en ese caso yo sugeriría... –dijo Matthew, conduciéndola a otro pasillo con la mano en el hueco de su espalda– que abramos un vino de postre cuando hayamos acabado con el plato principal –sacó una botella cubierta de polvo y se la tendió–. Quizá este.

Susannah tomó la botella para leer la etiqueta, pero le resultaba difícil concentrarse con el olor de Matthew envolviéndola. Se humedeció los labios con la lengua y le devolvió la botella.

–¿Sueles tomar vino con el postre?

–Normalmente no tomó postre –murmuró él junto a su oído–, pero desde que te tengo como invitada el momento del postre después de la cena se está convirtiendo en mi momento favorito del día.

Fue hasta un estante en la pared y tomó un sacacorchos. Susannah lo observó mientras descorchaba la botella con una habilidad envidiable. Sus manos eran una obra de arte, y no pudo evitar preguntarse una vez más cómo sería sentirlas deslizándose por su piel desnuda. De pronto le costaba respirar.

Matthew dejó el sacacorchos en la estantería, tomó una copa de cata y Susannah lo observó fascinada mientras servía una pequeña cantidad en ella y le daba vueltas girándola suavemente antes de tendérsela.

–Pruébalo.

Susannah tomó la copa y se la llevó a los labios.

–Es dulce.

–Muy dulce –asintió él, bajando la vista a sus labios.

Susannah probó otro sorbo y lo paladeó. Sí, tenía un sabor dulce e intenso, pensó, y de su garganta escapó un ruido que casi sonó como un ronroneo de placer.

–Y ahora imagínate que te tomas una cucharada de *crème brûlée*

primero y luego un sorbo de este vino.

Susannah cerró los ojos y se concentró en los sabores, imaginándolos combinados. El resultado, al menos en su imaginación, era decididamente pecaminoso. Luego otras imágenes más pecaminosas acudieron a su mente: Matthew y ella en la cama, desnudos, frotándose el uno contra el otro, y también el gemido de placer que él proferiría cuando llegase al orgasmo...

Al abrir los ojos encontró los suyos mirándola fijamente, sin parpadear y con las pupilas dilatadas.

–Cre-creo... –hizo una pausa para controlar aquel repentino tartamudeo–. Creo que debería ir a ver el horno; sería una pena que el postre se echase a perder ahora que hemos encontrado un vino que le va bien.

–Será lo mejor –respondió él con voz ronca.

Susannah se dio la vuelta y subió las escaleras para ir a refugiarse en la cocina, rogando por que Matthew no la siguiera antes de que hubiera tenido el tiempo suficiente a solas para recobrar la compostura.

***

–Se me ha ocurrido que puedo servir la *crème brûlée* con un poco de nata montada –murmuró ella vacilante, como para romper el incómodo silencio.

–Oh. Me parece bien.

Volvió a la mesa, sirvió el vino, y se sentó mientras Susannah sacaba el bote de la nata montada de la nevera y ponía un poco en cada plato. Cuando regresó a la mesa con él y le tendió su plato, Matthew se fijó en que le temblaba la mano, y cuando sus ojos se encontraron el rubor que afloró a su rostro se extendió por su cuello y desapareció bajo los botones de su blusa.

Matthew se mordió la lengua para no soltar una palabrota. Aquello sería mucho más fácil de ignorar si ella no lo deseara como la deseaba él a ella.

Susannah se sentó y le dirigió una sonrisa tímida, a la que él respondió con otra antes de probar su *crème brûlée*. Estaba tan increíblemente delicioso que casi gimió de placer. Era como resumir la esencia del erotismo en una cucharada. Miró a Susannah,

preguntándose si aquel postre pecaminoso estaría teniendo el mismo efecto en ella, pero sus ojos estaban fijos en el plato mientras comía.

Una vena perversa se apoderó de él. Quería averiguar si estaba consumiéndose en el mismo infierno que él. Levantó su copa y le dijo:

–Prueba un sorbo del vino; ya verás cómo acentúa aún más el sabor de tu postre.

Ella levantó la mirada, y cuando se lamió los labios para limpiar una pizca de crema, Matthew se sintió como si se le hubiera fundido una neurona. Levantó su copa ella también y bebió un sorbo. Luego tomó otra cucharada del postre, y fue como si una nube de placer la envolviera. Sus pupilas se dilataron y su rostro pareció brillar de pronto de un modo especial. Eso era lo que él quería. Quería besarla, acariciarla, hacerla suya hasta hacer que alcanzara el éxtasis.

Volvió a morderse la lengua, lleno de frustración, y apartó su plato.

–Tienes un don especial para la cocina.

Con una nota de escepticismo evidente en su mirada, Susannah miró su plato.

–Pero si no te has acabado el postre.

–Me lo terminaré después. Necesito ir a correr un poco –murmuró él levantándose.

Tal vez si salía a hacer ejercicio el cansancio físico disiparía el deseo que estaba consumiéndolo, se dijo.

–¿Acabamos de cenar y vas a salir a correr?

Matthew no se volvió.

–Sí, porque si no hago algo drástico, y pronto, acabaré llevándote a mi cama.

Un gemido ahogado escapó de la garganta de Susannah, y Matthew se giró, incapaz ya de seguir tratando de ocultar el deseo que lo sacudía por dentro.

–Recuérdame por qué no es una buena idea –le dijo–. Dime por qué estamos luchando contra ello cuando es lo que los dos queremos. Porque en siete segundos, te llevaré arriba y te haré el amor.

Susannah se estremeció. Hablaba en serio. Y lo peor era que ella

no quería detenerlo. Quería que se desatara toda esa pasión que parecía exudar a través de cada poro de su cuerpo.

–Pues porque… –Susannah hizo una pausa para aclararse la garganta–. Porque solo voy a estar aquí unos días. Y porque las cosas ya son bastantes complicadas, y porque no queremos confundir a Flynn –Matthew avanzó y ella retrocedió hasta que se chocó con la encimera–. Y porque me marcharé pronto… –repitió vacilante.

–Cambio de planes –Matthew apoyó los puños en la encimera a ambos lados de Susannah, acorralándola–. Nos vamos a la cama –ella abrió la boca para protestar, pero le impuso silencio colocando un dedo sobre sus labios–. No vamos a hacernos falsas ilusiones, y nadie tiene por qué salir malparado. Flynn no sabrá nada. Tú te irás dentro de unos días, y esto será solo algo temporal. Somos adultos y podemos manejar la situación. Lo que no podemos hacer es seguir luchando contra la atracción que hay entre nosotros –le dijo con fiereza–. Es demasiado fuerte; al menos para mí.

–Para mí también –dijo ella con la garganta seca.

Sin embargo, nunca se había acostado con un hombre sabiendo que no habría nada más, solo por el sexo. Bueno, entre no llegar a saber nunca cómo era hacer el amor con Matthew, y traicionar sus principios por una vez en su vida, tenía bastante claro qué decisión debía tomar.

–De acuerdo –lo miró a los ojos–. Le daremos una oportunidad a tu plan.

Matthew se estremeció de excitación.

–Durante días apenas he podido mirarte sin imaginarme acariciando tu piel, besándote… –sus labios imprimieron un beso en la base de su cuello–. No podía dormir por las noches pensando en ello –murmuró besándola de nuevo.

El calor de los labios de Matthew en su sensible piel era adictivo. Cada beso la hacía caer más y más bajo su hechizo. Se aferró a sus hombros, temerosa de que le flaqueasen las rodillas y no pudiese seguir manteniéndose en pie.

–A mí me pasaba lo mismo –jadeó–. Me moría por hacer esto…

Le desabrochó los primeros botones de la camisa y acarició la cálida piel que había dejado al descubierto.

Él aspiró entre dientes.

–¿Solo eso?
–Empezando por eso.
Matthew se sacó la camisa por la cabeza, la arrojó a un lado y le rodeó la cintura con los brazos. Susannah se inclinó hacia delante y depositó un beso justo encima de uno de sus pezones oscuros.
–¡Susannah...! –jadeó él, y le levantó la cara para devorar sus labios.
No terminó ahí aquel sensual asalto; tras despegar su boca de la de ella, descendió beso a beso hasta la barbilla y continuó hacia su cuello.
Las manos de ella habían bajado a su espalda, y mientras la acariciaba se deleitaba en el modo en que los músculos se contraían y distendían bajo la piel. Cuando los dientes de Matthew rozaron su clavícula le clavó las uñas excitada, y él bajó un poco más la cabeza para morder suavemente la curva de un seno antes de proceder impaciente a desabrocharle la blusa.
La abrió, y tras devorar sus pechos con su ardiente mirada, dibujó arabescos con los dedos sobre el encaje blanco del sujetador, haciéndola gemir extasiada.
Matthew la levantó y la sentó en el borde de la mesa de la cocina, subiéndole la falda hasta las caderas. Susannah le rodeó la cintura con las piernas, y Matthew masculló algo incoherente cuando se apretó contra el bulto en sus pantalones.
Ansiosa por tocarlo, se los desabrochó, le bajó la cremallera, y tiró para que los pantalones cayeran al suelo. Matthew enganchó los pulgares en la cinturilla de sus boxers y se los bajó también.
Susannah tomó en sus manos su sedoso y caliente miembro, y Matthew gimió mientras sus dedos los exploraban jugando con él, torturándolo.
Le apretó la cintura con una mano.
–Estoy a punto de perder el control –le advirtió–. Si continúas con eso no podré seguir conteniéndome.
Susannah parpadeó sorprendida, y se fijó entonces en que la respiración de Matthew se había tornado agitada y que tenía las pupilas dilatadas. Había sabido que la deseaba, sí, pero el comprobar en ese momento hasta qué punto la hizo sentirse poderosa.
Matthew le desabrochó el sujetador, y Susannah se lo quitó y lo

arrojó sobre una silla. Él se llenó las manos con sus senos, para inclinarse después hacia delante y tomar un pezón en su boca, haciendo que ella jadeara su nombre.

Al tiempo que dedicaba sus atenciones también al otro seno, Matthew le bajó las braguitas y las arrojó a un lado antes de pasar a deshacerse de la falda, pero ella no quiso esperar a que encontrara la cremallera y se la bajó ella y levantó las caderas para que pudiera sacársela.

Matthew deslizó una mano por el delta entre sus muslos, y ella dio un respingo y empujó las caderas hacia delante. Luego, cuando deslizó los dedos entre sus pliegues, la intensidad del placer que experimentó la hizo derretirse por dentro.

Poco después estaba besándola de nuevo mientras sus brazos la apretaban firmemente contra su cuerpo, y esa vez, cuando ella le rodeó de nuevo la cintura con las piernas ya no había barrera alguna entre ellos.

–No te muevas –le ordenó él con voz ronca.

Salió de la cocina, y cuando reapareció segundos después con un preservativo ya puesto, Susannah se sintió algo mareada por el abrumador deseo que apenas había podido contener mientras esperaba.

Agarrándolo por los brazos en cuanto lo tuvo cerca, lo atrajo hacia sí, y él la besó con fruición mientras deslizaba las manos por debajo de sus nalgas para levantarle las caderas.

–No puedo esperar más –jadeó él interrumpiendo el beso.

–Pues por mí no lo hagas –le contestó ella.

Matthew la penetró entonces, dejándola sin aliento. Empezó a mover las caderas, y Susannah respondió a cada una de sus embestidas, acomodándose al ritmo que marcaba, subiendo cada vez más y más alto.

Una de las manos de él abandonó sus caderas y subió a su espalda para atraerla hacia sí y poder besarla. Pronto, demasiado pronto, Susannah sintió que estaba llegando al límite. Una parte de sí quería que fueran más despacio, saborear cada segundo, pero otra quería que Matthew no parara. Y Matthew no se detuvo, sino que siguió sacudiendo sus caderas contra las de ella hasta que algo estalló dentro de ella, catapultándola hacia lo más alto. Él la siguió poco después, con un profundo gemido de placer.

Durante un buen rato Susannah permaneció agarrada a Matthew, atónita por lo intenso que había sido el coito, y preguntándose si para él habría sido igual.

–Perdóname, Susannah –le dijo él, aún jadeante, tumbándola en la mesa.

Ella parpadeó, confundida por sus palabras y por el tono de autorreproche en su voz.

–¿Por qué?

Matthew se apartó de ella y apoyó una cadera en la mesa, a su lado.

–Porque quería que fuera perfecto para darte más placer, pero no he sido capaz de ir más despacio.

Susannah se echó a reír ante lo ridículo que resultaba que se disculpara por algo que a ella le había parecido glorioso.

–¿Acaso te ha dado la impresión de que no estaba disfrutando?

–Bueno, la verdad es que hacia el final estaba tan excitado que no me daba cuenta de nada –admitió él avergonzado, contrayendo el rostro–. No recuerdo haber perdido jamás el control de esa manera.

Susannah tomó su rostro entre ambas manos.

–Te aseguro, Matthew, que no tengo la menor queja. Ha sido fantástico. No –se corrigió con una sonrisa de oreja a oreja–. Ha sido alucinante.

Los hombros de Matthew se relajaron, y una sonrisa se extendió por su rostro.

–Aun así, me gustaría compensarte.

Juguetona, Susannah enarcó una ceja.

–¿Vas a regalarme flores?

Matthew se irguió y la levantó de la mesa, alzándola en volandas sin previo aviso.

–No.

–¿Bombones, entonces?

Mientras la llevaba hacia las escaleras, Matthew le robó un beso.

–Frío, frío.

–Entonces dime, Matthew –murmuró ella deslizándole un dedo por el pecho–: ¿cómo piensas compensarme?

–Voy a hacerte otra vez el amor –respondió él antes de besarla en la mejilla–. Más despacio –la besó en los labios–. Y será aún

mejor.

Ella se estremeció de deseo.

–No sé si podré resistir tanto placer sin perder el conocimiento.

Él enarcó una ceja.

–Estamos a punto de averiguarlo.

Capítulo seis

Susannah se estiró feliz en la cama de Matthew, y sintió el agradable roce de su piel desnuda contra la suya. En los últimos cuatro días habían adoptado la costumbre de tomarse el postre en su habitación después de cenar. Esa noche había sido un *mousse* con tres tipos de chocolate, y entre eso y la sesión de sexo que habían tenido, estaba completamente saciada.

–Hay algo que tengo que preguntarte –dijo Matthew, en cuyo pecho tenía apoyada ella la cabeza.

Susannah sonrió, sintiéndose como un gato tumbado al sol.

–Dispara.

–Esta mañana hablé con el médico. Me dijo que los niveles de glóbulos blancos en la sangre de Flynn han continuado mejorando y que puede venir a casa mañana.

Susannah se echó hacia atrás para poder verle la cara.

–¿Y has esperado hasta ahora para decírmelo? ¡Es una noticia estupenda!

Los labios de Matthew se curvaron en una sonrisa.

–Sí que lo es. Me ha dicho el médico que mientras lo lleve regularmente a hacerle chequeos creen que se recuperará al cien por cien.

Mientras lo escuchaba, Susannah se dio cuenta de qué implicaba para ella la mejoría de Flynn, y el estómago le dio un vuelco. Ya no la necesitarían allí porque no iba a ser necesario el trasplante. Desde un principio había sabido que aquello era solo algo temporal, y el propio Matthew había recalcado que únicamente habría sexo, que no se harían falsas ilusiones, pero en ese momento sintió pánico.

A pesar de que se sentía incapaz de mirarlo a los ojos, estaba decidida a manejar la situación con dignidad. Con dificultad, esbozó una sonrisa.

–Me marcharé mañana por la mañana, antes de que lo traigas a casa.

–Mi pregunta era sobre eso –Matthew le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos–. Quiero que alguien se quede con nosotros una semana, alguien que me ayude, estando pendiente de él mientras se recupera. Le dije que esa persona sería mi madre, pero me ha preguntado si no podrías ser tú.

¿Quedarse una semana más? Susannah, que no se había esperado aquello, parpadeó sorprendida. ¿Pasar más tiempo con Matthew y con Flynn?

El lado maternal que había estado intentando acallar, ansiaba desesperadamente poder quedarse un poco más y conocer mejor a Flynn. Y eso también significaría poder pasar unas noches más en la cama de Matthew.

–¿Crees que es buena idea? –preguntó vacilante.

Matthew se pasó una mano por el pelo.

–Una de las enfermeras me dijo que Flynn podría sentirse un poco raro al volver a casa. Como ha estado recibiendo tantas visitas y ha tenido al personal del hospital pendiente de él... Nuestra casa en comparación le resultará muy silenciosa y aburrida. Por eso pienso que tener aquí durante unos días a alguien como tú, con quien se encuentra a gusto, podría ayudarle a sobrellevar mejor esa transición. El médico me ha dicho que para que continúe la mejoría es muy importante que esté animado.

A Susannah no le pasó desapercibida la mirada esperanzada en los ojos de Matthew.

–¿Crees que podrían darte otra semana libre, o supondría un problema?

La verdad era que su jefe se había mostrado muy comprensivo cuando le había pedido una segunda semana libre, y en los tres años que llevaba trabajando en el banco apenas se había tomado una baja.

Respecto a la familia de Matthew, la excusa que se habían inventado para justificar que se alojase en su casa podría servirles para una semana más. Les habían dicho que ella quería volver a vivir en Charleston, y que él le había ofrecido su casa mientras buscaba un empleo como agradecimiento de que les hubiese ayudado con los turnos para hacer compañía a Flynn en el hospital. Su familia parecía haber aceptado la excusa sin problemas.

Susannah volvió a apoyar la cabeza en el pecho de Matthew.

–¿Y si Flynn se encariña demasiado conmigo?

–Di que sí.

–Sí –la palabra escapó de sus labios, y apenas la hubo pronunciado sintió que el corazón le daba un brinco de alegría.

–Gracias –dijo Matthew. Sus ojos se oscurecieron cuando añadió–: Y eso son siete noches más que pasarás en mi cama. Claro que tendremos que fingir que estás durmiendo en el cuarto de invitados –esbozó una sonrisa traviesa–. O podríamos hacerlo al revés. Me encantaría colarme en tu habitación a altas horas de la noche.

Aquella tentadora posibilidad la hizo estremecer de excitación y sacó su lado más atrevido.

–¿Y qué llevarías puesto?

–Una bata... en caso de que mi hijo me pille por el pasillo –contestó él enarcando una ceja.

–¿Y debajo?

–Tan desnudo como estoy ahora –Matthew introdujo una mano bajo las sábanas y le acarició el abdomen.

A Susannah se le aceleró el pulso.

–Me gusta la idea de que debajo no lleves nada.

–Me alegra oír eso –los dedos de Matthew subieron lentamente hacia su pecho–, porque hay algo que querré hacer cuando llegue a tu habitación, y lo haré mucho mejor sin ropa.

–¿Y yo?, ¿llevaría ropa? –le preguntó ella, apartando las sábanas.

–No. Tú tampoco llevarías... –Matthew depositó un beso en el valle entre sus senos– nada de ropa.

Susannah alargó la mano y lo encontró dispuesto.

–Bueno, pues ahora mismo los dos estamos desnudos –dijo cerrando los dedos en torno a su miembro.

Matthew aspiró por la boca y los músculos de su cuello se tensaron.

–Eso parece, sí.

–A lo mejor podrías darme una idea de qué es eso que haremos– le sugirió ella, enredando sus piernas con las de él y rodeándole el cuello con los brazos.

Matthew la hizo rodar con él para quedar encima. Se colocó entre sus muslos, y luego, apoyando los antebrazos a ambos lados

de ella, se inclinó para susurrarle al oído:

–¿Ahora?

–Sí, ahora –respondió ella rodeándole la cintura con las piernas.

–Bueno, sería más o menos así...

Al abrir la puerta del coche a Susannah en el aparcamiento del hospital, Matthew no logró despegar los ojos de la larga y torneada pierna que emergió. De pronto sentía fuego en el cuerpo. Cuando tuvo a Susannah de pie frente a sí le rodeó la cintura con una mano, le puso la otra en la nuca, y la empujó suavemente contra el coche.

–No sabía que los aparcamientos tenían este efecto en ti –lo picó ella con una sonrisa divertida.

–Eres tú quien tienes este efecto en mí –respondió él antes de inclinar la cabeza para besarla.

Susannah abrió la boca sin vacilar, y Matthew exploró cada rincón con la lengua mientras los brazos de ella se enroscaban en torno a su cuello, atrayéndolo hacia sí.

–¿Y cuál es la razón? –le preguntó sin aliento cuando Matthew despegó sus labios de los de ella–. Y ojo, que no es que tenga queja alguna.

Matthew le apartó un mechón del rostro y la miró con adoración, intentando grabar en su mente cada detalle de ese momento: sus ojos oscurecidos por el deseo, los parpados pesados, los labios hinchados y húmedos, las mejillas sonrosadas... Aún iba a disfrutar de ella en su cama durante una semana más, y estaba decidido a aprovecharlo al máximo. Pero durante el día, sin embargo, se recordó, deberían ser más discretos.

–Cuando hayamos entrado en el hospital –le dijo con un último beso casto en los labios–, nos portaremos bien. No queremos que Flynn sospeche nada.

–Cierto –asintió ella.

Matthew se apartó de ella, recobraron la compostura, se pusieron bien la ropa, y se dirigieron hacia la entrada. A Matthew le habría gustado tomarla de la mano y entrelazar sus dedos con los de ella pero se contuvo.

Cuando llegaron al puesto de control de enfermería la mujer que estaba allí atendiendo los saludó con una sonrisa.

–Buenos días, señor Kincaid. Buenos días, señora Kincaid.

Susannah se puso tensa y él dio un ligero respingo. El error de la mujer era comprensible. Probablemente parecían una familia, sobre todo teniendo en cuenta que Flynn tenía parecido físico no solo con él sino también con Susannah, que al fin y al cabo era su madre.

Aunque parecieran una familia, no lo eran. Grace, aunque solo hubiera sido la madre de Flynn sobre el papel, era quien debería estar al lado del pequeño. Había muerto por su culpa y él no tenía derecho a introducir a otra mujer en la ecuación. Era injusto para Susannah, y una traición al recuerdo de Grace.

–Yo soy el señor Kincaid, pero ella es la señorita Parrish; no es mi esposa –corrigió a la enfermera con una sonrisa.

–Oh, cuánto lo siento... Disculpen. Solo quería decirle cómo nos alegramos todos de que Flynn vaya a volver a casa; le hemos tomado mucho cariño.

–Gracias. Estaba deseando poder llevarlo de vuelta a casa.

De hecho, ahora que estaba allí estaba más impaciente que nunca por ir junto a su hijo, pensó tamborileando con los dedos en el mostrador.

La enfermera miró una tabla que tenía frente a ella.

–¿Ya ha hablado con el médico?

–Hablamos anoche, por teléfono.

–Estupendo –dijo la enfermera–. Ya he empezado a preparar los papeles del alta.

Matthew le dio las gracias y siguieron por el pasillo hasta la habitación de Flynn, que se incorporó y extendió los brazos hacia él en cuanto entraron.

–¡Papiiii! –exclamó.

Sus mofletes mostraban un sano color sonrosado.

Matt lo levantó en volandas y lo apretó contra sí.

–Hola, campeón.

Flynn lo abrazó también antes de echarse hacia atrás para anunciarle:

–Papá, me han dicho que hoy me puedo ir a casa.

–Eso me han dicho a mí también –respondió Matthew sonriendo.

Flynn le tendió los brazos a Susannah.

–¡*Sudi*, me voy a casa!

Ella extendió los brazos también y Matthew le pasó al pequeño y

los observó mientras charlaban. El afecto que ella sentía por Flynn era más que evidente y sintió una nueva punzada de culpabilidad. Aquel era, o debería haber sido el papel de Grace. .

Grace había querido al pequeño con toda su alma, y Flynn la había querido del mismo modo. Era culpa suya que la muerte los hubiera separado. Si no la hubiera presionado para que tomase aquel vuelo... Se maldijo para sus adentros.

En ese momento llamaron a la puerta abierta, y al girarse Matthew se encontró con Alan Sinclair, el hermanastro de Jack.

–¿Puedo pasar? –preguntó con una sonrisa afable.

Matthew vaciló antes de recordar que lo había llamado hacía unos días para pedirle permiso para visitar a Flynn y que él se lo había concedido. Desde luego era mucho más cortés que su hermanastro.

Fue hacia él y le tendió la mano.

–Nos pillas de milagro; ya nos íbamos. Le han dado el alta y nos vamos a casa.

–Ah. Pues menos mal que decidí venir ahora y no esta tarde –miró a Flynn, que estaba observándolos en brazos de Susannah–. ¿A quién le habría dado esto si ya os hubieseis ido? –dijo levantando un osito de peluche de color chocolate con grandes ojos azules.

Susannah fue junto a ellos con el pequeño y Matthew lo tomó en brazos.

–Mira, Flynn, quiero que conozcas a tu... –comenzó a decir. «Al hijo de la amante de tu abuelo», añadió mentalmente, pero se contuvo y dijo–: a tu tío Alan.

–Hola, Flynn –lo saludó Alan afectuoso, tendiéndole el muñeco–. ¿Te gustan los ositos?

–Sí.

Y a juzgar por cómo lo estaban estudiando sus grandes ojos, y por la enorme sonrisa que apareció en su rostro, aquel le encantaba.

–Y ella es Susannah –le dijo Matthew a Alan–, una amiga de la familia. Susannah, este es Alan Sinclair; conociste a su hermano Jack hace unos días, ¿recuerdas?

–Sí, sí, lo recuerdo –contestó ella, tendiéndole la mano.

Alan se la estrechó.

–Encantado.

Matthew se preguntó si Alan se habría dado cuenta del parecido

entre Flynn y ella, como sin duda había hecho la enfermera, y había sumado dos y dos. ¿Sospecharían sus familiares? Tal vez estaba reaccionando como un paranoico y nadie se había dado cuenta de nada.

La enfermera se asomó en ese momento a la puerta para decirle que ya tenía listos los papeles del alta. Matthew se volvió hacia Alan.

–Perdona que sea tan poco cortés, pero es que tenemos que marcharnos.

–No pasa nada –le aseguró Alan con una sonrisa–. Solo quería darle ese osito al pequeñajo. Hasta luego, Flynn, me alegro de conocerte –dijo revolviendo el pelo del niño–. Un placer –le dijo a Susannah con un asentimiento de cabeza.

Cuando se hubo marchado recogieron las cosas de Flynn, lo cambiaron, y salieron de la habitación.

Al ver de nuevo a la enfermera cuando se detuvo a firmar los papeles le recordó a Matthew el error que había cometido la mujer al pensar que estaban casados. Sin embargo, mientras veía charlar a Susannah y a Flynn durante el corto trayecto hasta el aparcamiento no pudo evitar pensar en lo felices que parecían juntos, y en lo a gusto que él mismo se sentía con Susannah. ¿Y si todas las piezas encajaban porque aquello era cosa del destino? ¿Podía ser así de simple, o estaría engañándose a sí mismo?

Cuando llegaron al coche, después de meter las cosas en el maletero Matthew sentó al pequeño en su sillita, cerró la puerta, y se volvió a la mujer que lo tenía tan confundido.

–Nunca podré agradecerte bastante todo esto –le dijo, y mientras rodeaban el coche aprovechó para apretarle la mano dos segundos.

–Me siento feliz de poder ayudar –respondió Susannah, pero Matthew vio las mismas dudas y la misma confusión en sus ojos.

Le abrió la puerta y, cuando hubo entrado en el coche, él fue a sentarse al volante.

–¿Listos? –les preguntó a Flynn y a ella tras girar la llave en el contacto.

–Listos –respondió Flynn con una enorme sonrisa.

Los ojos de Matthew se encontraron con los de Susannah, y del mismo modo que había visto reflejadas sus dudas en sus ojos, vio también reflejada en ese momento la felicidad de que iban a llevar

a Flynn de vuelta a casa, sano y feliz. Era una complicidad que había compartido con Grace antes de que empezaran a tener problemas; era algo que había echado muchísimo de menos.

Sin embargo, tal vez estaban dejándose llevar demasiado. ¿Estaban jugando con fuego?

Capítulo siete

Dos horas más tarde Susannah estaba sentada con Matthew y Flynn en el jardín tomando *muffins* de plátano con pepitas de chocolate. Los había horneado esa mañana con la esperanza de abrir el apetito del pequeño. Y a juzgar por el entusiasmo con que estaba devorando el que tenía en la mano, parecía que había tenido éxito. A Matthew también parecían gustarle, y el ver a padre e hijo comiendo con fruición la hizo sentirse más feliz de lo que debería.

En ese momento sonó el teléfono, y Matthew alargó la mano para tomar el aparato.

–Debe ser la abuela –dijo tendiéndoselo a Flynn.

La carita del niño se iluminó y tomó el aparato.

–¿Abuelita? –contestó.

Y en efecto debía ser su abuela, porque empezó a hablar por los codos, contándole con su media lengua infantil las últimas noticias de su estancia en el hospital.

Matthew se inclinó hacia Susannah para explicarle:

–Los padres de Grace. Le llaman cada domingo a las diez.

Susannah sintió una punzada en el pecho.

–Ah. Es estupendo que se interesen tanto por él.

–Lo adoran –dijo Matthew mirando a su hijo–. Grace era hija única, así que Flynn es el único nieto que tendrán. Vienen a visitarnos a menudo y se quedan unos días, y no se les olvida llamar ni un domingo.

No tenía que decir más. Lo que se derivaba de aquellas palabras era más que evidente: los padres de Grace eran otro de los motivos por los que Matthew no podía desvelar que Susannah era la madre biológica de Flynn. Si era el único nieto que podrían tener porque Grace había sido su única hija, ¿cómo iba a decirles que no tenían ningún vínculo de sangre con el pequeño? Sería como robarles el único vínculo que les quedaba con la hija a la que tan trágicamente habían perdido. Sería cruel.

–Papi –dijo Flynn tendiéndole el teléfono a Matthew–. La abuela

quere hablar contigo –luego se volvió hacia Susannah y le pidió–. *¿Pedo tomar oto muffin?*

–Pues claro que sí, cariño –respondió ella con una sonrisa.

Le dio otro y, mientras el pequeño se lo comía, observó a Matthew hablando con su suegra con el corazón encogido. Por el tono informal de la conversación y las risas de Matthew saltaba a la vista que tenían una buena relación.

¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntó bajando la vista. Aquella era la familia de Grace. La que estaba al teléfono era la madre de Grace. Aquella era la casa de Grace. Y estaba acostándose con su marido.

Se le nubló la vista y apretó las manos, clavándose las uñas. Aquella no era su vida. Simplemente estaba ocupando el hueco que Grace había dejado en la vida de Matthew y de Flynn.

En cualquier caso dentro de una semana estaría de regreso en Georgia, y Matthew y Flynn seguirían haciendo su vida sin ella, se dijo, pero aquel pensamiento no la reconfortó como esperaba.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en la cocina, Matthew se sentía el hombre más feliz del mundo. Su hijo estaba en casa y estaba recuperándose, y se había pasado la mitad de la noche haciéndole el amor a Susannah.

–¿Alguien quiere más tortitas? –preguntó Susannah, girándose hacia la mesa, donde estaban sentados Flynn y él.

–¡Yo! –contestó Flynn alegremente.

Matthew le llevó su plato y el del pequeño a Susannah, que estaba preparando otra tanda de tortitas de avena con salsa de arándanos. Mientras la observaba cocinando recordó su primera vez juntos, la vez que lo habían hecho allí mismo, en la cocina, y una ola de calor lo invadió, a pesar de la noche de pasión que habían compartido.

No podía tomarla entre sus brazos y besarla con Flynn delante, pero se aseguraría de hacerlo más tarde, en cuanto tuvieran un momento a solas.

–Ahí tienes –dijo Susannah sirviendo dos tortitas en cada plato.

Al ver sus mejillas sonrosadas por el calor del fuego no pudo evitar pensar en que también se le teñían de ese mismo suave rubor

cuando hacían el amor.

Se aclaró la garganta y trató de apartar por un momento esos pensamientos de su mente.

–¿Te he dicho que nunca había probado unas tortitas tan buenas como estas? –le dijo mientras volvían a la mesa.

–Pues a lo mejor sí –contestó Susannah–, pero no me importa nada oírlo de nuevo –añadió guiñándole un ojo a Flynn.

De pronto sonó el timbre de la puerta. Cuando fue a abrir, Matthew se encontró con que aquella visita inesperada era su madre y la saludó con un fuerte abrazo. Nunca podría agradecerle lo bastante lo bien que se había portado con ellos durante el tiempo que Flynn había estado ingresado. No, desde la muerte de Grace, se corrigió.

–¿Cómo está Flynn? –le preguntó cuando se hizo a un lado para dejarla pasar.

–Mejor –contestó él cerrando la puerta–. Ahora mismo está desayunando como un campeón.

–¿Huevos revueltos? –lo picó su madre enarcando una ceja.

Su familia siempre estaba haciéndolo de rabiar con el hecho de que no sabía hacer más que huevos revueltos.

–¡Le gustan mis huevos revueltos! –respondió fingiéndose ofendido–. Pero no, lo que está comiendo son tortitas que ha preparado Susannah.

Su madre parpadeó.

–¿La amiga de Grace?

–La misma –contestó él, y antes de que pudiera hacer más preguntas la empujó hacia la cocina.

–¡Abuelita! –exclamó Flynn nada más verla–. ¡Mira, *Sudi* nos ha hecho tortitas!

–¿Ah, sí? ¡Vaya suerte!

Su madre miró con una expresión extraña a Susannah y a Flynn, y luego también a él antes de acercarse a darle un beso a su nieto.

–Susannah y tú ya os conocéis, ¿no? –le preguntó Matthew, preocupado por qué estaría pensando su madre.

Quizá había sido demasiado esperar que su familia no se cuestionara la historia que les había contado para justificar la presencia de Susannah.

–Sí –respondió su madre–, nos conocimos en el hospital.

–Me alegra volver a verla, señora Kincaid –la saludó Susannah con una sonrisa–. ¿Ha desayunado ya, o puedo ofrecerle unas tortitas?

–Yo estaba a punto de hacer café –dijo Matthew.

Su madre estaba mirándolo con la misma expresión extraña de antes, y en ese momento dio un respingo, como si acabase de darse cuenta de que se había quedado mirándolo.

–No, os lo agradezco, pero solo voy a quedarme un momento –les dijo con una sonrisa–. De hecho, Matthew, si tienes un momento, me gustaría hablar de algo contigo.

–Claro –respondió él, antes de conducirla al salón.

Su madre era un perro viejo y por tanto no se le escapaba nada. Sin duda algo andaba rondando por su mente.

–Susannah y tú… –comenzó a decir su madre cuando se hubieron sentado.

Matthew se irguió en el asiento, dispuesto a cortar de raíz lo que estuviera pensando.

–Solo somos amigos.

Su madre enarcó una ceja.

–Me imaginaba que dirías algo así. Pero… ¿por qué será que no te creo?

–Susannah era…

–Amiga de Grace. Sí, eso ya lo he oído –dijo agitando la mano–. Pero a mí me parece que hay algo más entre vosotros.

Matthew abrió la boca para negarlo, pero luego decidió cambiar de táctica y sonsacarle, así que se echó hacia atrás y apoyó el brazo en el respaldo del sofá de un modo casual.

–¿Por qué dices eso?

–Pues porque una madre sabe ciertas cosas –contestó ella.

Matthew se quedó mirándola con los ojos entornados.

–Digamos que cuando os miráis el uno al otro con las chispas que saltan serían capaces de incendiar Charleston entero –le dijo. Sin embargo, luego se puso seria y lo reprendió diciendo–: Pero no voy a mentirte y a decirte que estoy feliz de que la tengas aquí viviendo contigo. Podría alojarse en mi casa durante el tiempo que…

–Eso no va a pasar –la cortó Matthew antes de que pudiera terminar la frase. Susannah iba a quedarse allí con él–. ¿Crees que

alguien más se ha dado cuenta?

–Lo dudo. Lo que pasa es que, como te he dicho, cuando se trata de sus hijos una madre ve cosas que los demás no ven –dijo su madre en un tono conciliador.

Matthew no quería ni pensar que el resto de su familia se enterase, que lo picasen a cada oportunidad, y que de algún modo Flynn acabase dándose cuenta de que pasaba algo entre Susannah y él. Tenía que poner coto a aquello ya mismo.

–Se marchará pronto, así que preferiríamos que no se convirtiese en la comidilla de la ciudad.

–No la dejes marchar.

Matthew parpadeó sin dar crédito a lo que acababa de oír.

–¿Perdón?

–He notado un cambio en ti últimamente. Te veo más feliz. Es como si estuvieras despertando de un profundo sueño y volviendo a vivir plenamente.

Matthew gimió disgustado. Típico de su madre: inventarse una épica historia de amor entre Susannah y él.

–No te hagas ilusiones –dijo frotándose la frente con los dedos.

De pronto su madre se puso muy seria.

–Cariño, los dos sabemos lo doloroso que es perder a tu pareja, pero quiero que me prometas una cosa: si estás enamorado de ella, no lo escondas –le pidió con voz trémula, pero de inmediato se serenó y, alzando la barbilla, le repitió–: Prométeme que no lo esconderás.

Matthew sabía que había algo más en lo que estaba queriendo decirle su madre. Frunció el ceño, tratando de discernir ese algo en la expresión de su rostro. ¿Estaría pensando tal vez en su padre, que les había ocultado durante décadas que estaba enamorado de otra mujer?

–No estoy enamorado de ella, mamá, y eso no va a cambiar.

Una vez lo había estado, y había quedado hecho añicos cuando las cosas entre Grace y él empezaron a ir mal. Nunca volvería a entregarle su corazón a nadie. Fuera lo que fuera lo que había entre Susannah y él, y era solo algo temporal, no iba a implicarse emocionalmente.

–Si tú lo dices –respondió su madre.

Lo dijo en un tono de afectuosa resignación, como cuando le

había contado alguna mentira de adolescente y ella no le había creído.

–¿Era de esto de lo que querías que habláramos? –le preguntó.

Su madre sacudió la cabeza y sacó de su bolso un par de entradas.

–Tengo entendido que has estado intentando añadir a Arnold Larrimore de Industrias Larrimore a la cartera de clientes del Grupo Kincaid, ¿no es así?

–Sí, así es.

Tener a Larrimore como cliente contribuiría enormemente a tapar el agujero que se había generado a raíz de que la gente empezara a saltar del barco cuando los periódicos publicaron el escándalo sobre su padre.

–Pues sé de buena tinta que estará en la fiesta benéfica de los Barclay el domingo –dijo su madre agitando las entradas con aire triunfal–. Y he conseguido que nos inviten.

Los contactos que tenía su madre a través de las labores de voluntariado que realizaba habían sido muy útiles al Grupo Kincaid en más de una ocasión porque les permitía introducirse en círculos sociales de los que estaban excluidos por el clasismo imperante en Charleston.

–Eres la mejor, mamá.

–Solo hay un problema –dijo ella tendiéndole las entradas.

Matthew las tomó. Se temía que sabía a dónde iba todo aquello.

–¿Cuál?

–Pues que me temo que no voy a poder ir –respondió ella con fingida decepción–. Me he torcido el tobillo y no podría pasarme toda la noche con zapatos de tacón.

Matthew bajó la vista a su tobillo, al que no parecía que le pasara nada.

–Pues cuando caminas no se nota que te lo hayas torcido.

–Es una cosa rarísima –dijo su madre poniéndose melodramática–. El dolor va y viene. De hecho, ahora mismo está empezando a dolerme.

Matthew la miró con los ojos entornados.

–Creo que lo mejor será que me vaya a casa. Pamela sabrá qué es lo que hay que hacer. Pero tú deberías ir a esa fiesta benéfica –le insistió su madre, e hizo como si estuviera pensando–. ¡Ya sé,

puedes llevar a Susannah contigo! Yo me quedaré aquí cuidando de Flynn.

–Madre, ¿estás intentando emparejarme? –le preguntó Matthew irritado.

Ella se puso de pie con el bolso en la mano.

–No tengo ni idea de qué hablas. Bueno, tengo que marcharme –se inclinó para besarlo en la mejilla, y dio tres pasos antes de recordarse que tenía que cojear.

Matthew sacudió la cabeza y la acompañó a la puerta.

Esa noche, cuando Susannah abrió la puerta de su dormitorio al oír un leve golpeteo, se encontró a Matthew en el pasillo con una sonrisa muy sexy en los labios y un brazo tras la espalda.

Parecía que acababa de ducharse, y estaba guapísimo con el polo y los pantalones holgados que llevaba puestos. Su cuerpo se estremeció de excitación. ¿Cómo podría separarse de aquel hombre cuando llegase el día de su partida?

–Buenas noches –la saludó cerrando la puerta tras de sí.

Luego la atrajo hacia sí con un brazo, y tomó sus labios como un depredador que caza a su presa a la primera. Susannah se abandonó al beso, saboreando cada segundo, sintiendo que se derretía lentamente. Sus labios eran tan cálidos, y besaban tan bien..., pensó aferrándose al frontal de su polo cuando notó que las rodillas le flaqueaban. La realidad dejó de existir. Estaba en un lugar fuera del tiempo y el espacio en el que solo estaban ellos dos.

Tras lo que pareció una eternidad, Matthew se echó hacia atrás, con el pecho subiendo y bajando por respiración agitada, y las pupilas de sus ojos verdes dilatadas. Levantó el brazo que había mantenido escondido. Llevaba una botella de vino y un par de copas.

–¿Te apetece?

Ella, que todavía estaba aferrada a su polo, trató de recobrar la compostura y tomó aliento.

–Bueno, empecemos por eso.

Matthew les sirvió una copa a cada uno y se recostaron en la cama, incorporado cada uno sobre el codo. Susannah observó a Matthew, devorándolo con los ojos mientras tomaba un sorbo de

vino, y se esforzó por grabar su imagen en su mente para que su recuerdo la ayudase a sobrellevar las solitarias y largas noches que la esperaban cuando abandonase Charleston.

–Mi madre cree que hay algo entre nosotros –le dijo él de pronto con una media sonrisa. Al ver la preocupación escrita en el rostro de Susannah, se apresuró a añadir–: No se lo dirá a nadie. Y sigue creyendo que eres una vieja amiga de Grace.

Grace… A Susannah el estómago le dio un vuelco. Al final todo giraba en torno a Grace; siempre acababan de un modo u otro volviendo a Grace. Pero así era como tenía que ser, se dijo. Aquel no era su lugar.

–Me ha dado dos entradas para una fiesta benéfica el domingo –le dijo Matthew. Dejó su copa en la mesilla de noche, se llevó un pie de Susannah a su regazo y se puso a masajearlo–. Tengo que ir por trabajo; ¿querrías venir conmigo?

La magia que Matthew estaba conjurando en las suelas de sus pies la distrajo momentáneamente, lo cual era peligroso, porque si no se mantenía en guardia podía acabar aceptando su invitación.

–¿Dónde es? –preguntó para ganar tiempo y encontrar la manera de rehusar.

Matthew tomó su otro pie y se puso a masajearlo también.

–En la mansión de los Barclay, en una de las islas Outer Banks.

Susannah tomó otro sorbo de su copa. Siendo una adolescente sus abuelos paternos la habían llevado varias veces a fiestas de alto copete como esa, y siempre las había detestado. Sentía que estaba fuera de lugar, que era una impostora con un vestido bonito que fingía ser tan culta y sofisticada como el resto de los invitados. No quería volver a ese mundo. Encogió un hombro a modo de disculpa y sacudió la cabeza.

–Lo siento, pero no he traído nada que ponerme para esa clase de eventos.

–Eso no es problema –replicó él al instante–; te compraré algo.

Susannah contrajo el rostro y se incorporó.

–No puedes comprarme un vestido, Matthew.

Sería demasiado… surrealista; inapropiado. Estaban acostándose; si encima le compraba empezaría a sentirse como una mantenida.

–Necesito a alguien que venga conmigo –le insistió él–. A estas cosas siempre hay que ir con acompañante. Es un asunto de

negocios; por eso si vienes cargaré yo con los gastos que tengas que hacer.

Dicho así sonaba razonable, pero algo en su interior se resistía. No quería verse envuelta en ese mundo de poder y privilegios; le asustaba.

–Ya estoy viviendo en tu casa, comiendo...

–Susannah –lo cortó él–, viniste aquí para ayudar a Flynn. Y te has quedado porque te lo pedí como favor. Ahora solo estoy pidiéndote que me eches un cable acudiendo a un evento como mi invitada. Has sido tan generosa con Flynn... deja al menos que te compre un vestido que puedas ponerte.

–Esto no está bien.

–Pero vendrás, ¿verdad?

La devastadora sonrisa que se dibujó en el rostro de Matthew la desarmó por completo.

–Está bien; iré –respondió, y rogó por que no tuviera que arrepentirse.

Capítulo ocho

Al día siguiente Matthew dejó a Flynn con su madre y Pamela para poder trabajar, y a la hora del almuerzo se reunió con Susannah para llevarla a comprarse un vestido para la fiesta benéfica.

Quería que comprara el vestido perfecto, un vestido que le gustara de verdad, y había decidido acompañarla.

–¿Puedo ayudarles en algo? –les preguntó sonriente una dependienta cuando entraron.

Matthew le dio un empujoncito a Susannah para que diera un paso adelante.

–Queremos comprar un vestido de cóctel. Es para una fiesta de postín.

Vio a Susannah hacer una mueca incómoda.

–Por supuesto señor –dijo la dependienta–. Si la señora es tan amable de seguirme le escogeré algunos vestidos para que se los pruebe.

Cuando la mujer echó a andar, Susannah le siseó a Matthew:

–Esto es ridículo. Puedo comprarme yo sola un vestido.

–Ya lo hemos discutido. Hazlo por mí.

Susannah le lanzó una mirada de resignación antes de seguir a la dependienta.

Esta reapareció al cabo de unos minutos y condujo a Matthew hasta una silla tapizada con brazos frente a una cortina tras la cual estaba el probador en el que había entrado Susannah.

Un rato después Susannah salió vacilante de detrás de la cortina ataviada con un vestido entallado azul marino con vuelo a la altura de las rodillas.

Se quedó hechizado al verla; no podía apartar la vista de ella. El color hacía que sus ojos parecieran más azules, contrastaba con su piel de porcelana, y el modo en que el diseño entallado realzaba sus curvas le hizo desear que estuvieran en casa y pudiera explorarlas a placer.

Matthew tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

–Es espectacular.

Ella esbozó una sonrisa antes de volver tras la cortina. Mientras Susannah se cambiaba, Matthew aprovechó para tratar de recobrar el aliento. ¿Quién iba a decirle que comprar ropa femenina podría ser peligroso para la salud?

Poco después Susannah volvió a aparecer, esta vez enfundada en un vestido rojo de corte oriental con una abertura en el pecho con forma de lágrima que dejaba al descubierto la parte superior de sus senos. Matthew contuvo un gemido.

–Ese ni hablar –dijo con voz ronca.

No quería que otros hombres la viesen con ese vestido porque al mirarla estarían imaginándosela sin él, como estaba ocurriéndole a él en ese momento.

–Sí, creo que el rojo no me va bien –dijo ella, mirándose en un espejo.

–Cariño, si te fuera mejor tendrían que recogerme del suelo con una pala. A lo que me refería es a que me parece que sería demasiado sexy para una fiesta benéfica.

Susannah bajó la vista a la abertura y sonrió.

–Probablemente tengas razón.

Se fue de nuevo tras la cortina, y volvió con un vestido blanco con vuelo con una capa superpuesta de gasa rosa. El cuerpo era ceñido, y la falda caía formando un suave drapeado por debajo de las rodillas. Le sentaba tan bien que era como si la resumiera en esencia: femenino, moderno, libre... y también dulce, aunque a la vez endiabladamente sexy.

Giró delante del espejo para mirarse desde todos los ángulos y, mientras la observaba, a Matthew le pareció que el corazón, que le estaba latiendo como un loco, iba a estallarle en el pecho. Los ojos de Susannah se encontraron con los suyos en el espejo, y pudo ver que estaba sorprendida con el vestido, que le gustaba.

–Compraremos ese –dijo Matthew.

Susannah enarcó una ceja.

–¿Y yo no tengo ni voz ni voto?

–Por supuesto –respondió él–. ¿Te gusta?

–Pues sí, la verdad es que sí –contestó ella con una sonrisa demasiado inocente–. Gracias por preguntar.

Se giró para buscar la etiqueta con el precio, pero Matthew se apresuró a levantarse y agarró su mano antes de que pudiera alcanzarla.

–No la mires; deja que lo pague yo.

Sus miradas se encontraron y Matthew vio en los ojos de Susannah que estaba librando una batalla en su interior, hasta que finalmente claudicó con una leve inclinación de cabeza. Matthew sonrió, satisfecho, y poco después habían pagado el vestido y salían de la tienda con él.

–¿Necesitas alguna cosa más?

Sabía que los accesorios eran importantes.

–Un helado –contestó ella sin vacilar.

Matthew dio un respingo. Aquella mujer no dejaba de sorprenderlo. Intentó, sin éxito, de reprimir una sonrisa.

–Hay una heladería a unos pasos de aquí que vende los mejores helados de toda Carolina del Sur –le explicó ella–. Venga, yo te invito –le dijo, y su rostro se iluminó de entusiasmo.

Matthew no recordaba cuándo había sido la última vez que había ido a comprar un helado de cucurucho a una heladería.

–De acuerdo, venga ese helado –dijo tomando su mano y entrelazando sus dedos con los de ella.

Susannah sonrió de oreja a oreja y echaron a andar. Mientras caminaban de la mano calle abajo, Matthew tuvo una sensación rara al pensar que la gente que los veía pasar pensarían que eran pareja. Y lo más raro era que no le desagradaba esa sensación.

Sin embargo, tenía la impresión de que si iniciara una relación con Susannah ella lo querría todo: amor y matrimonio, y no volvería a ofrecerle ninguna de esas dos cosas a una mujer.

En ese momento acudió a su mente el comentario que Susannah le había hecho días atrás: «No puedes vivir sólo para el trabajo y para Flynn; tú también tienes necesidades».

Quizá cuando las cosas en el Grupo Kincaid se hubiesen estabilizado y Flynn estuviese completamente repuesto se plantearía una relación más o menos estable, pero sin complicaciones, sin ataduras.

Tal y como había dicho Susannah, la heladería estaba solo a unos pasos de allí.

–¿Qué les pongo? –les preguntó el chico que había tras el

mostrador.

–Me gusta el de pomelo. Ponme un par de bolas en una tarrina –le dijo al chico.

Cuando Susannah hubo pagado, Matthew le preguntó:

Cuando se hubieron sentado en una de las mesitas de la acera, Susannah tomó una cucharadita de su helado, y Matthew observó hipnotizado cómo desaparecía la cucharilla dentro de su boca para reaparecer vacía, y el movimiento de su garganta al tragar.

–No hay nada como el sol y la brisa, Matthew –dijo con una sonrisa soñadora.

–¿Sabes? –dijo él sin pensar–, esa es una buena manera de describirte.

La mano de Susannah, que estaba llevando de nuevo la cucharilla a sus labios, se detuvo a medio camino.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó frunciendo el ceño de un modo adorable.

–Pues a que entraste en mi vida como una brisa de aire fresco, y que cuando estoy contigo me siento como si brillara el sol en mi corazón.

Tan pronto como aquellas palabras hubieron cruzado sus labios se sintió estúpido y deseó no haberlas pronunciado.

–Gracias. No te dicen todos los días cosas tan bonitas –dijo antes de tomar otra cucharadita de helado.

Matthew se puso a tomarse el suyo también y durante un buen rato permanecieron en silencio.

–¿Me responderás si te pregunto algo un poco personal?

–Depende –contestó ella con una sonrisa–. Prueba a ver.

–¿De verdad no te resultó difícil renunciar a Flynn cuando nació? Yo no creo que fuera capaz de hacer algo así.

Susannah bajó la vista y removió con la cucharilla el helado en su tarrina.

–Me mentalicé desde el principio a que iba a hacerlo –dijo en un tono quedo, alzando de nuevo el rostro hacia él–. Siempre pensé en él como vuestro bebé: tuyo y de Grace.

Matthew se echó hacia atrás y la observó.

–¿Y nunca se te pasó por la cabeza cambiar de opinión?

–Bueno, si Grace y tú hubierais cambiado de idea... –hizo una pausa, como si quisiera escoger con cuidado las palabras–, si me

hubierais dicho que podía quedármelo, me habría puesto loca de contenta, pero desde un principio pensé en él como vuestro bebé, así que nunca me imaginé formando parte de su vida.

–Eres increíble –le dijo él con sentimiento. Era la mujer más generosa que había conocido.

Susannah bajó la vista a su tarrina de helado y se quedó callada un buen rato. Cuando volvió a alzar la vista hacia él, había lágrimas en sus ojos.

–A los dieciséis años perdí un bebé.

Matthew sintió como si el dolor que leía en su mirada lo golpease en el pecho. Alargó el brazo y tomó su mano.

–Lo siento.

Ella le apretó la mano.

–Fue un embarazo accidental, pero tan pronto como supe que estaba embarazada quise con toda mi alma a ese bebé.

Susannah dejó la tarrina a un lado. No había hablado de aquello nunca con nadie. No le gustaba hablar de ello porque se sentía triste, pero con Matthew le resultaba tan fácil hablar... Además, necesitaba contárselo; necesitaba que la comprendiera.

–Me quedé embarazada porque estaba enfadada con la actitud de mis abuelos paternos.

Matthew ladeó la cabeza.

–¿Por el tira y afloja que se traían con tu madre?

–Sí, pero era más que eso. Yo era una niña obediente, pero para ellos eso no era suficiente. Constantemente me sermoneaban con que tenía que comportarme como una perfecta señorita. Me asfixiaban con sus reglas de buena conducta y sus normas. En un acto de rebeldía me reuní una noche en los jardines con un chico al que había conocido en una de sus fiestas y... bueno, me quedé embarazada.

Él la miró con comprensión y sacudió la cabeza.

–Eras una chiquilla y cometiste un error; eso es todo.

–Cuando se lo dijimos a nuestras familias los padres de él no pudieron comportarse de un modo más manipulador. Me exigieron que firmara un contrato para dar al niño en adopción en cuanto naciera, para que aquel molesto imprevisto no interfiriera con el

glorioso futuro que tenían planeado para su hijo.

Recordaba muy bien lo abrumada que se había sentido ante el acoso y derribo que había sufrido por parte de aquella gente rica. Matthew y su familia parecían buenas personas, pero su experiencia con la gente con dinero la había dejado tan escaldada, que la verdad era que al principio había sido reacia a hacer de vientre de alquiler para Grace y Matthew.

Finalmente había sido la desesperada situación financiera de su madre y el darse cuenta de lo mucho que Grace ansiaba un hijo lo que la había hecho decidirse a hacerlo. Pero antes de firmarlo había llevado a un abogado el contrato que Grace le había dado, para asegurarse de que estaría protegida en caso de que las cosas no salieran bien. La gente rica con frecuencia se creía con derecho a pisotear a los que estaban por debajo de ellos, como había hecho la familia de su padre con su madre.

Al mirar a Matthew vio en sus ojos indignación por cómo la habían tratado. Era un buen hombre, pero en todo lo que hacía se evidenciaba la mentalidad de rico, como lo acostumbrado que estaba a conseguir lo que quería, ya fuese con dinero, o a través de influencias.

–Lo que te hizo esa gente es imperdonable –dijo.

A Susannah volvieron a llenársele los ojos de lágrimas, tanto por el dolor de aquellos recuerdos, como por el apoyo que le estaba mostrando Matthew en ese momento.

–Mi madre también lo sintió así. No le hacía feliz que me hubiese quedado embarazada tan joven, pero estaba entusiasmada con la idea de tener un nieto. Me negué a firmar ese contrato; estaba decidida a tener a ese bebé.

–¿Y qué pasó? –inquirió él.

–Nació prematuro. Los médicos me dijeron que pasa a veces cuando la madre es tan joven. Hicieron todo lo posible por que saliera adelante, pero solo llegó a vivir tres semanas. Ni siquiera pudimos llevarlo a casa.

–Cuánto lo siento, Susannah –Matthew se levantó y la levantó a ella también de su silla para estrecharla entre sus brazos–. ¿Cómo se llamaba?

–William –murmuró ella contra su pecho–. Como mi padre.

Matthew le acarició el cabello.

Aunque habría querido permanecer en sus brazos y solazarse en el apoyo que le estaba ofreciendo, se apartó de él y lo tomó de la mano para que tomara asiento en la silla junto a la suya. Necesitaba que escuchara lo que tenía que decirle.

–Matthew, te he contado esto para que me entiendas: me quedé destrozada cuando perdí a William. Y a veces me preguntó cómo sería mi vida si aún viviera. Pero Flynn siempre estuvo destinado a ser vuestro. No negaré que me dolía el corazón al separarme de él, pero no fue tan horrible como perder a William.

Matthew asintió y le puso la mano en la mejilla.

–Porque te habías permitido quererle.

–Sí –musitó ella–. Cuando estaba embarazada de Flynn, en cambio, me recordaba todo el tiempo que era para vosotros.

Matthew sintió que se le hacía un nudo de emoción en la garganta.

–Sé que en el hospital te dijimos lo agradecidos que estábamos, pero hasta ahora no había tenido la oportunidad de mirarte a los ojos y decírtelo personalmente, con el corazón –la tomó de ambas manos y se las apretó–. Gracias, Susannah. Tuviste un gesto muy hermoso y generoso con nosotros.

La sinceridad de sus ojos verdes la conmovió.

–Si algo aprendí cuando perdí a William es que no se le puede poner precio al don de la vida. No hay nada que tenga más valor, y me sentí muy feliz de poder daros ese regalo a Grace y a ti.

–Estoy seguro de que sí –Matthew se inclinó hacia delante y la besó en la frente–. ¿Y qué me dices del futuro? ¿Te gustaría formar una familia?

–Me encantaría. Y tener dos o tres hijos.

De pronto se imaginó a una niñita parecida a Flynn, con las mejillas sonrosadas y ese gracioso hoyuelo en la barbilla que se reía y extendía sus bracitos. La imagen era tan clara que sintió una punzada en el pecho de lo mucho que deseaba abrazarla.

La voz de Matthew la arrancó de sus ensoñaciones.

–Serás una madre estupenda.

Espantada por el rumbo que habían tomado sus pensamientos, apartó la vista. ¿En qué estaba pensando? Dentro de unos días volvería a Georgia, y si se dejaba llevar por sus fantasías acabaría con el corazón roto.

Capítulo nueve

Al entrar en la mansión de los Barclay del brazo de Matthew, que iba de esmoquin, Susannah sintió como si volviera diez años atrás en el tiempo. Todo era lujo y ostentación, desde los vestidos de las invitadas hasta el suelo de reluciente mármol y las lámparas de araña.

Había asistido a muchas fiestas como aquella en su adolescencia durante las temporadas que había pasado con sus abuelos. Cada una de aquellas fiestas siempre había ido precedida de una retahíla de instrucciones precisas: «No te rasques la nariz». «No te toques el pelo o te estropearás el peinado». «Sonríe», pero solo del modo distante y sofisticado que le habían enseñado y le habían hecho practicar. «Muestra interés por lo que te diga la gente, pero nunca te rías de un modo ruidoso».

El volver a casa con su madre siempre había sido un alivio. A veces se había preguntado si sus abuelos la querían o solo veían en ella a una especie de muñeca a la que, adecuadamente vestida, peinada y amaestrada, exhibir en esas fiestas.

Se estremeció ante la posibilidad de encontrárselos allí esa noche, pero se dijo que probablemente estarían en su casa de vacaciones en Florida, donde solían pasar los meses de enero y febrero. Y tampoco tenía que preocuparse por sus amigos. No la habían vuelto a ver desde su adolescencia, así que dudaba que ninguno la pudiese reconocer.

–¿Estás bien? –le preguntó Matthew al oído–. Pareces algo tensa.

Susannah le sonrió.

–Estoy bien.

Esa noche era importante para él, y podría ayudarle poniendo en práctica las habilidades que sus abuelos le habían enseñado y que había afinado a lo largo de los años con su trabajo como relaciones públicas.

–¿Cuál es tu plan? –le preguntó.

Matthew, que parecía que tenía tan pocas ganas de estar allí

como ella, miró a su alrededor.

–Encontrar a mi objetivo, convencerle para que se convierta en nuestro cliente y salir pitando.

Susannah se rio.

–¿Y qué tal un enfoque más sutil?

–¿Cómo qué? –inquirió él tomando dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba.

–Damos una vuelta por el salón, charlamos con algunos de los invitados, lo que tal vez incluso podría abrirte camino para otros posibles clientes, y cuando surja la ocasión de abordar con naturalidad al cliente que quieres captar, charla con él de un modo amistoso antes de lanzarte a matar.

–Así que... básicamente crees que debería ser un poco menos agresivo, ¿no es así?

–Seguro que con la mayoría de los que se dedican a los negocios tu enfoque resulta perfecto, pero esta gente responde mejor a la sutileza y la corrección en el trato.

–Buena observación –respondió Matthew–. Está bien; vamos –dijo rodeándole la cintura con el brazo.

Una mujer mayor con un pesado collar de diamantes y zafiros y que acababa de terminar de saludar a la pareja que había entrado delante de ellos se les acercó.

–Buenas noches. Soy Lydia Barclay, su anfitriona.

–Es un placer conocerla, señora –la saludó Matthew–. Yo soy Matthew Kincaid, y esta es mi acompañante: Susannah Parrish.

–¿Kincaid? –la mujer entornó los ojos y lo miró de arriba abajo–. Debe ser hijo de Elizabeth. Las dos colaboramos como miembros del comité de la fundación Arts Trust, que ayuda a los artistas sin recursos.

–Lo sé; mi madre solo dice cosas buenas de usted –la lisonjeó Matthew con su devastadora sonrisa.

La señora Barclay pestañeó halagada.

–Dejen que les presente a dos buenos amigos: el señor y la señora Raleigh.

Veinte minutos después seguían circulando por el salón y charlando con unos invitados y otros. Mientras estrechaba la mano

de un anciano caballero, Matthew no pudo sino admirarse de la facilidad con que se desenvolvía Susannah en ese ambiente. Parecía que tenía un talento natural para ello: conversaba con todo el mundo mostrándose encantadora, atenta... Parecía él quien iba de acompañante y no al revés. El banco para el que trabajaba como relaciones públicas debía estar muy satisfecho con ella. Quizá debería hablarle a su hermana Laurel de ella, por si en algún momento necesitaba contratar a alguien para el equipo de relaciones públicas del Grupo Kincaid.

Además, si aceptara un empleo en Charleston no tendría que abandonar su cama, pensó sonriendo para sus adentros, enormemente complacido con aquella idea.

Cuando la pareja con la que habían estado conversando se alejó, se inclinó para susurrarle al oído, rozándole el lóbulo con los labios:

–Gracias por venir conmigo.

Ella se estremeció y alzó el rostro para mirarlo con esos cautivadores ojos azules.

–No hay de qué.

–Aunque no estoy seguro de si debería darte las gracias o no por llevar ese vestido –añadió él–. Me está volviendo loco.

Tenía planes para más tarde con respecto a ese vestido: se lo quitaría y se pasaría horas acariciando y besando cada centímetro de su piel.

–Fuiste tú quien lo escogió –le recordó ella melosa.

Fue entonces cuando Matthew vio a Larrimore. Estaba hablando con otro hombre, y aunque parecía que no lo había visto, avanzaba en su dirección. Moviéndose sutilmente hacia la derecha, se colocó en su camino, dispuesto a hacer las cosas a la manera de Susannah, puesto que hasta entonces con sus métodos no había conseguido nada con él.

Justo cuando pasaban junto a ellos Matthew alzó la vista, como de un modo casual, y buscó la mirada de su presa. El otro hombre continuó caminando, pero Larrimore se detuvo y lo saludó con un asentimiento de cabeza.

–Señor Larrimore, me alegra volver a verlo –dijo Matthew tendiéndole la mano–. Permita que le presente a mi acompañante, Susannah Parrish.

Cuando pronunció esas palabras Susannah se puso rígida y se

echó hacia atrás, como si su instinto estuviese diciéndole que huyera. Larrimore ignoró la mano tendida de Matthew y se quedó mirando a Susannah como si fuera una aparición antes de contraer el rostro con un gesto iracundo.

Matthew dejó caer su mano, y miró a uno y a otro intentando comprender qué estaba pasando.

–¿Parrish? –repitió Larrimore entre dientes.

Susannah alzó la barbilla desafiante.

–Hola, abuelo.

Matthew no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Arnold Larrimore era el abuelo de Susannah?

Larrimore lo agarró por el brazo y lo llevó aparte.

–Cambio de planes, Kincaid –le dijo.

–Lo escucho –contestó él receloso. Por encima del hombro de Larrimore miró a Susannah, que los había seguido pero se había quedado a un par de pasos con el rostro blanco como una sábana.

–Esa chica le rompió el corazón a su abuela –masculló Larrimore irritado. Sus ojos, fijos en él, le recordaban a Matthew a los de un boxeador en el ring–. Consiga que se reconcilie con mi esposa y habrá trato entre el Grupo Kincaid e Industrias Larrimore.

Susannah, que estaba lo bastante cerca como para oír lo que su abuelo había dicho, estaba mirándolo espantada con los ojos muy abiertos y el rostro desencajado. Matthew recordó entonces lo que le había contado acerca del modo en que sus abuelos habían tratado a su madre, de cómo habían intentado convencerla con artimañas para que se quedase a vivir con ellos, y lo crueles que habían sido, negándose a ayudar a su madre cuando había necesitado dinero.

Susannah se llevó una mano temblorosa a la garganta, y en su rostro pudo leer con total claridad sus temores: estaba preguntándose si iba a venderse al enemigo solo para conseguir cerrar un trato.

Miró a Larrimore, apretó la mandíbula, y le dijo:

–No hay trato, Larrimore. Si su esposa, o usted, quieren arreglar las cosas con Susannah, tendrán que hacerlo ustedes mismos. Y le daré un consejo: probablemente se mostrará más receptiva si hablan con ella en vez de intentar manipularla a través de otra persona.

Y sin esperar a que le respondiera, se volvió, tomó a Susannah de la mano, y se dirigió a la salida.

Susannah estaba atónita. No había esperado que Matthew fuera a ofrecerla en bandeja a su abuelo, pero sabía lo mucho que necesitaba conseguir nuevos clientes para el Grupo Kincaid… y allí estaban, saliendo de la mansión Barclay para luego subirse a una limusina que los llevaría al aeropuerto, donde estaba esperándolos un jet privado del Grupo Kincaid. Tras acomodarse en el interior del vehículo, cuando se alejaban de la mansión, le puso una mano a Matthew en la tensa mandíbula.

–Gracias.

–No tienes que darme las gracias –replicó él atrayéndola hacia sí y pasándole un brazo por los hombros–. Le he dicho poco para lo que debería haberle dicho.

–Has estado maravilloso.

Sencillamente maravilloso. Se había enfrentado a su abuelo por ella; no recordaba que nadie la hubiese defendido así antes, pensó halagada.

–No exagerabas en lo que me contaste de tu abuelo –dijo Matthew–. Hablar de ti como si no estuvieras allí… Que intentara comerciar contigo como si fueses mercancía… –sacudió la cabeza.

Sabía que debería sentirse tan agraviada como Matthew por el comportamiento de su abuelo, pero tampoco había esperado otra cosa de él.

Pero el modo en que Matthew había reaccionado había sido increíble. Si a él no le había importado perder a un cliente cuando lo necesitaba, ¿sería capaz de ir a visitar a sus abuelos un par de veces para ayudarle? Su cuerpo se tensó, como para mostrar su rechazo a aquella idea, pero sabía que debía hacerlo; por Matthew.

–Quiero que lo llames y que le digas que aceptas el trato.

Los ojos de Matthew echaban chispas.

–Ni hablar; no pienso hacer eso.

–Pero lo necesitas como cliente… –apuntó ella.

–Susannah, después de que os ignorara a tu madre y a ti cuando necesitabais su ayuda, no quiero ni un centavo del dinero de ese hombre. Ni quiero volver a hablar con él. Tenemos la noche para nosotros: Flynn está con mi madre y tenemos a nuestra disposición el jet de la compañía.

Cuando se detuvieron, Matthew se bajó del coche y le ofreció la mano para ayudarla a bajar.

–¿Dónde vamos? –le preguntó Susannah al salir.

La brisa de la noche le alborotaba el cabello.

–Es una sorpresa.

Susannah sonrió. A su lado cualquier plan le parecería bien.

–De acuerdo; sorpréndeme.

Cuando el jet aterrizó Susannah había perdido la noción del tiempo. Había estado demasiado absorta escuchando las historias que Matthew le había estado contando sobre su infancia.

Miró por la ventanilla. Con la oscuridad de la noche era difícil ver nada, pero era evidente que estaban fuera de los límites de la ciudad.

–¿Dónde estamos?

–En la villa Willis Hall; no muy lejos de Hartsville. Es la propiedad que mi padre me legó en su testamento.

Susannah lo miró sorprendida.

–¿Una villa con pista de aterrizaje?

–Es una pista de aterrizaje pequeña; un jet no necesita tanto espacio para aterrizar o despegar como un avión comercial –respondió él, desabrochándose el cinturón de seguridad para luego tomar su chaqueta.

El piloto salió de la cabina.

–Ya pueden desembarcar, señor Kincaid. Iré abriendo la puerta.

–Gracias, Lachlan.

Matthew bajó primero la pequeña escalerilla del jet, y luego se volvió y le tendió su mano para ayudarla a bajar, lo cual agradeció porque con tacones no era tarea fácil.

Se quedaron un momento mirando la elegante mansión de dos pisos, cuyas altas ventanas brillaban con el resplandor de la luna llena.

–¿Habías estado aquí alguna vez?

–Era la villa donde veraneaba mi abuelo. Mi madre solía traernos a mis hermanos y a mí aquí cuando teníamos vacaciones para pasar algún tiempo con sus parientes. Mi padre normalmente estaba... trabajando.

Por el desdén con que había pronunciado esa última palabra era evidente que en esas ocasiones su padre había estado con su otra familia.

El chal rosa que llevaba Susannah no la protegía del frío aire de la noche, y cuando Matthew la vio estremecerse se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros.

–Debe hacer por lo menos quince años de la última vez que vine aquí –observó Matthew–. He pensado que, como la velada ha terminado antes lo previsto y Flynn está con mi madre, este sería un buen momento para venir y ver en qué estado está la propiedad. Vamos; el piloto pasará la noche en la cabaña de invitados. Ya le he dado la llave.

Si hacía quince años que no había estado allí, pensó Susannah, eso significaba que nunca había llevado allí a Grace. Aunque sabía que era egoísta por su parte, se sintió feliz de que aquello fuera algo que Matthew iba a compartir solo con ella.

–¿Cómo es que no viniste aquí al saber que habías heredado la propiedad? –inquirió mientras subían hacia la casa.

Matthew se encogió de hombros.

–La lectura del testamento fue hace menos de dos meses, y Flynn ya estaba enfermo. Le pedí a mi secretaria que llamara a los guardeses y que les dijera que no tenía intención de prescindir de sus servicios y que les diera instrucciones para que continuasen con su trabajo como hasta ahora.

Había algo de surrealista en ir a un sitio tan aislado a esas horas de la noche, y a pesar de lo que Matthew le había dicho, Susannah se preguntó por qué la había llevado allí realmente.

–¿Has pensado qué vas a hacer con la propiedad? –le preguntó Susannah, admirando maravillada el magnífico porche de la casa en la distancia, con sus columnas de estilo griego.

–La verdad es que no. Estaba muy unido a mis abuelos maternos, y cuando mi madre nos traía aquí de vacaciones para mí esto era el paraíso. Nos pasábamos todo el día correteando y jugando. Tal vez la utilice como casa de veraneo; creo que a Flynn le gustaría tanto como me gustó a mí –se quedó callado un momento mientras subían las escaleras de la entrada–. O a lo mejor la vendo.

La primera estancia que había tras pasar el vestíbulo era un

amplio salón con retratos de la familia en las paredes, y trofeos y otros recuerdos sobre la repisa de la chimenea.

–¿Y no crees que es importante que la casa siga pasando de una generación a otra de tu familia? –le preguntó Susannah, mirando a su alrededor.

Matthew se encogió de hombros.

–Desde que descubrí que mi padre tenía una idea de la familia muy distinta de la mía no me siento en la obligación de perpetuar las tradiciones familiares.

Era evidente que el dolor por la traición de su padre era aún demasiado reciente, y le gustaría poder aliviar ese dolor de alguna manera, aun cuando sabía que aquello era algo que tendría que superar por sí mismo.

Mientras Matthew le enseñaba la casa había una pregunta que no abandonaba su mente, y en un momento dado, incapaz ya de seguir conteniéndola, puso una mano en el brazo de Matthew para que se parara y le preguntó:

–Matthew: ¿por qué me has traído aquí esta noche?

Él se quedó callado un momento y la tomó de la mano.

–No lo sé muy bien, la verdad. Supongo que quería volver a ver la casa... y compartir este momento contigo.

Susannah reprimió una sonrisa de felicidad. No se había equivocado: Matthew había querido compartir esa parte de sí y de su historia con ella. Sin embargo, en sus ojos se reflejaba su conflicto interior. Por un lado estaba muy ligado a aquel lugar y quería que Flynn también lo disfrutara, pero por otro se resistía a quedarse con la propiedad porque había sido su padre quien se la había dejado en herencia y todavía estaba enfadado con él.

Matthew se llevó la mano a los labios y depositó un beso en la palma. La suave presión de su boca hizo que una ola de calor invadiera a Susannah, y al mirarlo a los ojos supo que a Matthew no le había pasado inadvertido el efecto que ese beso había tenido en ella.

–Hay una sala de estar aquí al lado con una chimenea –dijo–. Espero que los guardeses la mantengan lista para ser utilizada.

Cuando entraron la encontraron perfectamente dispuesta. En el hueco debajo de la chimenea había un montón de leña apilada. Matthew se acuclilló y después de encontrar una caja de cerillas se

puso a preparar un fuego con los leños y papel de periódico.

Acuclillado como estaba, se le marcaban los músculos de los muslos a través de la tela estirada del pantalón. Cuando el fuego prendió, el resplandor de las llamas le acentuó los pómulos y recortó su perfil, dándole un aire misterioso.

Susannah fue junto a él y acercó las manos a la chimenea.

–Como la casa solo solía usarse en verano no hay calefacción; solo las chimeneas –le dijo Matthew extendiendo sus manos también hacia el fuego.

–No pasa nada. Aunque espero que entiendas que ahora mismo no tengo muchas ganas de ver el resto de la casa –respondió Susannah volviéndose para calentarse la espalda–; no pienso alejarme de esta chimenea.

La mirada que le dirigió Matthew le abrasó la piel.

–Pues yo no tengo nada que objetar.

Se alejó unos pasos y tomó una manta del respaldo de un diván.

–Imagino que sabrás cuál es la mejor manera de entrar en calor –murmuró girándose hacia Susannah.

–¿La calefacción central?

Él sonrió divertido.

–Cuando no hay calefacción central.

–Me temo que tendrás que explicarte –murmuró ella, mientras Matthew dejaba caer la manta sobre la alfombra para acercarse a ella.

–El calor corporal –Matthew le tomó la mano y besó la yema de cada dedo antes de besar la palma–. Se necesitan dos personas. Se quitan la ropa y se quedan piel contra piel envueltos en una manta.

–¿Está flirteando conmigo, señor Kincaid? –le preguntó ella sin aliento.

–Por supuesto que no, señorita –Matthew trazó con sus labios un sendero ardiente por la cara interna de su muñeca–. Únicamente me preocupan su salud y su comodidad.

Sussanah tomó su rostro entre ambas manos y lo besó con pasión, urgiéndolo con los labios y con la lengua a que tomase lo que quisiera de ella. Matthew pareció captar el mensaje de inmediato, porque la mano que había asido su cintura subió hasta uno de sus senos y lo masajeó suavemente antes de estimular el pezón con el pulgar.

Susannah dejó caer al suelo la chaqueta que Matthew le había echado sobre los hombros, y él alargó las manos por detrás de ella para bajarle la cremallera.

–Estás preciosa con este vestido –murmuró tras besar el hombro que acababa de dejar al descubierto–, pero estoy impaciente por verte fuera de él.

Cuando el vestido cayó y los ojos de Matthew recorrieron su cuerpo, Susannah se estremeció.

Ella tampoco iba a permanecer ociosa. Le sacó los faldones de la camisa de la cinturilla del pantalón y desabrochó botón tras botón para finalmente empujarla por sus anchos hombros y hacerla caer también al suelo. El fulgor de las llamas que danzaban en la chimenea acentuaba sus músculos y hacía que su piel brillara como el oro.

Susannah deslizó las yemas de los dedos por su cuello, descendiendo hacia el esternón.

–No te muevas –le dijo–. Dame solo unos minutos.

Cuando hacían el amor Matthew estaba siempre tan volcado en darle placer, y ella tan absorta en sus besos y caricias, que nunca le quedaba tiempo para hacerlo sufrir como él la hacía sufrir a ella.

–Lo que tú quieras –murmuró él.

Susannah le desabrochó los pantalones, le bajó la cremallera muy, muy despacio, observando su rostro. Matthew cerró los ojos y los músculos del abdomen se le tensaron.

Susannah enganchó los pulgares en la cinturilla de sus pantalones y de los boxers que llevaba debajo, y tiró de ellos hacia abajo sin prisas, hincando una rodilla en el suelo hasta que quedaron alrededor de los tobillos de Matthew. Él levantó un pie y luego el otro para que pudiera quitarle los zapatos y los calcetines antes de deshacerse finalmente de los pantalones y los boxers, pero aparte de eso fue obediente y siguió sin moverse.

Las manos de Susannah subieron por sus piernas igual de despacio que habían bajado, deslizándose por los fuertes músculos. Cuando llegó a la parte superior de sus muslos cerró una mano en torno a su miembro y lo besó.

Matthew gimió y se tambaleó ligeramente.

–Maldita sea, Susannah –mascculló con los dientes apretados–. Me estás matando.

Ella alzó el rostro para sonreírle y buscó en la billetera que llevaba en el bolsillo del pantalón hasta que encontró un preservativo.

Rasgó el envoltorio, se lo colocó y lo desenrolló lentamente antes de besar de nuevo la punta de su miembro. Después continuó subiendo, besándolo en el abdomen y moldeando la curva de sus nalgas mientras se incorporaba.

–Soy toda tuya –le dijo cuando estuvo de pie, inclinándose hacia él.

Matthew puso las manos en las mejillas y la besó de un modo casi salvaje. El corazón de Susannah latía deprisa y con fuerza mientras que su cuerpo parecía estar bajo los efectos de una pócima que anulara su voluntad. Estaba completamente a su merced.

Cuando Matthew despegó sus labios de los de ella su respiración se había tornado trabajosa y tuvo que apoyar su frente en la de ella para recobrar el aliento.

–Gracias a Dios que has terminado, porque estaba a punto de perder el control.

La rodeó entre sus brazos y la besó de nuevo. La pasión de ambos iba en aumento. Susannah, que necesitaba sentir las manos de Matthew en su piel, se bajó los tirantes del sujetador. Él, que notó su impaciencia, la ayudó a quitárselo y le bajó las braguitas.

Se tumbaron en la alfombra, él sobre ella, y mientras los tapaba a ambos con la manta cada movimiento hacía que sus cuerpos se frotaran, llevándolos al borde de la locura. Susannah le rodeó la cintura con las piernas y se arqueó hacia él. La manta se resbaló por la espalda de él, cayendo a un lado, pero la verdad era que no la necesitaban, porque el calor que generaba la fricción de sus cuerpos podría rivalizar con el de un incendio.

De una sola embestida Matthew la penetró, llenándola por completo, y un profundo gemido escapó de su garganta. Susannah se aferró a sus hombros cuando empezó a mover las caderas, y respondió a cada uno de sus envites, abandonándose al placer que estaba experimentando.

Se sentía como si estuviera levitando, como si estuviera volando, ascendiendo hacia lo más alto. Y entonces, cuando Matthew introdujo una mano entre ellos y la tocó, una explosión, como de fuegos artificiales, se produjo en su interior mientras gritaba el

nombre de él.

Poco después Matthew la seguía hacia el éxtasis, jadeando su nombre también, y las sacudidas de sus caderas se fueron ralentizando hasta que se desmoronó sobre ella, exhausto. Rodó sobre el costado, llevándola con él. Susannah apoyó la cabeza en su pecho, que subía y bajaba, y se abrazó a él como un náufrago a una tabla mientras volvía a la realidad.

Matthew los tapó a ambos con la manta. El momento era tan perfecto... Y entonces, de repente, Matthew se estiró, y deslizando los dedos por su brazo, murmuró contra su pelo:

–Quédate.

Capítulo diez

Susannah se quedó inmóvil, segura de que había oído mal, de que había entendido mal.

–¿Cómo?

–Quédate conmigo –murmuró Matthew, atrayéndola hacia sí–. Conmigo y con Flynn.

Susannah se notaba aturdida de repente. Si Matthew quería que permaneciera a su lado, ¿sería capaz de alejarse de él, del hombre que hacía que su corazón diese brincos de alegría, que desataba en ella una pasión abrasadora? ¿Sería capaz de alejarse del pequeño al que quería más que a su vida, a su propio hijo?

–Dijiste que esto sería solo algo temporal –respondió vacilante–. Que no debíamos hacernos falsas ilusiones y que ninguno de los dos acabaría con el corazón roto.

–Pero es que esto funciona. Encajas perfectamente en nuestras vidas –replicó él–. Además –añadió en un tono más íntimo–, me gusta tenerte a mi lado.

El corazón de Susannah palpitó con fuerza. ¿Matthew pensaba que encajaba en sus vidas? Bueno, ¿cómo no iba a encajar? Estaba ocupando el lugar de Grace.

–Matthew, a la larga no creo que esto funcionase igual de bien.

–¿Por qué no? No podrías ser mejor para Flynn: le quieres, lo veo en tus ojos –dijo él levantándole la barbilla con los nudillos–. Eres su madre. Y las cosas entre nosotros tampoco podrían ir mejor.

Susannah se incorporó lentamente, tirando de la manta para protegerse del frío.

–No puedo quedarme con un hombre que aún está enamorado de otra mujer –dijo, a pesar de que pronunciar aquellas palabras hizo que le doliera el corazón.

Matthew frunció el ceño y de pronto abrió muchos los ojos, como si acabara de comprender lo que quería decir.

–¿Crees que sigo enamorado de Grace? –le preguntó incorporándose.

Susannah se mordió el labio.

–Salta a la vista.

–¿En qué sentido? –inquirió él con incredulidad.

–Tu casa es prácticamente un santuario dedicado a ella: las fotos en las paredes, su habitación, que permanece igual desde que murió... Y luego está el modo en que se ensombrece tu rostro cuando alguien la menciona.

Matthew apretó la mandíbula y giró la cabeza hacia el fuego.

–No es por amor; es porque me siento culpable.

–¿Culpable? ¿Por qué tendrías que sentirte culpable? ¿Y de qué?

Matthew se pasó las dos manos por el cabello y miró al techo antes de volverse hacia ella.

–Cuando Grace murió estábamos pensando divorciarnos.

Susannah aspiró bruscamente por la boca. ¿Grace y Matthew habían estado hablando de divorciarse? Si lo hubiera oído por boca de otra persona no lo habría creído.

–Pero si parecíais la pareja perfecta...

–Nos enamoramos en la universidad. Entonces pensábamos que lo nuestro duraría siempre –se frotó la cara con una mano. De repente parecía cansado–, pero en la vida las cosas no salen siempre como uno espera.

Susannah tomó su mano.

–¿Qué pasó?

–Nada que supusiera un cambio drástico en nuestra relación –Matthew bajó la vista a sus dedos entrelazados–. Nos casamos nada más acabar la universidad. Grace no buscó un empleo porque queríamos tener hijos y ella había decidido quedarse en casa para cuidarlos. Pero cuando vio que pasaban los meses y que no se quedaba embarazada, su deseo de tener un bebé se convirtió en desesperación. Quizá el no tener un empleo también hacía que tuviera demasiado tiempo para pensar en ello, o quizá yo no le di todo el apoyo que debía haberle dado, pero es que no pensaba en otra cosa.

–Sabía que ansiaba tener un hijo, pero no tenía ni idea de que la situación hubiera llegado a eso –murmuró Susannah.

–Yo intentaba ser comprensivo... al fin y al cabo yo también quería tener hijos, pero su obsesión acabó por afectar a nuestra relación. Ya no hablábamos de cómo nos había ido el día, ni de

nuestros sueños aparte del de formar una familia –continuó Matthew–. Para cuando llegó Flynn el daño ya estaba hecho. Lo único que nos unía era él. Durante el primer año fue suficiente, porque todo giraba en torno a él, pero en algún punto nos dimos cuenta de que nos habíamos convertido en dos extraños que compartían una casa y un hijo. Empezamos a hablar de divorciarnos, e incluso de compartir la custodia de Flynn, y yo... la presioné demasiado –concluyó con voz ronca.

Susannah se sentó más cerca de él, queriendo darle el mismo apoyo que él le había dado en las últimas semanas.

–Creí que necesitaba pasar algún tiempo fuera para asegurarse de que el divorcio era lo que quería de verdad. Yo salía de casa cada día para irme a trabajar, pero ella estaba todo el día en casa y solo hablaba con sus padres por teléfono y conmigo. Divorciarnos era una decisión demasiado importante, algo que cambiaría nuestras vidas, y quería que estuviera segura de que era lo que los dos queríamos.

–¿Y Grace no quería irse? –inquirió ella, con un mal presentimiento.

Matthew tragó saliva antes de continuar.

–Estaba preocupada porque no se había separado de Flynn ni una noche. Yo creía que aquello era una razón más para que se tomara un descanso, para que pensara en ella y en nuestro matrimonio. Además yo siempre la había ayudado con Flynn y podía ocuparme de él yo solo durante un fin de semana –le explicó–. Mi hermano tenía que utilizar el jet de la compañía, así que alquilé un avión privado para que fuera a pasar el fin de semana con sus padres –cerró los ojos.

–¿Qué le pasó al avión en el que volaba?

–Hubo un fallo en los motores y cayó al agua –contestó Matthew contrayendo el rostro–. Tardaron días en recuperar su cuerpo.

–Pobre Grace –murmuró Susannah horrorizada.

–Si yo no le hubiera insistido ella no habría subido a ese avión –dijo Matthew en un hilo de voz. Giró la cabeza hacia el fuego, y cuando volvió a mirarla Susannah vio una terrible angustia en sus ojos–. Fue idea mía. Yo alquilé el avión; yo la presioné para que se fuera. Es culpa mía que Flynn se quedara huérfano de madre, que sus padres perdieran a su única hija, que ella perdiera la vida...

El ver el dolor descarnado en su rostro hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas a Susannah, que le apretó la mano.

–Matthew, fue un accidente. Nadie tiene la culpa.

Él sacudió la cabeza.

–Lo único que podía hacer por ella tras su muerte era mantener en secreto que no era la madre biológica de Flynn, y honrar su recuerdo.

–Por eso la casa parece un santuario –murmuró Susannah.

Matthew encogió un hombro.

–En parte también lo hice por Flynn, para que pudiera recordarla.

–Entonces, no sigues enamorado de ella –dijo Susannah, comprendiendo por fin.

Él sacudió la cabeza lentamente.

–Cuando murió ya no sentía por ella lo mismo que sentía al principio, y estoy seguro de que ella tampoco.

Susannah se acurrucó junto a él y Matthew la rodeó con sus brazos. Durante un buen rato ninguno de los dos se movió, salvo para acariciar suavemente al otro, ni dijeron nada.

–Quédate conmigo –le susurró Matthew.

Susannah no sabía qué hacer. A pesar de lo que Matthew le había dicho, tenía dudas. La muerte de su esposa seguía haciéndolo sentir culpable, y era posible que solo la viera como una sustituta. Además, hasta ese momento no había hecho más que lo que Matthew había necesitado de ella: turnarse con sus familiares para no dejar solo a Flynn en el hospital, quedarse una semana más para que Flynn se adaptase cuando le dieron el alta, acompañarle a la fiesta en la mansión de los Barclay… Por eso había encajado, porque la necesitaba. Pero esa no era una buena base para una relación, por mucho que sintiera por él más de lo que nunca hubiera esperado llegar a sentir.

Además, detestaba las fiestas, el mundo en el que se movían sus abuelos y los Kincaid, un mundo en el que se daba prioridad al poder y al dinero. Se asfixiaría en ese mundo. Y sin embargo… sin embargo no podía alejarse de Matthew, ni de Flynn.

–Si lo que necesitas es ver un anillo en tu dedo, puedo ocuparme de eso –le dijo Matthew.

A Susannah le pareció que se tensaba al decir esas palabras,

como si se resistiera a la idea. No podía creer que las hubiera pronunciado.

–¿Me estás proponiendo matrimonio?

–Si con eso consigo que te quedes –dijo él–. De todos modos puede que sea también lo mejor para Flynn.

Algo en el interior de Susannah se marchitó. ¿De verdad pensaba Matthew que ella o cualquier otra mujer podía sentirse feliz de que le propusieran matrimonio si era lo que «necesitaba»?

–¿No te parece que el matrimonio debería basarse en el amor y el compromiso? –le preguntó.

–Susannah, tengo que ser sincero contigo: no estoy preparado para volver a amar. Y no creo que vuelva a estarlo nunca, pero eso no cambia el hecho de que quiero que te quedes.

Ella se miró en sus profundos ojos verdes y de pronto las piezas encajaron.

–Crees que no te mereces volver a amar, ¿no es verdad?

–¿Por qué no podemos hacer todo esto más simple? Te quedas con Flynn y conmigo y todos seremos felices.

***

–No puedo quedarme, Matthew.

Antes de que él pudiera contestar oyó sonar el móvil. Alargó el brazo para alcanzar su pantalón, que estaba en el suelo no muy lejos de él, y sacó el móvil del bolsillo. El timbre que había sonado era el que tenía asignado a los números de móvil de su familia. Si su madre o uno de sus hermanos estaba llamándolo a esas horas debía ser importante.

–Seguiremos esta conversación –le advirtió a Susannah antes de pulsar el botón para contestar–. ¿Sí? –dijo con los ojos aún fijos en ella.

–Matt, soy Laurel.

La voz tensa de su hermana lo hizo incorporarse con el corazón en la boca.

–¿Le ha pasado algo a Flynn? –inquirió preocupado.

–Flynn está bien –se apresuró a responder Laurel–. Yo estoy con él.

–¿Y mamá? Se supone que debería estar ahí con él.

–Se la ha llevado la policía para interrogarla.

¿–¿A interrogarla sobre qué?

–Sobre el asesinato de papá –respondió Laurel con voz temblorosa.

Su madre era la última persona sobre la faz de la Tierra capaz de matar a nadie, y menos a su marido.

–Salgo para ya ahora mismo.

Colgó y comenzó a vestirse a toda prisa.

–Tenemos que volver –le dijo a Susannah–; vístete.

Susannah se levantó y empezó a vestirse también. Matthew se acercó a por la manta antiincendios que había en una cesta cerca de la chimenea y apagó el fuego.

–Solo he hablado con tu madre un par de veces, pero esto es una locura –comentó Susannah mientras se subía la cremallera del vestido–. No la veo capaz de matar a nadie.

–Por supuesto que no –asintió Matthew–. Son unos incompetentes; ¡perder el tiempo con estupideces como esta cuando el asesino anda suelto por ahí!

Tomó el móvil para llamar al piloto y decirle que tenían que salir enseguida.

Cuando llegaron a casa de Matthew les abrió la puerta una hermosa joven de largo cabello rojizo y ojos verdes. Era la viva imagen de Elizabeth Kincaid.

–Susannah, esta es mi hermana Laurel –dijo Matthew–. Laurel, te presento a Susannah Parrish.

Laurel le tendió la mano.

–Preferiría que nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, pero me alegro de conocerte –le dijo en un tono amable y educado, aunque estaba tensa.

–Lo mismo digo –respondió Susannah.

Laurel cerró la puerta.

–¿Y Flynn?, ¿está dormido? –preguntó Matthew masajeándose la nuca con la mano.

–Sí. Mamá me llamó para contarme lo que había pasado y para que viniera a quedarme con él. El detective McDonough y su ayudante esperaron a que llegara para llevársela. Flynn por suerte

no se había despertado y sigue dormido.

–Gracias a Dios que no se ha enterado de nada –murmuró Matthew–. No sé por qué no podían esperar a mañana por la mañana para interrogarla.

–El detective McDonough dice que han salido a la luz nuevas pruebas hoy mismo y que están siguiendo una pista.

–¿Nuevas pruebas que apuntan a ella? –dijo Matthew frunciendo el ceño–. Todo esto es absurdo. Que piensen que mamá sería capaz de... –murmuró sacudiendo la cabeza–. ¿Has tenido noticias de ella desde que se la llevaron?

–Kara y los demás han ido a la comisaría. Me llamó hace un rato para decir que todavía están interrogándola.

Matthew se volvió hacia Susannah y la tomó de la mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

–¿Podrías quedarte aquí con Flynn mientras vamos a comisaría nosotros también?

–Por supuesto –asintió ella, que estaba a punto de ofrecerse–. Y si puedo hacer algo más para ayudar no tenéis más que decírmelo.

Matthew la atrajo hacia sí y le puso una mano en la mejilla, sin importarle que Laurel estuviera delante.

–Espero que el interrogatorio no se alargue demasiado, pero de todos modos confío en que estaremos de vuelta antes de que Flynn se despierte.

–No te preocupes por eso; ahora lo importante es que estéis junto a vuestra madre –le dijo Susannah–. Espero que esté bien.

Matthew se quedó mirándola a los ojos largo rato, y de pronto, sin previo aviso, inclinó la cabeza y la besó, poniéndole una mano en la espalda para atraerla hacia sí, y enredando los dedos en sus cabellos. Cuando despegó sus labios de los de ella volvió a mirarla a los ojos.

–Gracias por quedarte con él –dijo. Luego se volvió hacia Laurel y, señalando su esmoquin añadió–. Subo a cambiarme un momento y nos vamos.

Subió las escaleras de dos en dos, dejándolas a solas. Susannah miró a Laurel con timidez. Con aquel beso Matthew prácticamente había proclamado que se estaban acostando.

–Yo también quería darte las gracias –le dijo Laurel con una sonrisa.

–No es ninguna molestia quedarme con Flynn, de verdad.

–No me refería a eso –Laurel se acercó un poco más y bajando la voz añadió–: Matt es mi hermano pequeño y lo ha pasado muy mal estos últimos años. Cualquier persona que lo haga feliz cuenta con mi aprobación.

Susannah sintió que se le subían los colores a la cara.

Susannah se despertó sobresaltada. Después de darse una ducha rápida y cambiarse se había sentado en el salón a esperar a que Matthew volviera y se había quedado dormida. Al abrir los ojos se encontró con Flynn de pie delante de ella con su osito de peluche apretado contra sí. Estaba medio lloroso.

Preocupada, se incorporó como un resorte, pero se esforzó por que su voz sonara calmada.

–¿Qué ocurre, cariño?

–He tenido una pesadilla –dijo el pequeño con el labio inferior temblándole.

Susannah le tendió los brazos y lo sentó en su regazo antes de taparlos a ambos con una manta que había colgada en el respaldo del sofá.

–¿Y qué pasaba en esa pesadilla? –le preguntó.

–No me acuerdo.

–¿Quieres que te cante una canción de Elvis? –le propuso ella, recordando aquel día en el hospital.

El niño asintió, y Susannah lo abrazó contra su pecho mientras empezaba a cantarle *Teddy Bear*.

–*Sudi*... –la interrumpió él de repente, echando la cabeza hacia atrás para mirarla a la cara–. ¿Puedo llamarte mamá?

A Susannah se le encogió el corazón.

–Cariño, ya hemos hablado de esto y sabes que no soy tu mamá.

–Pero a lo mejor sí que lo eres –le dijo él muy serio.

Susannah enarcó una ceja.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Vives en nuestra casa –le dijo Flynn muy solemne, casi sin parpadear.

–Bueno, en realidad no; solo he venido de visita una temporada.

El chiquillo no se dio por vencido.

–Y cocinas para nosotros como una mamá.

–Pero solo porque tu papá no sabe cocinar.

Flynn asintió a regañadientes, pero de pronto su carita se iluminó con una sonrisa, como si se le hubiera ocurrido otra razón que no le podría negar.

–Pero papá te besa como a una mamá.

Creían que habían tenido cuidado de besarse solo cuando Flynn no estuviera delante, pero era evidente que sus intentos de ser discretos habían fallado.

Claro que también era probable que el pequeño hubiese estado más pendiente de ellos de lo que habían pensado, recopilando «pruebas», y en esos momentos la lista era para él lo bastante convincente: le besaba como una mamá, le cantaba como una mamá, cocinaba como una mamá, vivía en su casa, y además había besado a su padre.

Y lo peor de todo era que su razonamiento era lógico.

–¿Sabes qué?, es muy tarde y deberías estar en la cama –le dijo–. Mañana puedes hablar de esto con tu papá.

La sonrisa se esfumó de la carita de Matthew, y Susannah sintió que se le rompía el corazón. Habría querido decirle que en realidad era su mamá.

Un día Matthew superaría el sentimiento de culpa por la muerte de Grace y encontraría a la madre adecuada para Flynn.

Capítulo once

Cuando Matthew llegó a casa el sol ya empezaba a asomar por encima de la línea del horizonte. Tenía ojeras, y cada uno de sus movimientos delataba lo exhausto que estaba. Susannah, que lo había oído abrir la puerta, llegó junto a él cuando estaba cerrando tras de sí.

Ella, que ya estaba hecha un manojo de nervios, se sintió mal al pensar que lo que tenía que decirle no haría sino añadir aún más estrés al que ya tenía encima.

Cuando Matthew se irguió y se apartó de ella ahogando un bostezo, Susannah se rodeó la cintura con los brazos y le preguntó:

–¿Cómo está tu madre?

–Cansada; enfadada –Matthew se pasó una mano por el corto cabello–. Laurel la ha llevado a casa.

–¿Y ya la han eliminado como sospechosa?

–No lo sé. Nuestros abogados nos han dicho que no nos preocupemos, pero no es algo que resulte fácil de hacer. El detective McDonough le ha dicho a mi madre que no abandone la ciudad, lo cual podría significar que aún sospechan de ella.

Susannah tragó saliva.

–Matthew... sé que este no es un buen momento, pero hay algo importante que debo decirte.

Él miró su reloj y luego echó un vistazo a la ventana, por la que ya se filtraban los primeros rayos del sol. Abrió la boca como para decirle que lo que quisiera decirle podía esperar, pero parte de la angustia que la atenazaba debió traslucirse en su rostro, porque se frotó los ojos y contestó:

–De acuerdo; dispara, pero deja que me tome un café primero. Si es tan importante quiero estar despejado para poder prestarte atención. ¿Te apetece una taza a ti también? –le preguntó girando la cabeza mientras se dirigía a la cocina.

Susannah ya estaba bastante nerviosa como para encima tomar cafeína.

–No, gracias –respondió yendo tras él.

Cuando el café estuvo listo Matthew se sirvió una taza, apoyó la espalda en la encimera y la miró.

–Flynn se despertó a medianoche y tuvimos una pequeña charla en el salón.

Matthew dio un respingo y le levantó la barbilla con el pulgar para mirarla.

–¿Una charla sobre qué?

–Me preguntó si podía llamarme mamá, y cuando le dije que ya habíamos hablado de eso y que no era su mamá, me respondió que tal vez sí. Ha estado... reuniendo pruebas.

Matthew frunció el ceño.

–Se ha fijado en que vivo aquí, y cocino, y... –Susannah inspiró temblorosa– y en que nos besamos como harían un padre y una madre.

Matthew cerró los ojos y maldijo entre dientes.

–No tenía ni idea de que nos hubiera visto.

–Matthew, esto ha ido demasiado lejos. Flynn se llevará una decepción tremenda si espero más para irme. Tengo que marcharme hoy; antes de que pregunte de nuevo.

Matthew sacudió la cabeza.

–Flynn quiere que te quedes, igual que yo –la besó en la mejilla, en la punta de la nariz–. Encajas aquí, con nosotros. Quédate.

¡Qué fácil sería decir que sí, quedarse allí para siempre, perderse en sus vidas!, se dijo Susannah con el corazón en un puño. No podía pensar con claridad entre sus brazos. Por eso, hizo acopio de valor y se apartó de él.

–El problema es que encajo demasiado bien.

–No te entiendo –murmuró él entornando los ojos.

Susannah tragó saliva de nuevo; se notaba la garganta seca.

–Es como si Flynn y tú hubierais estado esperando a alguien que ocupara el hueco que había dejado Grace. Y yo cumplo todos los requisitos: nos sentimos atraídos el uno por el otro, cocino, soy la madre biológica de Flyn... Cuando tenga una familia quiero que se me valore por ser quien soy –se esforzó por contener las lágrimas–. Mi único valor aquí es el de una pieza de repuesto.

Matthew la miró con los ojos muy abiertos.

–Eso es ridículo.

–Ya sé que no pretendía que fuera eso lo que pasara, y en parte la culpa es mía, pero ninguno de los dos me conocéis de verdad –le espetó Susannah. Cuando dos personas inician una relación o forman una familia, es como si lo que los une fuera una banda elástica que va ajustándose y dando cabida a lo que esas dos personas aportan a la relación. Pero aquí no ha cambiado nada. Yo llené los espacios que habían quedado vacíos; no hay nada de mí aquí.

Matthew se pasó una mano por el cabello, lleno de frustración.

–No sé de qué estás hablando; sé muy bien que no eres Grace.

A Susannah le temblaba el labio inferior, pero no iba a desmoronarse; al menos no hasta que estuviese a solas.

–A mí me parece que aquí ya nadie puede estar seguro de lo que sabe –contestó–. Es todo humo y espejos. Tú vives en el pasado porque no puedes superar el sentimiento de culpa que tienes. Tu padre tenía secretos y tú también los tienes. Y estoy segura de que tu familia guarda otros secretos que todavía están por salir.

La mirada de Matthew se endureció.

–Sabes por qué no puedo decirle a la gente la verdad sobre Flynn. Le juré a Grace que no se lo diría a nadie. Además, si sus padres descubrieran la verdad se quedarían destrozados.

–Lo comprendo, Matthew –murmuró Susannah, secándose las lágrimas que rodaban ya por sus mejillas–. Pero tú tienes que comprender por qué debo marcharme hoy: lo hago por mi bien, pero sobre todo por el de Flynn; tengo que irme antes de que se encariñe más conmigo.

–¿Así que te marchas para alejarte de Flynn?

–Tengo que hacerlo, Matthew –repitió ella–. Por favor, no hagas esto más difícil.

Matthew enarcó las cejas.

–Si tan difícil es, tal vez es que sea un error.

Susannah cerró los ojos, apretándolos con fuerza. No podía seguir discutiendo con él; aquello era demasiado doloroso.

–Me despediré de Flynn antes de marcharme –dijo girando el rostro hacia la ventana–. Y le mandaré un par de cartas y regalos desde Georgia para que la separación no le resulte demasiado brusca.

–¿Y qué pasa con nosotros? –inquirió Matthew con amargura.

–Lo superaremos con el tiempo –murmuró ella–. Voy a echarte de menos, Matthew.

No podía negarlo, aunque hubiese querido.

La expresión de Matthew se suavizó y la atrajo hacia sí para darle un abrazo.

–Yo también a ti.

Sussanah se abrazó también a él, tratando de grabar en su mente cada detalle de aquel instante: el olor de su colonia, el calor de su cuerpo... Matthew se inclinó y le dio un largo beso que sabía a café y a tristeza. Tenía que apartarse de él, pero no podía. Fue entonces cuando se dio cuenta de por qué: porque se había enamorado de él.

El estómago le dio un vuelco. Matthew tenía razón: si le resultaba tan dura la idea de alejarse de él probablemente fuera porque era un error. No podía ser fácil alejarse del hombre al que una amaba. Pero era un amor no correspondido. Matthew le había dejado muy claro que no quería volver a entregarle su corazón a nadie. Si estuviese enamorado de ella, su postura a ese respecto habría cambiado. Además, Matthew la quería a su lado porque encajaba en el hueco que había dejado Grace. Si se quedaba viviría la vida de Grace, no la suya. Y una vida además como una Kincaid, en un mundo de poder y dinero del que había huido siendo una adolescente.

Inspiró temblorosa y se apartó de él antes de subir a su cuarto para hacer el equipaje. Las lágrimas rodaban por sus mejillas en torrente. Si no se iba ese mismo día podría acabar conformándose con una vida a medias.

Unas horas después Susannah se subía a un taxi ante la mirada de Matthew, que se sentía como si le estuviesen clavando un puñal en el pecho. Todo había funcionado a las mil maravillas durante el tiempo que había estado allí: se compenetraban bien, se complementaban el uno al otro, Flynn la adoraba, y no creía que su deseo por ella hubiera podido apagarse nunca.

Sin embargo, nada de eso era suficiente para ella. Susannah lo quería todo, quería más de lo que él podía dar. Las sienes le palpitaban. Una vez había entregado su corazón, y había acabado con él hecho añicos cuando su relación con Grace se había ido al

traste. Después de aquello había decidido que nunca más volvería a implicarse emocionalmente de esa manera, pero Susannah quería amor y compromiso y no se conformaría con menos. Y sin embargo, a pesar de que estaba desesperado por que se quedase, una parte de él la admiraba por no renunciar a lo que quería.

Flynn estaba dentro, con su abuela. Había llorado cuando le habían dicho que Susannah se marchaba, pero la promesa de cartas y regalos desde Georgia lo había apaciguado un poco.

El taxi bajó marcha atrás la cuesta que subía a su casa, y se detuvo un momento después de girar para enfilar la calle. Susannah miró por la ventanilla y sus ojos se encontraron. Tenía los labios apretados, como si estuviera conteniéndose para no llorar. ¿Por qué estaba haciendo aquello?

¿De verdad creía que para él era solo alguien que encajaba en el hueco que había dejado Grace? Había invadido sus sueños por las noches y sus pensamientos durante el día.

El taxi se alejó calle abajo y Matthew bajó la vista y apretó los puños y la mandíbula. No podía derrumbarse; tenía un hijo pequeño que dependía de él.

Se subió a su coche y puso rumbo al edificio del Grupo Kincaid. Tenía que explicarle a R. J. por qué había dejado escapar la posibilidad de añadir a Larrimore a su cartera de clientes. Compró un par de cafés en un Starbucks de camino allí, lamentándose por que fuera demasiado temprano para tomarse un vaso de whisky.

–Buenos días, Brooke –saludó a la secretaria de R. J.–. ¿Está mi hermano en su despacho?

Brooke alzó la vista de la pantalla del ordenador y le sonrió.

–Buenos días, Matthew. Sí. Acabo de llevarle una pila enorme de papeles para firmar, así que seguro que agradecerá que lo interrumpas.

R. J., que estaba sentado en su escritorio cuando Matthew llamó a la puerta abierta, se irguió al verlo.

–¡Ah, traes café!; estupendo –dijo, y ahogó un bostezo.

Matthew se acercó y le tendió el café.

–Pensé que no nos vendría mal una dosis extra de cafeína después de no haber dormido nada.

–¿Has hablado con mamá? –le preguntó su hermano después de tomar un sorbo de su café.

–Está en mi casa. Está algo agitada, pero por lo demás bien –tomó él también un trago de café–. Me insistió en que quedarse cuidando de Flynn le vendría bien para no pensar.

R. J. dejó el café sobre su mesa y frunció el ceño.

–También estaba en tu casa cuidando de él anoche cuando fue la policía a llevársela para interrogarla, ¿no?

Matthew volvió a asentir y tomó otro trago de café. Hora de confesarse con él.

–Fui a una fiesta benéfica en casa de los Barclay. Y precisamente por eso he venido a verte; porque quería hablarte de eso.

–Déjame adivinar: Larrimore iba a esa fiesta y querías intentar cerrar el trato con él.

Mathew apuró su café, estrujo el vaso de cartón y lo arrojó a la papelera.

–No salió bien.

R. J. soltó un improperio.

–¿Y te dio algún motivo?

–En realidad fui yo el que le di a entender que no queríamos nada con él –respondió Matthew.

R. J. se quedó mirándolo boquiabierto.

–¿Qué? ¿Por qué diablos hiciste eso?

–Resulta que Larrimore es el abuelo de Susannah. Es largo de contar pero, por el comportamiento miserable de su esposa y él, Susannah cortó lazos con ellos. Me acompañó anoche a la fiesta, y cuando nos lo encontramos y Larrimore la vio tuvo la desfachatez de garantizarme un trato con nuestra compañía si conseguía que Susannah hiciese borrón y cuenta nueva. El muy canalla hizo como si Susannah ni siquiera estuviera allí, dirigiéndose a mí todo el tiempo.

–Vamos, que te pusiste de parte de ella –dedujo R. J., enarcando las cejas.

–Aparte de que jamás manipularía a nadie solo para cerrar un trato, Susannah tenía razones de peso para cortar lazos con ellos.

–Te ha dado fuerte con esa Susannah. ¿En qué punto estáis?

Matthew bajó la vista.

–En ninguno; ha vuelto a Georgia.

–Pues eso me sorprende –dijo R. J. recostándose hacia atrás en el asiento y entrelazando las manos detrás de su cabeza–. Aquel día

en el hospital me pareció clarísimo que había algo entre vosotros.

–Podría haber habido algo, pero se ha acabado.

–¿Esto es por Grace? ¿Porque sigues enamorado de ella?

Matthew dio un respingo y alzó la vista. Parecía que Susannah no era la única que lo había pensado. Exhaló un suspiro. Tenía que contarle a su hermano la verdad.

–Grace y yo estábamos planteándonos el divorcio cuando murió.

R. J. bajó los brazos y se irguió en el asiento.

–Dios... No tenía ni idea.

–Iba a pasar fuera el fin de semana para pensar –la sensación de culpa aún le quemaba las entrañas, pero le resultaba un poco más fácil contar aquello después de habérselo contado a Susannah–. Teníamos que asegurarnos de que era lo que de verdad queríamos.

R. J. ladeó la cabeza y lo miró con incredulidad.

–¡Y yo que pensaba que habías dejado tu vida aparcada porque seguías enamorado de ella!

Matthew frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con que había dejado mi vida aparcada?

–Pues a que andabas por ahí como... zombi. Las únicas veces en que se te veía una chispa de vida era cuando estabas con Flynn. Kara me dijo una vez que solo con mirarte a los ojos se veía que te habías cerrado al mundo.

«Es como si Flynn y tú hubierais estado esperando a alguien que ocupara el hueco que había dejado Grace»... Esperando... De repente Matthew sentía que no podía respirar. Se llevó una mano al cuello de la camisa y tiró de él. ¿Había dejado su vida aparcada como había dicho R. J.? ¿Esperando, como había dicho Susannah?

Se puso de pie y fue a servirse un vaso de agua del dispensador que había en el rincón. Susannah había dicho que tenía la sensación de que estaba convencido de que no se merecía volver a amar, y tenía que admitir que en cierto modo era así. Pero no estaba solo la cuestión del sentimiento de culpa. Grace había muerto cuando estaban planteándose el divorcio, y no había podido dar por cerrado ese asunto. Había estado en el limbo respecto al final de su relación.

No había podido llorar a su esposa como habría hecho un hombre enamorado, y no habían firmado un divorcio que certificase el fin de su relación. Se había quedado todo en el aire, estancado.

Cuando se volvió se encontró con que su hermano estaba

mirándolo, como si estuviera pensando que quizá lo había molestado con sus palabras.

–Supongo que tienes razón –le dijo Matthew–. Todo este tiempo he dejado mi vida aparcada, ¿no?

R. J. asintió, visiblemente aliviado y cambió de tema.

–Oye, ¿has abierto la carta de papá?

Durante la lectura del testamento de su padre todos habían recibido en un sobre cerrado una carta que su padre les había dejado: una para su madre, una para cada uno de sus hermanos y para él, otra para su amante, y dos para los dos hijos de esta.

Matthew había visto a R. J. abrir la suya allí mismo, pero él no había sido capaz de hacerlo. Había estado demasiado enfadado. Si su padre no hubiese sido asesinado y lo hubiese tenido en ese momento delante de él, se habría alejado, dejándolo con la palabra en la boca. No quería oír nada de lo que tuviera que decirle, ni aunque fuera a través de una carta.

Se frotó la frente con los dedos. Quizá había llegado el momento de «escucharle», se dijo.

–Luego te veo –le dijo a su hermano mientras salía.

Ya en su despacho Matthew abrió el segundo cajón de su escritorio y levantó unos papeles para sacar aquel sobre que no había querido volver a ver desde el día de la lectura del testamento.

A pesar de que aún seguía enfadado con su padre, sentía que ya era hora de que leyera las últimas palabras que le había escrito. Abrió la carta y comenzó a leer.

Querido Matthew:

Vacilo al escribirte esta carta porque sé que de todos mis hijos tú serás sin duda al que más habré decepcionado. Y quizás tengas el derecho a juzgarme con dureza, porque tú sabes lo difícil que es ser padre ahora que lo eres. Sabes que solo queremos lo mejor para nuestros hijos, que si pudiéramos les daríamos el mundo. La diferencia entre nosotros, sin embargo, es que tú estás siendo un padre mucho mejor para Flynn de lo que yo lo fui con ninguno de mis hijos. En el poco tiempo que llevas ejerciendo de padre te has dedicado a él por entero, y desde la muerte de Grace lo eres todo para Flynn.

Estoy orgulloso de ti. Muy orgulloso, aunque nunca te lo dijera. Te

has convertido en un buen hombre, un buen padre. Me habría gustado haber sido tan buen padre como tú. De todos a quien más le fallé fue a Jack, pero os he ocultado mi secreto durante todos estos años y no he tenido el valor de deciros la verdad. Habéis tenido que descubrirlo cuando ya no estoy.

Lo único que puedo hacer es pediros perdón. No tengo excusas. Lo único que puedo ofreceros son mis disculpas y deciros que, si no podéis perdonarme, lo comprenderé. Eso, y que os quiero y estoy orgulloso de vosotros.

Con cariño,

Papá

A Matthew se le hizo un nudo de emoción en la garganta. Aquello no era lo que había esperado. Había pensado que iba a encontrar un montón de excusas y que su padre le iba a pedir que fuese amable con Jack y Alan.

En vez de eso se había encontrado con una carta llena de amor... y de admiración. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sin embargo, su padre se equivocaba en una cosa: él tampoco era el padre perfecto. Para empezar, acababa de fastidiarlo todo al haber dejado que Flynn se encariñase con Susannah, y luego Susannah había salido huyendo de él.

Se había enfadado con su padre por ocultarles que había tenido un hijo antes de casarse con su madre, y allí estaba él, ocultándole a toda su familia y a sus suegros que la madre biológica de Flynn no era Grace, sino Susannah.

Fue hasta la ventana y miró hacia el cielo salpicado de nubes blancas.

–Perdóname, Grace –murmuró–, pero no puedo seguir ocultándolo; no puedo dejar que Flynn crezca también a la sombra de un secreto.

Tenía que decirle a su familia la verdad, y quería que ella estuviese delante para oírlo, para que la aceptasen como madre de su hijo.

Volvió al escritorio y tomó el teléfono móvil. Marcó el número de Susannah y esperó. Ya debería estar en Georgia, a la hora que

era.

Mientras esperaba a que contestase intentó pensar qué le iba a decir, pero cuando oyó su dulce voz su mente se quedó paralizada. Lo único en lo que podía pensar era en sus ojos azules, en cómo le caía el rubio cabello sobre los hombros, y en sus labios entreabriéndose para pronunciar su nombre.

Susannah estaba con las llaves en una mano, la maleta en la otra, y el teléfono móvil apoyado entre el hombro y la oreja, intentando abrir la puerta de su apartamento.

–¿Hola? –repitió.

Debería haber mirado el número en la pantalla antes de contestar, pero tenía las manos ocupadas y prisa por entrar, así que se había limitado a apretar el botón para descolgar.

Había tenido un vuelo horrible. Había pasado todo el vuelo pensando en Matthew y rogando por que hubiese tomado la decisión correcta. Le dio la última vuelta a la llave y empujó la puerta para abrirla, pero la persona al otro lado de la línea seguía sin decir nada.

–¿Hola? –repitió, dejando a un lado la maleta para cerrar la puerta tras de sí.

Estaba a punto de colgar cuando una voz familiar dijo su nombre. Él corazón se le encogió.

–¿Matthew? –de pronto el temor la invadió–. ¿Le ha pasado algo a Flynn?

–No, está bien; está en casa con mi madre.

–Gracias a Dios –respondió ella, inmensamente aliviada.

–Pero quería pedirte que vuelvas a Charleston.

Susannah cerró los ojos, apretándolos con fuerza.

–Matthew, ya hemos…

–No puedo dejar que Flynn crezca con secretos –la interrumpió él–. Voy a decirle a mi familia que Grace no era su madre biológica, que eres tú. Y querría que estés presente cuando lo haga.

Susannah se quedó tan aturdida que tuvo que ir a sentarse en el sofá.

–¿Por qué?

–Creo que es justo que estés presente.

–No, me refiero a por qué vas a decírselo. Habías dicho que no podrías romper jamás esa promesa que le hiciste a Grace.

–Sí, pero Grace ya no está, y mis obligaciones para con Flynn pesan más en la balanza que esa promesa. Quiero hacer lo correcto. En cuanto tenga la edad suficiente para comprenderlo se lo diré a él también.

Iba a decirle la verdad a su familia… Y a Flynn cuando fuera un poco más mayor… Flynn sabría que era su madre… Una llamita de amor, de esperanza se encendió en su pecho, pero se apresuró a apagarla antes de hacerse ilusiones. El revelar aquel secreto haría las cosas más difíciles. ¿Cómo se sentiría Flynn? ¿No sería más duro para él tener una madre que no vivía con su padre y con él? ¿Y Matthew?, ¿dejaría que mantuviese el contacto con Flynn? ¿Y si mantuviera el contacto con Flynn, no sería eso como volver a ligarse de algún modo a Matthew?

–Debe haber sido una decisión dura para ti.

–No tanto una vez que me dijeron un par de cosas que me hicieron reflexionar.

–¿Quienes?

–Tú, R. J., mi padre –respondió Matthew. Y antes de que ella pudiese cuestionar cómo podía haber recibido consejo de su padre muerto, le preguntó–: ¿Vendrás?

Susannah vaciló. ¿Debía hacerlo? Volver al mundo de los Kincaid por un día… Estar junto al hombre al que amaba pero que no podía tener… Ser reconocida como la madre de su hijo, un chiquillo al que adoraba pero para el que nunca podría ser una verdadera madre…

Claro que cuando Matt revelara su secreto tendrían que hablar de las implicaciones que aquello tendría, y del futuro de Flynn, así que de todos modos tendrían que verse de nuevo antes o después, se dijo.

Cansada y abrumada se frotó los ojos con una mano temblorosa.

–¿Y cuándo vas a decírselo?

–Este domingo. Mi familia siempre almuerza junta los domingos, así que estaremos todos. De hecho, será la primera comida familiar desde que Flynn ingresó en el hospital.

A Susannah la invadió el pánico al imaginarse frente a los Kincaid cuando se enterasen de que era la madre biológica del

pequeño.

De pronto la asaltaron los recuerdos: de sus abuelos, que nunca se mostraban satisfechos con ella, la angustia de tener que enfrentarse a la familia del chico del que se había quedado embarazada siendo una adolescente, lo minúscula e indefensa que se había sentido…

Alzó la barbilla. Ya no era una chiquilla; iba a estar allí, junto a Matthew, iba a ser fuerte por Flynn. Tragó saliva.

–Allí estaré.

Apretó el botón de colgar y rogó una vez más por que estuviera haciendo lo correcto. Por el bien de todos.

Capítulo doce

Mientras esperaba a Susannah frente a la puerta de llegadas en el aeropuerto Matthew se encontró tamborileando nervioso con los dedos en los muslos. Se habían despedido hacía solo unos días, pero le parecía que hiciese una eternidad. Se moría por abrazarla, por retenerla a su lado.

A las tres de la mañana todavía estaba despierto, echándola de menos, y un resquicio de esperanza lo había hecho preguntarse si ella también lo echaría en falta también a él. Si su tormento era siquiera la mitad de duro que el suyo tal vez reconsideraría su decisión y se quedaría con él.

Cuando la vio aparecer, sin embargo, con una bolsa de tela no muy grande en vez de una maleta, comprendió que su intención era regresar a Georgia esa misma noche y se le cayó el alma a los pies.

Al acercarse el uno al otro Susannah lo miró a los ojos, y Matthew se quedó mirando los de ella, intentando encontrar en ellos una pista de qué pensamientos estarían cruzando por su mente. Pero, aparte de los nervios que evidenció por el modo en que se tocó el cabello, no dejó entrever nada.

Matthew se inclinó y la besó en la mejilla. Habría querido besarla en los labios, pero Susannah había girado la cabeza para presentarle la mejilla justo antes de que pudiera hacerlo.

–¿Qué tal el vuelo? –le preguntó Matthew, irritado de que su voz sonara algo ronca.

–Bien, gracias.

De pronto todo era formal entre ellos… Resultaba irónico después de la pasión que habían compartido en la cama. El contraste entre cómo habían sido las cosas entre ellos y cómo eran en ese momento le partía el corazón. Le puso una mano en la espalda y la condujo a la salida más próxima a donde había dejado aparcado el coche.

Apenas habían salido fuera cuando Susannah se detuvo y alzó la vista hacia él con el ceño ligeramente fruncido.

–Matthew... no he hecho más que pensar en los padres de Grace desde que me llamaste. Si le decimos a tu familia la verdad, ¿cómo...?

–Ya se lo he dicho –la interrumpió Matthew. Había pensado que era mejor que lo supieran antes de contárselo a su familia–. Ayer fui a verles y se lo expliqué todo. Les dije lo desolada que se había sentido Grace al saber que no podría tener un hijo de su propia sangre, y por qué quería que mantuviéramos en secreto que ella no era la madre biológica. También les dije lo buena madre que había sido para Flynn y lo orgullosos que podían estar de ella, y lo mucho que Flynn les quiere.

–¿Y cómo se lo tomaron?

–Hubo lágrimas –admitió él mientras echaban a andar de nuevo–. Pero creo que una vez haya pasado el shock estarán bien. Les dije que para mí siempre serían los abuelos de Flynn, y que quería que siguieran formando parte de su vida porque son muy importantes para él.

–Eres un buen hombre, Matthew –le dijo ella en un tono quedo.

Matthew se mordió el labio. Un buen hombre... pero no lo bastante bueno como para que se quedara con él. Sin duda todavía estaba convencida de esa ridícula idea de que solo la veía como alguien que reemplazaba a Grace, y nada de lo que le había dicho parecía poder sacarla de ese error.

Cuando estuvieron sentados en el coche Susannah giró la cabeza a él después de abrocharse el cinturón.

–Quizá te interese saber que ayer recibí una llamada de mi abuela.

Matthew, que iba a girar la llave en el contacto, se detuvo y se giró hacia ella.

–¿Y contestaste?

–La verdad es que mi instinto me decía que no lo hiciera –respondió ella con una leve sonrisa que disipó en parte la tensión que había entre ellos.

–¿Y entonces por qué lo hiciste?

Susannah se quedó callada un instante y se echó el pelo hacia atrás.

–¿Recuerdas lo que mi abuelo te dijo en la fiesta?

–Que le habías roto el corazón a tu abuela –había sido un golpe

bajo y Matthew todavía se enfurecía al recordarlo. Tomó la mano de Susannah entre las suyas–. Si quieres saber mi opinión, recogieron lo que sembraron.

–Tal vez –respondió ella bajando la vista–. Pero mi padre aguantaba sus desaires porque creía que hay que perdonar los defectos de los demás, y porque también debía quererlos a pesar de todo.

–Si les hubiera plantado cara tal vez no habríais tenido que soportar ese afán que tenían de manipularte.

–Por lo que me dijo... y por lo que no me dijo mi abuela ayer, creo que yo fui la primera persona en plantarles cara. Son gente rica, con una buena posición social, y mi abuelo intimida a la gente que está por debajo de ellos. Mi abuela y él están acostumbrados a salirse con la suya.

–Pero contigo no pudieron –dijo él, sintiéndose orgulloso de ella.

Susannah, que debió notar la emoción en su voz, le dirigió una hermosa sonrisa.

–Es posible que a partir de ahora empecemos a entendernos –se puso seria–. Y hay una cosa más: me dijo que no le gustó cómo te trató mi abuelo en la fiesta, y que para compensarte le ha dicho que cierre ese acuerdo con vosotros. Te llamará mañana.

Matthew esbozó una sonrisa perversa.

–Me habría gustado haber podido verlos por un agujerito en la pared cuando le dijo eso. Y disfrutaré escuchando sus disculpas cuando me llame –queriendo aprovechar que el ambiente se había vuelto más distendido, le dijo a Susannah cambiando de tema–: Todavía falta bastante para reunirnos con mi familia en casa de mi madre, y Flynn está con ella, así que... ¿te apetece que hagamos algo?

–¿Cuánto tiempo tenemos?

Matthew miró su reloj.

–Una hora más o menos.

Una sonrisilla misteriosa asomó a los labios de ella.

–¿Sabes cómo llegar al mirador de John's Point?

Hacía años de la última vez que había subido allí. Matthew había tenido la esperanza de que se le ocurriera un plan en algún lugar más íntimo, pero en fin...

–Claro –contestó poniendo el coche en marcha.

Cuando llegaron al pequeño mirador en lo alto de un promontorio rocoso los ojos de Susannah se iluminaron. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del coche. Matthew se bajó también y la siguió.

–¿Qué tiene este lugar que te gusta tanto? –le preguntó.

El viento le despeinaba el cabello a Susannah.

–Cuando era niña mi padre solía traerme aquí –le contestó sin volverse.

–Así que te gusta porque te recuerda a él.

Susannah giró la cabeza hacia él y esbozó una sonrisa pícara.

–Sí… y no.

Matthew se rio. Habían llegado a lo alto del promontorio, donde había un pequeño mirador que se asomaba a la ciudad de Charleston y el mar.

–¿Porque te gusta la vista?

–Bueno… La vista es increíble, de eso no hay duda –admitió ella, regalándole otra sonrisa traviesa.

Matthew sonrió también. Podría pasarse toda la vida intentando desentrañar lo que le pasaba a Susannah por la cabeza y no cansarse jamás.

–Pero no es por eso por lo que querías venir.

–No –asintió ella.

Se acercó a la barandilla de metal y estiró los brazos, poniéndolos en cruz. El viento le echaba el cabello hacia atrás y pegaba el vestido a las curvas de su cuerpo. Cerró los ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa de placer.

–Cuando vivía aquí solía venir a menudo –dijo con los ojos todavía cerrados–. Cada semana, si podía.

–Venías por el viento –Matthew comprendió al fin, recordando esa misma expresión de felicidad en su rostro la mañana que habían salido a desayunar al patio–. Te gusta el viento, ¿no?

–Sí –respondió ella sin azoramiento alguno–. Me revitaliza. Hay quien practica deportes de riesgo, hay a quien le gusta el agua… A mí me gusta sentir la brisa en la piel, revolviéndome el cabello…

–Debo admitir que a mí también me gusta ver lo que hace la brisa con tu pelo –le confesó Matthew. Estaba preciosa; parecía una diosa.

Susannah abrió los ojos y giró la cabeza hacia él.

–Anda, prueba tú también –le dijo con una sonrisa.

Le tendió una mano y Matthew la tomó sin pensar y se acercó a la barandilla. Susannah se colocó detrás de él para levantarle los brazos antes de volver a ocupar su sitio junto a él.

–Y ahora cierra los ojos –le dijo sin mirarle–. Imagínate que estás a solas con la brisa.

Aunque se sentía un poco tonto haciendo aquello, Matthew obedeció, y le sorprendió cómo todo lo que los rodeaba parecía haber desaparecido y su mente se centraba únicamente en el viento que chocaba contra él. Alargó el brazo, buscando la mano de Susannah, y la tomó. Al principio Susannah no respondió, pero luego entrelazó sus dedos con los de él.

Matthew abrió los ojos, y al girar la cabeza vio que ella también los había abierto y estaba mirándolo. Y entonces, de repente, cuando sus ojos encontraron comprendió lo que su corazón había sabido desde el principio: que Susannah era única.

Tenía razón en que en cierto modo la había visto como alguien que podía ocupar el hueco que había dejado Grace en sus vidas, sí, y no quería enamorarse de ella porque temía que las cosas no salieran bien, como le había pasado con Grace, pero Susannah no era Grace.

–Susannah…

–No, Matthew, no vuelvas a insistir, por favor –los ojos de Susannah se llenaron de lágrimas–. No puedo quedarme.

Matthew quería reverlarse, negarse a aceptarlo, pero sabía que por mucho que le preguntara siempre le daría la misma respuesta. Dejó caer los brazos, apesadumbrado, y miró su reloj.

–Deberíamos irnos ya.

Durante el trayecto hasta la mansión Kincaid no cruzaron una palabra. ¿Por qué habría hecho algo tan tonto como pedirle a Matthew que fueran a John’s Point?, se reprochó Susannah.

En el aeropuerto se habían comportado el uno con el otro de un modo demasiado formal, casi tirante, pero luego se habían distendido un poco y habían sido capaces de iniciar una conversación.

Había sido ella la que lo había estropeado, y se sentía como una

idiota por haber complicado de nuevo las cosas cuando Matthew debía estar nervioso por tener que dar la cara ante su familia y contarles la verdad.

Cuando aparcó delante de la impresionante mansión Susannah se quedó boquiabierta admirando la fachada, hasta que Matthew se bajó y fue a abrirle la puerta para que bajara también.

De pronto los nervios le atenazaron el estómago. ¿Qué pensaría la familia de Matthew de ella? ¿La considerarían lo bastante buena como para ser la madre de su nieto y sobrino? No parecía haberles caído mal cuando Matthew la había presentado como una amiga, pero cuando supieran la verdad las cosas serían distintas. Quería gustarles, causarles una buena impresión. Por Flynn.

Matthew estaba a su lado, pero cuando entraron de repente se sintió muy sola. Y minúscula también. Como cuando iba a visitar a sus abuelos de niña o los acompañaba a casa de unos amigos.

Esas casas enormes donde vivía la flor y nata de la sociedad; gente que la juzgaría y le encontraría un sinfín de defectos...

En una habitación a lo lejos se oían voces, risas... Pensó en cómo debía haber sentido su madre la primera vez que había ido a casa de los Larrimore. Aquel día había sido el comienzo de la campaña de acoso y derribo de sus abuelos, que la habían hecho sentirse ignorada, despreciada...

Matthew se inclinó hacia ella y su cálido aliento le acarició la mejilla cuando le preguntó al oído:

–¿Todo bien?

Susannah se miró en sus ojos verdes y se calmó un poco, volviendo a sentirse ella misma.

–Todo bien –respondió.

Todo bien... solo que nunca podría tener al hombre al que amaba. Su padre se había enamorado perdidamente de su madre y le habría pedido que se casara con él, sin importarle lo que pensara su familia. Matthew, en cambio, le había ofrecido un anillo, si a cambio de eso accedía a quedarse. La punzada de dolor que sintió en el pecho era insoportable, pero se dijo que tenía que ser fuerte y olvidarlo. Ahondar en ello no cambiaría nada.

Recorrieron un largo pasillo y entraron en un salón exquisitamente decorado. Elizabeth, la madre de Matthew y su hermano R. J. les sonrieron y se acercaron a darle la bienvenida.

Matthew la presentó a Lily y su prometido, Daniel. Kara y Laurel, que estaban charlando con sendos vasos de té con hielo en la mano se acercaron también a saludarla con un beso en la mejilla y sonrisas traviesas. Sin duda Laurel debía haberle contado a Kara lo del beso que había presenciado entre Matthew y ella la noche que se habían llevado a su madre para interrogarla.

Elizabeth entrelazó su brazo con el de Matthew.

–Bueno, creo que querías decirnos algo, ¿no? –le preguntó con ojos esperanzados.

Susannah tuvo un mal presentimiento. Su familia debía pensar que se trataba del anuncio de un acontecimiento feliz, como un compromiso.

–Pues sí. ¿Dónde está Flynn?

–En la cocina, con Pamela –respondió su madre–. Lo mantendrá entretenido hasta que vayamos a almorzar.

–Gracias –dijo Matthew. Cruzó una mirada tensa con Susannah, pero adoptó una expresión serena al volverse hacia su familia–. ¿Qué tal si nos sentamos?

–¿Traigo el champán o qué? –preguntó Laurel con guasa.

Matthew contrajo el rostro, comprendiendo como Susannah lo que su familia pensaba que iban a decirles.

–No es esa clase de noticia.

Hubo un poco de revuelo entre sus familiares.

–¿Y si no es eso, qué diablos es sino? –preguntó R. J., hablando por todos.

–Sentaos, por favor.

Todos obedecieron y se quedaron mirándole expectantes.

–Hay algo que debería haberos dicho antes –comenzó Matthew.

Susannah, que se había quedado de pie, a un par de pasos de él, supo por lo tensos que estaban sus hombros lo difícil que estaba siendo aquello para él. Se sentía como si estuviera traicionando a Grace, pero estaba decidido a hacerlo de todos modos porque pensaba que era lo correcto, y eso hizo que lo amara aún más. Habría querido tomarle la mano y entrelazar sus dedos con los de él para ofrecerle su apoyo, pero no quería que su familia se llevase una impresión equivocada, y más cuando sospechaban que había entre ellos algo más que una amistad.

En vez de eso dio un pequeño paso hacia él y le sonrió para

darle ánimos. Las facciones de Matthew se distendieron un poco antes de que mirara de nuevo a su familia.

–Todos sabéis que Grace no podía tener hijos –continuó–. Lo que no sabéis es que Susannah fue la madre de alquiler que trajo al mundo a Flynn.

Hubo un par de gemidos ahogados de sorpresa y algunos comentarios reprochándole que no se lo hubiese dicho antes, pero Matthew prosiguió:

–Hay más. Los médicos nos dijeron… –hizo una pausa para inspirar y apretó la mandíbula.

Era el momento de la verdad; iba a romper la promesa que le había hecho a su difunta esposa.

Matthew no era de las personas dadas a hacer promesas a la ligera, y Susannah estaba segura de que cuando hacía una promesa tampoco la rompía con facilidad. Se puso a su lado y le apretó el brazo, dándole ánimos una vez más. Matthew la tomó de la mano y se la apretó también. Cuando continuó, su voz sonó tan firme y clara que nadie que no supiera la fuerza con que estaba apretándole la mano, podría imaginar lo difícil que aquello era para él.

–Los médicos nos dijeron que los óvulos de Grace eran inviables, y le pedimos a Susannah si podría donar óvulos suyos además de hacer de vientre de alquiler. Ella es la madre biológica de Flynn.

Se hizo silencio en la habitación. Ni un comentario, ni un movimiento, ni un ruido. Matthew no le soltó la mano.

–La razón por la que Susannah estuvo aquí las últimas semanas es que los médicos pensaban que tal vez tuvieran que hacerle un trasplante de médula a Flynn. Yo no era el donante idóneo por mi alergia a la penicilina, así que llamé a Susannah para pedirle ayuda y accedió generosamente a venir y ayudar si era necesario en todo lo que pudiera.

Su madre fue la primera en reaccionar. Se levantó de su asiento y fue a darle un fuerte abrazo a Susannah.

–¿Hiciste eso por mi nieto?

–Bu-bueno –tartamudeó Susannah sorprendida– al final no fue necesario.

–Pero viniste –replicó Elizabeth con lágrimas en los ojos–. Y estabas dispuesta a hacerlo. Gracias.

R. J. fue el siguiente en abrazarla.

–Todos queremos a ese niño. Gracias por haber estado ahí para él.

Cada uno de los Kincaid se acercó a abrazarle y darle las gracias. Susannah se sentía abrumada. Aquella familia no se parecía en nada a otras familias ricas que había conocido, pensó. Había estado tan nerviosa que se había dejado llevar por los prejuicios y había sido injusta. Eran gente buena y cariñosa.

–¿Pero por qué tanto secretismo? –inquirió Elizabeth cuando volvieron a sentarse–. ¿Por qué tenías que ocultarnos quién era Susannah en realidad, hijo?

Susannah respondió antes de que Matthew pudiera hablar.

–Porque le había prometido a Grace que no se lo diría a nadie. Lo que acaba de hacer no le ha resultado nada fácil.

Matthew la miró, y había tal emoción en sus ojos que el corazón de Susannah palpitó con fuerza.

–No sé vosotros –dijo Elizabeth, mirando a sus otros hijos y a su cuñado–, pero yo me muero de hambre. ¿Pasamos al comedor?

Todos se levantaron y empezaron a salir, hablando entre ellos, pero Susannah solo oía un runrún de voces de fondo mientras seguía mirando a Matthew a los ojos. Cuando se hubieron quedado a solas, Matthew le preguntó:

–¿Quieres salir conmigo un momento al jardín?

Susannah sabía que iba a pedirle otra vez que se quedara, pero nada había cambiado. Matthew no la amaba.

–Te prometo que no volveré a insistirte con lo de que te quedes.

Susannah parpadeó, confundida, pero asintió y lo siguió fuera. Caminaron en silencio, alejándose de la casa, y al llegar junto a un gran roble Matthew se volvió hacia ella.

–Necesito decirte algo, y sé que no lo creerás, pero por favor, escúchame al menos.

–De acuerdo –dijo ella vacilante–, te escucho.

Matthew tragó saliva.

–Tú crees que solo te veo como alguien que podría ocupar el hueco que dejó Grace, y probablemente al principio fue así.

–En parte la culpa fue mía. Quería que Flynn se sintiera cómodo, quería aliviar tus preocupaciones... Sin pretenderlo me comporté como una esposa y una madre: cocinando, cantándole a Flynn...

–Y fue una bendición –la interrumpió él–. Estábamos pasando

por un momento muy duro y tú trajiste paz y orden a nuestras vidas.

–Pero eso no te dejó verme como soy.

–No es verdad –replicó él suavemente–. Te miro y veo a una mujer que descubrió por intuición cuál era mi lugar favorito de la casa cuando quería estar a solas.

Susannah frunció el ceño, y entonces comprendió.

–La bodega...

–La bodega es el único lugar de la casa donde puedo ser yo mismo: ni un marido, ni un padre... ni más recientemente un viudo. Simplemente yo. Y tú bajabas allí por la misma razón, ¿no es así?

–Sí –murmuró era.

–Y a mí no me importaba estar allí contigo, compartir mi lugar sagrado contigo, porque me sentía a gusto.

Susannah iba a decir algo, pero Matthew le impuso silencio colocando un dedo en sus labios.

–Eres la mujer que extiende los brazos para sentir la brisa en la cara. La mujer que me descubrió el helado de pomelo y que prepara unos postres pecaminosos. La mujer que tiene una extraña fascinación con mis muñecas y mis manos.

Susannah esbozó una sonrisa temblorosa.

–No sabía que se me notara tanto.

–No lo disimulas muy bien –respondió él divertido, acariciándole con ternura el cabello.

A Susannah le dolía el corazón. Parpadeó confundida, sin saber qué decir.

–¿Por qué haces esto aún más difícil?

–Eres la mujer que se enfrentó a sus abuelos y los obligó a tratarla con la dignidad que se merecía –continuó Matthew, como si no la hubiera oído–. Quizá seas la única persona que los ha puesto en su sitio, y estoy seguro de que a partir de ahora serás tú quien ponga las reglas.

A Susannah le escocían los ojos por las lágrimas.

–Matthew, por favor, no...

–Cuando te miro es a ti a quien veo, Susannah –la interrumpió él–. Quizá al principio fui tan tonto como para dejar que ocuparas el lugar de Grace, pero no eres una pieza de repuesto. Eres única, especial –murmuró. Una lágrima rodó por la mejilla de Susannah–.

Y lo más importante de todo: eres la mujer a la que quiero.

El corazón de Susannah palpitó con fuerza. No se atrevía a creer lo que estaba oyendo.

–Pero dijiste...

–Lo sé, sé que te dije que no podría volver a amar a nadie –la cortó él, y contrajo el rostro–. Fue una estupidez por mi parte decir eso, e incluso pensarlo. Solo estaba intentando protegerme del dolor de pasar otra vez por lo que pasé con Grace. Pero el haber estado sin ti estos días... ha sido mucho peor que ese dolor que estaba tratando de evitar.

–Para mí también –murmuró ella temblorosa, sintiendo que una ola de felicidad la invadía.

–Dime una cosa: ¿me quieres todavía? Porque si no es así, te prometo que no volveré a molestarte y...

Susannah le puso una mano en la mejilla.

–Te quiero, Matthew, con toda mi alma.

–Susannah... –murmuró él emocionado antes de estrecharla entre sus brazos–. Cuando he dicho antes que no iba a pedirte otra vez que te quedabas lo dije en serio –dio un paso atrás y tomó sus manos–, porque no solo quiero que te quedes; quiero que te cases conmigo.

Un escalofrío de excitación le recorrió la espalda a Susannah. Matthew estaba enamorado de ella... Aquello era demasiada felicidad.

–Cásate conmigo, Susannah, y sé mi esposa y la madre de Flynn –los ojos verdes de Matthew rebosaban amor–. Empecemos juntos una vida nueva.

–Sí –murmuró ella–, sí, Matthew, me casaré contigo. Nada me haría más feliz.

Matthew la levantó por la cintura y la hizo girar con él antes de dejarla en el suelo de nuevo y besarla. Susannah no cabía en sí de gozo: el aire fresco en su piel, el sol brillaba sobre ellos, y Matthew, su Matthew, la amaba y quería construir una vida junto a ella.

–Te prometo que no dejaré que Flynn olvide a Grace –le dijo–. Ella le quería y quiero que crezca sabiéndolo. Pero hay una cosa que quería preguntarte.

–Lo que quieras.

–Como parece que sabes tantas cosas sobre mí y que has estado

observándome atentamente... –dijo ella con una sonrisa traviesa–, ¿te has dado cuenta de que estoy embarazada?

Matthew puso unos ojos como platos y la miró boquiabierto antes de que una sonrisa iluminara su rostro y la levantara del suelo de nuevo, haciéndola girar y reír.

–Iba a decírtelo hoy –dijo Susannah cuando la dejó en el suelo–, pero sabía que solo te pondrías más nervioso antes de decirle lo que querías decirle a tu familia, así que preferí esperar.

Matthew la besó con ternura.

–Flynn se pondrá loco de contento cuando se entere.

Susannah sonrió, pero luego se puso seria y le dijo:

–Matthew, como solo estoy de un par de semanas creo que sería mejor no decirle aún nada a nadie.

–Estoy de acuerdo, y ese es un secreto que guardaré gustoso –respondió él.

Y se inclinó y la besó con toda la pasión que una mujer enamorada podría esperar del hombre que la amaba.

En el Deseo titulado
Un amor difícil,
de Jennifer Lewis,
podrás continuar la serie
LOS KINCAID